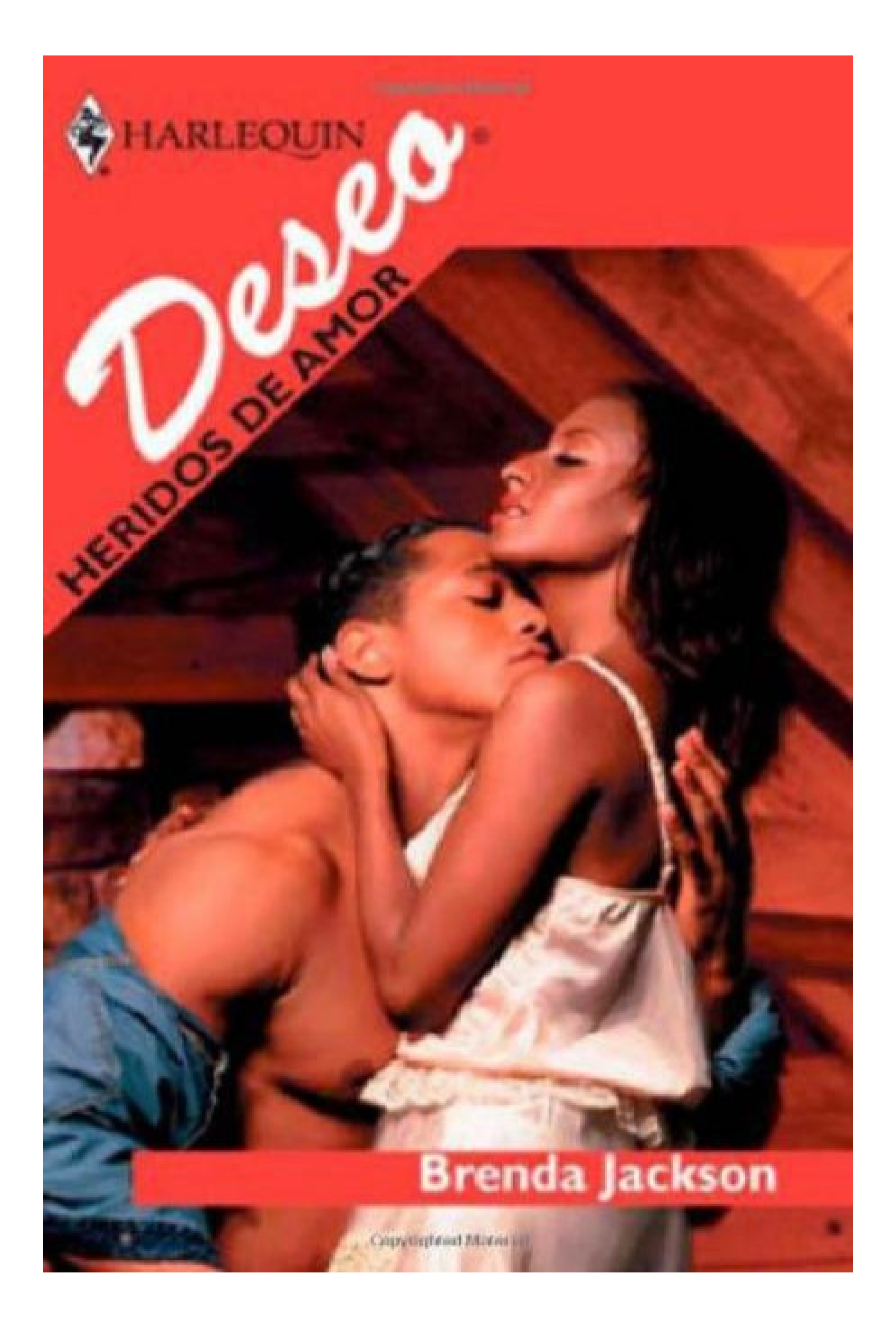

HARLEQUIN
Deseo
HERIDOS DE AMOR
Brenda Jackson

Thorn Westmoreland no era razón suficiente para que Tara Matthews volviera a creer en el amor…¿o quizá sí? La bella pediatra y el duro empresario eran como el agua y el aceite. Entonces, ¿por qué Tara no podía borrar de su mente el recuerdo de sus tiernas caricias?.

Thorn deseaba a Tara desde el mismo día en que la conoció. Su primera intención fue seducirla y tener con ella una aventura sin compromiso alguno, pero antes de que pudiera saborear el triunfo, Tara había cambiado las reglas del juego…

Brenda Jackson

Heridos de amor

Westmoreland- 3

Prólogo

Tara Matthews odiaba las bodas.

Y había conseguido evitarlas hasta el momento en que conoció a la familia Westmoreland. Desde entonces, había asistido a dos bodas en un año y medio. Incluso había sido dama de honor cuando su buena amiga, Delaney Westmoreland, se casó con un jeque del desierto hacía casi dieciocho meses.

Y ese día, al igual que todos los invitados en el gran salón del hotel Sheraton de Atlanta, estaba allí para celebrar la boda del hermano de Delaney, Daré Westmoreland, con la mujer a la que amaba, Shelly Brockman.

Lo peor de todo, pensó Tara mirando a su alrededor, era que, realmente, no podía quejarse de haber tenido que asistir a ambas bodas. La familia Westmoreland se había convertido en lo más parecido a su propia familia desde aquel día fatal del mes de junio dos años atrás. Fue el día en que ella misma iba a casarse: permaneció de pie, delante del altar, mientras el hombre al que amaba, el hombre que ella creía que correspondía a su amor, anunció a los trescientos invitados que la ceremonia no podía celebrarse porque estaba enamorado de otra mujer, la dama de honor, la amiga de Tara desde hacía quince años. Ese mismo día, Tara se marchó de Bunnel, en Florida, dolida y humillada, tras jurar a su familia que jamás regresaría.

Y, hasta el momento, había cumplido el juramento.

Unos días después del incidente, aceptó un puesto de pediatra en un hospital de Bowling Green, en Kentucky. Marcharse de su ciudad natal destrozó el sueño que compartía con su padre de trabajar juntos en la clínica pediátrica de éste.

En el hospital de Kentucky conoció a Delaney Westmoreland,

otra pediatra, que se convirtió en su mejor amiga. También hizo amistad con cuatro de los cinco hermanos de Delaney, todos mayores que ella: Daré, Stone, y los mellizos Chase y Storm. Por el contrario, el primer encuentro con Thorn, el quinto hermano de Delaney, fue bastante desagradable y, desde entonces, ambos se evitaban. Thorn Westmoreland, de treinta y cinco años y un metro noventa de estatura, además de tremendamente guapo, era el último hombre en el mundo con el que quería tratar; sobre todo, teniendo en cuenta que cada vez que le veía no podía evitar pensar en velas, cuerpos desnudos y sábanas de seda.

—Voy al baño -le susurró a Delaney, que se volvió, asintió y le sonrió.

Tara le devolvió una sonrisa de complicidad, notando que la mujer que hablaba con Delaney no le estaba dejando pronunciar palabra. Se miró el reloj para ver cuándo podría marcharse dentro de un tiempo razonable. Después, salió al pasillo que daba a los baños.

Tara pensó en el hecho de que, en el plazo de un mes, iba a trasladarse a Atlanta. Había tomado la decisión debido a que un médico casado y mayor que ella, con un puesto de dirección en el hospital, estaba obsesionado con llevársela a la cama; desde que le había rechazado, le estaba haciendo imposible la vida en el hospital. Para evitar una denuncia por acoso sexual, el hospital había decidido trasladarla a Adanta.

Cuando salió del baño, Tara estaba metiendo el carmín de labios en el bolso, por lo que no advirtió la presencia del hombre que acababa de salir del baño de caballeros hasta que se chocó con él.

-Perdone. Estaba distraída y...

Se interrumpió al ver que el hombre con el que se había chocado era Thorn Wesmoreland, que parecía tan sorprendido de verla como ella de verle a él.

-Hola, Thorn.

-Hola, Tara.

-Perdona, no estaba mirando por donde iba.

Thorn, sin responderle, se la quedó mirando fijamente. Tara decidió no seguir esperando una respuesta y se dispuso a apartarse de él. Dio un paso e, inesperadamente, Thorn le agarró el brazo, deteniéndola. Ella miró la mano de Thorn y luego le clavó los ojos

en el rostro con una significativa mirada.

-Puedes soltarme, Thorn.

Pero, en vez de soltarla, Thorn murmuró algo en tono gutural, unas palabras que a ella le resultaron parecidas a «Dudo que pueda».

Entonces, de improviso, Thorn bajó la cabeza y le capturó los labios con los suyos.

Lo primero que Tara pensó fue que debía presentar resistencia; después, una segunda idea se apoderó de ella: quizá lo mejor fuera responder a su beso y, con ello, consiguiera quebrar el hechizo que Thorn ejercía sobre ella desde el momento en que se conocieron. Nunca un hombre le había atraído tanto, incluido Derrick Hayes, el hombre con el que había estado a punto de casarse.

Lo tercero que pensó fue que Thorn Westmoreland sabía besar. El contacto de aquella lengua con la suya la hizo estremecerse de pasión. Sintió algo poderoso y sobrecogedor. Gimió suavemente cuando él profundizó el beso.

Thorn le agarró las nalgas e, instintivamente, ella se aferró a aquel poderoso y excitado cuerpo. Cuando le rodeó el cuello con los brazos, Thorn arqueó la espalda, la levantó del suelo y la estrechó contra sí: muslo contra muslo, pecho contra pecho.

Por fin, cuando Thorn le soltó la boca y la volvió a dejar en el suelo, ambos respiraban entrecortadamente. Thorn continuó rodeándola con sus brazos y empezó a mordisquearle la garganta y la barbilla antes de volverse a apoderar de su boca con vehemencia.

Le chupó la lengua tierna, lenta y apasionadamente, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo para hacerla enloquecer de pasión. Era como una descarga que le corrió por todo el cuerpo y la hizo gemir de un placer insospechado hasta entonces.

Cuando él interrumpió el beso una vez más, Tara se apoyó débilmente en su pecho pensando que, en su veintisiete años de vida, nadie la había besado así nunca.

Poco a poco, recuperó la razón y le sintió apartar las manos de ella. Tara le quitó las manos de los hombros y, al mirarle a los ojos, vio ira en ellos. Al parecer, Thorn estaba enfadado consigo mismo por haberla besado, y enfadado con ella por habérselo permitido.

Sin pronunciar palabra, Thorn se dio media vuelta y se marchó. No miró atrás. Y, cuando él desapareció de su vista, Tara respiró

profundamente, aún sintiendo la pasión de aquel beso.

Nerviosa, se humedeció los labios y se esforzó por recuperar la compostura, más decidida que nunca a continuar evitándolo como si fuera la peste.

Dos años atrás había aprendido una dura lección: el amor y la felicidad no eran para ella.

Capítulo Uno

Tres meses después

Tenía un cuerpazo como para morirse, y Thorn Westmoreland estaba a punto de morir ante tal visión.

Esbozó lentamente una sonrisa. Era perfecta, era un sueño hecho realidad. Toda ella excitaba los sentidos y hacía fluir la adrenalina salvajemente.

La contempló con reverencia, fijándose en todas y cada una de sus magníficas líneas. Era una obra de arte: estilizada, bien hecha, de curvas y ángulos perfectos, e increíblemente tentadora. Se volvía loco por montarla y darle la carrera de su vida.

Con un hormigueo en el estómago, extendió la mano y la tocó con suavidad. Estaba esperándolo...

-Eh, Thorn, llevas por lo menos diez minutos mirando la moto y babeando. ¿No te parece que deberías tomarte un descanso?

La sonrisa desapareció del rostro de Thorn y, sin volverse para ver quién había hablado, respondió:

-La tienda está cerrada, Stone.

-Tú estás aquí, lo que significa que está abierta -dijo Stone Westmoreland acercándose a su hermano hasta colocarse delante de él.

Thorn estaba de pie delante de la motocicleta que había construido, su última creación, la Thorn-Byrd RX1860. Se habían extendido los rumores de que la Harley no podía compararse en diseño a la Thorn-Byrd RX1860 y la Honda no podía comparársele tampoco en velocidad. Stone no dudaba de la veracidad de ambas suposiciones; al fin y al cabo, se trataba de otra de las creaciones de Thorn. A su hermano le había llevado un año entero construir aquella motocicleta, cinco meses más de lo que solía tardar. Venían

de todas partes del país a hacer pedidos a Thorn, dispuestos a pagar los altos precios de aquellas motocicletas. Todo el mundo sabía que Thorn no sólo se jugaba su reputación y su nombre con cada una de sus motos; también ponía en ellas su corazón.

-¿Por qué has cerrado tan pronto? -preguntó Stone, ignorando el fruncido ceño de su hermano.

Conocía a Thorn lo suficiente como para ignorar su mal humor.

-Porque quería estar tranquilo y relajado un rato. No sabes lo que me arrepiento de haberos dado a todos llaves de la tienda.

Stone sonrió traviesamente: sabía que Thorn se refería a sus otros tres hermanos y a él.

-Ha sido una de las mejores ideas que has tenido nunca. Cualquier día podríamos encontrarte enterrado bajo una pila de cromo y metal.

Thorn alzó los ojos al techo.

-¿No se te ha pasado por la cabeza que también podrías pillarme en la cama con una mujer?

-No.

-Pues cabe la posibilidad, te lo aseguro. La próxima vez, llama antes de entrar -dijo Thorn.

Como pasaba muchas horas en el garaje, su despacho tenía todas las comodidades de una casa, incluido un dormitorio con una cama. También tenía un pequeño gimnasio para mantenerse en forma.

-Trataré de recordarlo -contestó Stone riendo.

Su hermano tenía fama de ladrar y morder al mismo tiempo. Thorn podía ser difícil de tratar cuando se lo proponía. Tampoco se podía olvidar el incidente con Patrice Canady unos años atrás, a causa del cual Thorn se puso en contra del mundo entero por una mujer. Además, había que tener en cuenta la política de Thorn de excluir el sexo de su vida mientras se preparaba para una carrera; y como se había inscrito para participar en varias carreras aquel año, estaba de peor humor que de costumbre. Al igual que les ocurría a muchos atletas, Thorn creía que el sexo antes de una competición restaba energía al cuerpo y dificultaba la concentración.

No obstante, en opinión de Stone, lo que Thorn necesitaba era meterse en la cama con una mujer.

-¿A qué has venido, Stone? ¿No tienes que terminar un libro? —preguntó Thorn a su hermano.

A los treinta y tres años, Stone era un famoso autor de novelas de intriga que firmaba con el seudónimo de Rock Masón.

La pregunta de Thorn le recordó a Stone el motivo por el que había ido al taller de su hermano.

-No, acabo de terminarlo; se lo he enviado a mi editor esta mañana. He venido para recordarte que tenemos una partida de cartas hoy a las siete y media.

-No se me había olvidado.

-Y para decirte que va a ser en otro sitio. Esta tarde no vamos a ir a casa de Daré, como teníamos pensado, debido a que se ha cancelado el viaje de AJ. Y como puedes suponer, no queremos que Storm se ponga a soltar maldiciones cuando empiece a perder y nuestro sobrino las añada a su vocabulario.

Thorn asintió.

-Sí, lo comprendo. En ese caso, ¿dónde va a ser hoy la partida?

-En casa de Tara.

Thorn, miró a su hermano y empequeñeció los ojos.

-¿Por qué demonios vamos a jugar a las cartas en casa de Tara?

Stone se esforzó por no sonreír. Sus hermanos y él habían aceptado la invitación de Tara a jugar a las cartas en su casa porque sabían que enfurecería a Thorn, conscientes de los esfuerzos de éste por evitarla.

-La razón por la que vamos a jugar en su casa es porque, como agradecimiento por haberle ayudado a hacer la mudanza, nos ha invitado.

-Yo no le he ayudado a hacer la mudanza.

-Porque el fin de semana pasado estabas en una carrera.

Thorn apoyó una cadera en la mesa y decidió no decirle a Stone que, aunque no hubiera estado ausente, no habría ayudado en la mudanza. Estar al lado de Tara era una tortura para él; además, no quería recordar la forma como la había besado en la boda de Daré. Si sus hermanos se enterasen de que la había besado, jamás lo dejarían en paz.

Thorn respiró profundamente y miró a su hermano con dureza.

-¿Por qué no vamos a jugar a las cartas a tu casa?

-Porque la están pintando.

-¿Y a casa de Chase? -preguntó, refiriéndose al hermano que tenía un restaurante en el centro de la ciudad de Atlanta. Chase era

el gemelo de Storm.

-La tiene muy desordenada.

-¿Y a la de Storm?

-Lo llaman demasiadas mujeres y no podríamos jugar en paz.

Thorn volvió a suspirar. A los treinta y dos años, Storm, el menor de los gemelos, era bombero de día y mujeriego de noche.

-En ese caso, ¿por qué no echamos la partida en mi casa?

Stone se echó a reír y sacudió la cabeza.

-Eso ni soñarlo. Tú nunca tienes comida en la nevera ni tampoco cervezas suficientes. Bueno, ¿vas a venir o qué?

Thorn frunció el ceño.

-Lo pensaré.

Stone sonrió para sí. Thorn jamás se perdía una partida si podía.

-De acuerdo. Si vienes, bien; y si no vienes, también. Le ganaré yo solo el dinero a Storm. Thorn volvió a fruncir el ceño.

-¡Ni lo sueñes! Stone sonrió.

-En ese caso, te veré en casa de Tara -dijo Stone con gesto desafiante.

Tanto si Thorn lo admitía como si no, sus hermanos sabían que Thorn no podía resistir un desafío, y el mayor desafío para él era una guapa mujer llamada Tara Matthews.

El localizador de Tara sonó.

-¿Sí, Susan?

-La señora Lori Chadwick ha venido a verla, doctora Matthews.

Tara arqueó las cejas, preguntándose por qué habría ido Lori Chadwick a su consulta. El marido de aquella mujer, el doctor Martin Chadwick, era el jefe del departamento de pediatría y un médico muy importante en el hospital. También era su jefe.

-Hazla pasar, por favor.

Tara sonrió cuando Lori Chadwick entró en la consulta. Como de costumbre, esa mujer, mayor que ella, tenía un aspecto excepcional. Por todos eran conocidos los esfuerzos de Lori Chadwick por recaudar fondos para el hospital y, a juzgar por la nueva sección para niños del hospital, se le daba muy bien.

-¿Qué tal, señora Chadwick? -dijo Tara ofreciéndole la mano.

-Querida doctora Matthews, es un placer volverla a ver.

-Gracias -con un gesto, Tara indicó la silla delante de su mesa de despacho-. Yo también me alegro de verla.

La última vez que había visto a Lori Chadwick fue unas semanas atrás durante una fiesta de recaudación de fondos. Había sido la primera función a la que había asistido desde su traslado a Atlanta y su ingreso en el hospital universitario Emory.

Lori Chadwick sonrió.

-Ya sé que está muy ocupada, doctora Matt-hews; por lo tanto, iré directamente al grano. He venido para pedirle ayuda con respecto a una recaudación de fondos que estoy preparando.

Tara se sentó detrás de su escritorio y le devolvió la sonrisa a Lori Chadwick, halagada de que aquella mujer hubiera acudido a ella. Una de las primeras cosas que otros médicos del hospital le habían advertido era no ponerse a malas con Lori Chadwick. La señora Chadwick sentía auténtica pasión por lo que hacía y esperaba el mismo entusiasmo por parte de los demás.

-Estaré encantada de ayudarle. ¿Qué es lo que tiene pensado hacer exactamente?

-He pensado hacer un calendario que genere mucho interés, estoy segura de que se vendería bien. El dinero que se recaudara con la venta de los calendarios iría a Mundo Infantil.

Tara asintió. Mundo Infantil era una fundación que ofrecía la posibilidad de cumplir sueños para niños con enfermedades terminales; como, por ejemplo, hacer un viaje a cualquier parte del mundo. Los fondos de la fundación procedían de dinero recaudado en actos de caridad.

-¿Y tiene alguna idea sobre qué sería el calendario? —preguntó Tara, interesada en la propuesta de la señora Chadwick.

-Sí. Se va a tratar de un calendario con hombres guapos —respondió la mujer riendo—. No soy tan mayor como para no apreciar un buen físico.

Por supuesto, con gusto, nada grosero. Estoy segura de que se venderá como rosquillas. Pero quiero que los hombres que aparezcan en el calendario sean de profesiones variadas, al igual que de orígenes distintos. He conseguido que algunos se comprometan a aparecer en el calendario, pero todavía me quedan algunos y... es por eso por lo que he venido a verla. Hay un nombre que varias mujeres me han sugerido y, según tengo entendido, es amigo suyo. Tara enarcó las cejas.

-¿Amigo mío?

-Sí.

-¿A quién se refiere?

-A Thorn Westmoreland, el piloto de motos. Según me han comentado, es muy guapo y le gusta la velocidad. Haría justicia al calendario.

Antes de que Tara pudiera recuperarse de la sorpresa y decirle a Lori Chadwick que Thorn no era su amigo en absoluto, la mujer le sonrió radiantemente y añadió:

-Cuento con usted, doctora Matthews, para convencer al señor Westmoreland de que acepte posar para el calendario. Sé que no nos va a defraudar, ni a mí ni a Mundo Infantil.

Aquel mismo día por la tarde, Tara alzó la cabeza al oír a alguien llamar a la puerta. Después de limpiarse restos de masa de las manos, miró el reloj del horno. Eran las siete pasadas, pero la partida no iba a empezar hasta las nueve. Cruzó el cuarto de estar y, al llegar a la puerta, miró por la mirilla.

¡Thorn!

Si no recordaba mal, Stone le había dicho que Thorn no iba a ir. De repente, el corazón empezó a latirle con fuerza.

Despacio, abrió la puerta. Al verlo con el casco de la moto en el brazo, las piernas le temblaron. Se quedó casi sin respiración al verlo adoptar la pose más sensual que había visto en un hombre. Era una postura que a cualquier mujer le chiflaría verla en un calendario; sobre todo, en la clase de calendario que Lori Chadwick se proponía hacer.

El calor de la intensa mirada de él se asentó en su estómago y el corazón le latió aún con más fuerza. Tara hizo un esfuerzo por no fijarse en los ajustados pantalones de Thorn, ni en la chaqueta de cuero, ni en el brillante que adornaba su oído. Pero eso sólo le dejaba el rostro, lo que era devastador. Thorn llevaba el pelo muy corto y tenía la piel marrón cobrizo, sus ojos parecían satín negro; la nariz era firme y los pómulos prominentes. Pero era la boca lo que capturó toda su atención...

Tara recordó aquella boca unida a la suya, su sabor. Era una boca llena, generosamente curva y sumamente excitante. De repente, pensó que jamás le había visto sonreír. En su presencia, Thorn siempre tenía el ceño fruncido.

Como ahora.

Incluso como la noche que la besó.

Tara suspiró, quería olvidar aquella noche, aunque sabía que no podría hacerlo nunca.

-Thorn, ¿qué estás haciendo aquí? -preguntó ella después de aclararse la garganta.

-¿No va a haber una partida de cartas aquí esta noche? -respondió Thorn con una voz sensual.

Tara volvió a carraspear cuando él arqueó una ceja en espera de su respuesta.

-Sí, pero es más tarde. La partida es a las nueve.

-¿A las nueve? Estoy casi seguro de que Stone me dijo que empezaba a las siete y media -Thorn se miró el reloj—. De acuerdo, volveré más tarde.

Tras esas palabras, se volvió para marcharse.

-Thorn...

El se dio media vuelta y la miró.

-¿Sí?

Tara sabía que era un buen momento para hablar del calendario con él. Se lo había comentado a Chase Westmoreland cuando éste se pasó por el hospital después de la entrevista con la señora Chadwick, Chase le había dicho que no veía motivo por el que no debería pedirle el favor a Thorn; al fin y al cabo, el calendario era para recaudar fondos para una fundación sin ánimo de lucro. No obstante, le había advertido que le costaría bastante convencerlo ya que Thorn detestaba todo tipo de publicidad que se centrara en su persona. Según Chase, la última vez que Thorn se había visto envuelto en un asunto de publicidad había acabado en una infernal relación amorosa. Chase se había negado a darle más información al respecto, aconsejándole que le preguntara a Thorn si quería saber más sobre el asunto.

-Puedes esperar aquí a los otros si quieres. Sólo falta una hora y media para las nueve —dijo ella.

-No, gracias —respondió Thorn al instante—. Es más: diles a mis hermanos que he cambiado de idea y que no voy a venir a jugar a las cartas.

Tara le vio montarse en la moto, colocarse el casco y salir de allí como si se lo llevaran los demonios.

«Esto es lo más parecido a hacer el amor con una mujer», pensó Thorn.

Bajando el torso, tomó una curva. El ruido del motor lo calmó y le hizo pensar en los gemidos de placer de una mujer en la cama. Era el mismo sonido que le gustaría oír saliendo de los labios de Tara.

A pesar del aire frío de enero en Atlanta, tenía calor. Sentía una ardiente sensación recorriéndole el cuerpo, una sensación que se repetía invariablemente cada vez que veía a Tara. Pensó en ella, con pantalones vaqueros y camiseta, al abrirle la puerta. El pequeño y curváceo cuerpo de esa mujer, su piel color caoba, sus ojos marrones y su corta melena le distraían y le atraían irremediablemente. No comprendía por qué lo dejaba casi sin aliento.

Desde el principio, incluso cuando ella vivía en Kentucky, le había hecho pasar noches en vela; y, cuando dormía, soñaba con peligroso e inacabable sexo. Las duchas de agua fría se convirtieron en una costumbre.

No cesaba de asaltarle el recuerdo del día en que se conocieron. Él había ido a casa de su hermana Delaney, donde sus cuatro hermanos estaban jugando a las cartas; Delaney no estaba y ninguno de sus hermanos sabía dónde se había metido ni cuándo regresaría. Él acabó perdiendo la paciencia y, cuando estaba a punto de estrangular a sus hermanos, Tara, con sus sensuales curvas y sumamente atractiva, salió de la cocina, se enfrentó a él y declaró que no tenía derecho a interrogar así a sus hermanos sobre el paradero de Delaney. También le dejó muy claro lo que pensaba de sus malos modales. Mientras le lanzaba aquel discurso, él no pudo dejar de imaginarse a sí mismo arrastrándola a la habitación más próxima para desnudarla y hacerle el amor.

La intensidad de su deseo le aterrorizaba. Se había prometido a sí mismo no permitirle a ninguna mujer ejercer semejante poder sobre él, y-se mantenía firme en su promesa. No iba a permitirlo.

¡Y ella le había invitado a esperar durante una hora y media a que llegaran sus hermanos para jugar la partida! Imposible no perder la razón con ella a su lado durante ese tiempo.

Volvió a bajar el cuerpo para tomar otra curva, deleitándose en

la libertad y la excitación que ello le producía. Así sería cómo le haría el amor a Tara.

Sí, lo iba a hacer.

Había estado reprimiendo su pasión; sin embargo, lo que necesitaba era liberarse. Lo que tenía que hacer era dejar de huir y enfrentarse a la situación si quería librarse de aquella obsesión.

La próxima carrera de motos en la que participaría iba a ser en Daytona Beach, al cabo de siete semanas solamente. Siete semanas más de vida célibe.

Mientras tanto, prepararía a Tara para aquel momento, lo haría como preparaba los motores de las motos. No obstante, a pesar de las similitudes, no le cabía duda de que acostarse con Tara iba a ser una experiencia única.

Sonrió para sí. Había llegado el momento de que Tara y él dejaran de evitarse mutuamente y, en vez de desperdiciar tanta energía, la aprovecharan como debían.

Capítulo Dos

Tara oyó el timbre de la puerta justo en el momento en que estaba abriendo el horno para sacar otra bandeja de pastas.

—Stone, ¿podrías abrir la puerta, por favor? -gritó desde la cocina mientras los hermanos Westmoreland preparaban la mesa en el cuarto de estar para la partida de cartas.

-Sí, claro -respondió Stone. Al abrir, Stone arqueó las cejas cuando vio a Thorn.

-Tara nos había dicho que habías decidido no venir a jugar esta noche -Stone se echó a un lado para permitirle el paso a su hermano.

—He vuelto a cambiar de parecer —respondió Thorn-. ¿Por qué has abierto tú la puerta en vez de Tara?

Stone sonrió. No conseguía acostumbrarse a los ataques de celos de Thorn; sobre todo, porque Thorn no era consciente de ello.

—Porque Tara está ocupada en la cocina. Y ahora, será mejor que nos ayudes a preparar la mesa de juego.

-Y otra cosa, ¿no me habías dicho que la partida iba a empezar a las siete y media? —preguntó Thorn mirando fijamente a su hermano.

Sin inmutarse, Stone respondió:

-No lo recuerdo. Debes de haberme entendido mal.

En el momento en que Thorn entró en la cocina, Tara se apartó del fregadero y sus ojos se encontraron. Ella tragó saliva antes de decir:

-¿No habías dicho que no ibas a venir?

Thorn se apoyó en el mostrador de la cocina y continuó mirándola. A juzgar por los nervios con los que estaba agarrando el trapo de la cocina, era evidente que su presencia afectaba a Tara.

-He cambiado de idea -respondió Thorn sin apartar los ojos de los de ella.

Ahora que había decidido no seguir evitándola, se dio cuenta inmediatamente de que había algo entre ellos dos y se preguntó si Tara también era consciente de la situación. Sonrió para sí al sentir que así era. Fue Tara quien rompió el contacto visual y, rápidamente, clavó los ojos en el suelo de la cocina.

-Se puede ganar mucho dinero esta noche y, al final, he decidido que por qué no intentar ser yo quien lo gane —añadió Thorn.

Stone alzó los ojos al techo.

-¿Vas a ayudarnos a preparar la mesa o vas a seguir aquí en la cocina haciendo no sé qué?

Thorn se volvió a su hermano y frunció el ceño ligeramente.

-Ya que tienes la boca tan grande, Stone, me voy a hacer el firme propósito de desplumarte a ti antes que a los demás para que vuelvas a tu casa con los bolsillos vacíos.

-Sí, muy bien, lo que tú quieras —contestó Stone.

Thorn volvió a cautivar los ojos de Tara con una fuerza que, estaba seguro, ella no podía dejar de sentir. Por fin, satisfecho con la reacción de ella, salió de la cocina detrás de Stone.

Tan pronto como Thorn y Stone salieron de la cocina, Tara se apoyó en el mostrador casi sin respiración, preguntándose si Stone no habría notado las vibraciones entre Thorn y ella. La intensidad de la mirada de Thorn había sido tan potente como el beso de Thorn de hacía meses, del que aún no se había recobrado.

Pero tenía que olvidarlo.

Desde el incidente con Derrick, se habíajurado no intimar con ningún hombre emocionalmente. Tenía amigos y salía con ellos; sin embargo, tan pronto como demostraban estar interesados en mantener con ella algo más que simple amistad, no vacilaba en romper con ellos. Desde el momento de conocerlo, se había dado cuenta de que Thorn era peligroso. No obstante, aunque se sentía sumamente atraída por él, había creído poder lograr controlar la situación...

Hasta el día en que la besó hacía unos meses.

Ahora, no se sentía en control y tampoco segura. Ese hombre era una tentación y un pecado. Casi una adicción. Pero no tenía intención de hacerse adicta a él y sabía lo que tenía que hacer. Más

aún, sabía lo que no debía hacer: no podía permitir que Thorn pensara que tuviera interés alguno en él.

Curiosidad, sí, interés, no.

Y en parte era verdad. Le interesaba que apareciera en el calendario de la señora Chadwick, pero no iba a permitir que su interés por él llegara más lejos.

«¿Dónde estará?»

Thorn volvió a recorrer con la mirada la habitación mientras se preguntaba dónde se había metido Tara. Después de enseñarles las cervezas de la nevera y de colocar los bocadillos y las pastas en el mostrador de la cocina, Tara se había marchado y había vuelto al cabo de un rato para decirles que también tenían café preparado.

Y de eso ya hacía casi dos horas.

-¿Vas a seguir jugando o no, Thorn?

La pregunta de Daré le sacó de su ensimismamiento y, a juzgar por la sonrisa de su hermano, a Daré le estaba divirtiendo su falta de concentración. Daré, de treinta y siete años de edad y el mayor de los hermanos, era sheriff de College Park, en las afueras de Atlanta, y pocas cosas le pasaban desapercibidas.

-Sí, claro que voy a seguir -respondió Thorn de malas, fijándose en las cartas que tenía en la mano.

-Lo pregunto porque como has perdido tanto dinero...

Las palabras de Daré le hicieron darse cuenta repentinamente de que sí había perdido mucho dinero: trescientos dólares que se había llevado Stone, que no dejaba de mirarlo con traviesa sonrisa.

-Me parece que Thorn tiene la cabeza en otras cosas esta noche -dijo Stone riendo.

Thorn se recostó en el respaldo del asiento y lanzó una furiosa mirada a su hermano.

-No le tomes demasiado apego a mi dinero porque pienso recuperarlo todo antes de volver a casa -Thorn apartó la silla de la mesa y se puso en pie-. Creo que voy a estirar las piernas por aquí.

-No te molestes, Thorn, Tara está en el piso de arriba leyendo — dijo Storm mientras echaba una carta encima de la mesa. Al ver la expresión de Thorn, Storm lanzó una carcajada-. Y, por favor, no pongas esa cara de tonto. No somos idiotas, sabemos que te gusta.

Thorn se preguntó desde hacía cuándo que sus hermanos lo

sabían. En su opinión, eran excesivamente observadores. Incluso Stone, a quien se consideraba el más despistado, parecía haber advertido la tensión entre Tara y él.

-¿Y qué si me gusta? ¿Algún problema? Daré se recostó en el respaldo de la silla.

-Nosotros no, pero tú pareces tenerlo ya que llevas dos años luchando contra ello —le dijo Daré mirándole fijamente-. Desde el principio sabíamos que era un reto para ti y te lo dijimos. Es hora de que lo reconozcas.

Thorn plantó las manos en la mesa.

-No tengo que reconocer nada —espetó él.

-Lo harás cuando se te pase la historia con Patrice -respondió Daré-. Maldita sea, Thorn, ya han pasado tres años de aquel asunto. Olvídalo. Además, en mi opinión, no estabas enamorado de ella; lo que te pasaba era que te creías su dueño y había otros que pensaban lo mismo que tú. Nunca me gustó y me alegré de que descubrieras cómo era esa mujer. Eres un tipo listo y no me parece que te guste torturarte a ti mismo, así que relájate, deja de ser cabezota y olvídate de lo que te hizo. Por el amor de Dios, haz algo respecto a tus frustraciones sexuales. Nos estás volviendo locos a todos.

-Es verdad, Thorn, se te nota que no te has acostado con una mujer desde hace bastante. ¿No te parece que esa regla que te has impuesto de nada de sexo mientras participas en carreras de motos es una exageración? Según mis cálculos, hace ya un año... o dos. ¿No crees que te estás excediendo con eso del celibato?

-No, si está esperando a cierta mujer a la que desea con toda la pasión de que es capaz un Westmoreland -dijo Stone sonriendo, consciente de que los demás sabían a qué se refería—. Y como todos sabemos lo que Thorn quiere de Tara, quizá sea el momento de decirle a Thorn lo que Tara quiere de él, ¿no te parece, Chase?

Los hermanos miraron a Chase en silencio. Pero el silencio que más preocupó a Chase fue el de Thorn mientras volvía a sentarse. Le había comentado a Stone que Tara quería que Thorn posara para el calendario, pero aún no se lo había dicho a los otros.

-Hoy he pasado por el hospital para ver a la señora Amanda, que acaba de tener una operación de cadera -dijo Stone, refiriéndose a la cocinera que trabajaba en su restaurante-. Como estaba ahí, decidí ir a saludar a Tara para ver si necesitaba algo para esta

noche. Fue entonces cuando Tara me dijo que una mujer importante en el hospital se había pasado por su consulta hacía un rato y que le había preguntado por ti. Al parecer, dicha mujer quiere que poses para un calendario.

Chase miró a sus hermanos haciendo una pausa antes de continuar.

-Por lo que Tara me dijo, parecía que esa mujer sabía que Tara te conocía. Quiere que Tara te convenza de posar para el calendario -añadió Chase.

-Thorn no hace esas cosas -comentó Storm riendo—. ¿No habíamos quedado en que todavía es célibe?

Chase frunció el ceño y miró a su hermano gemelo.

-¿Es que no puedes pensar en algo que no sea sexo, Storm? Estoy hablando de posar para un calendario.

-Oh.

Chase clavó los ojos en Thorn.

-Bueno, ¿vas a hacerlo? Thorn frunció el ceño.

-¿Me lo estás pidiendo en nombre de Tara?

-No. Pero... ¿qué importa eso? Si te lo preguntara Tara, ¿lo harías?

-No -respondió Thorn sin titubear al tiempo que, echando una carta en la mesa, recordó el día en que Patricia y él se conocieron.

Patricia era fotógrafa y quería que él posara para un calendario; al final, acabó siendo su compañera de cama... y la de algunos otros, como descubrió después.

Chase frunció el ceño.

-Es por una buena causa.

-Todas las obras de caridad son por buenas causas.

-Esta es para niños, Thorn. Todo aquél que conocía a Thorn sabía que se deshacía con los niños.

-El equipo de pilotos de motociclismo al que pertenezco ayuda a obras de caridad relacionadas con niños, Chase.

Su hermano asintió.

-Lo sé, Thorn, pero lo hacen con obras de caridad a nivel nacional. Esta, sin embargo, es más local: beneficiará a Mundo Infantil.

La gente de Atlanta conocía bien Mundo Infantil y sabía que ayudaba a niños con enfermedades terminales.

-Lo único que te estoy pidiendo es que lo pienses y que estés preparado para cuando Tara, por fin, encuentre el valor suficiente para preguntártelo —añadió Chase.

Thorn frunció el ceño.

-¿Por qué necesita valor para preguntarme nada?

Daré lanzó una queda carcajada.

-Porque digamos que... no eres demasiado simpático con ella, aunque nosotros sabemos por qué, a pesar de que tú te niegues a reconocerlo.

Daré miró a su alrededor con el fin de cerciorarse de que Tara no había bajado antes de continuar.

-La cuestión es que te tiene loco y llevas dos años muñéndote por sus huesos. Y, en mi modesta opinión, o haces algo al respecto o te olvidas del asunto. Y si decides olvidarte del asunto, por favor, tranquilízate con el fin de que nosotros cuatro podamos aguantarte.

Thorn lanzó una furiosa mirada a Daré.

-No necesito tranquilizarme.

-Que te crees tú eso. Thorn, admite que no eres como nosotros cuatro. Storm, Chase, Stone y yo podemos pasar mucho tiempo sin tener relaciones sexuales, y como si nada. Pero, cuando te pasa a ti, te vuelves insoportable. Y, en el tiempo que llevas tratando de decidirte respecto a Tara, cada día estás más inaguantable. ¿No crees que dos años son suficientes para tomar una decisión?

Thorn miró a sus hermanos, que lo observaban como aves de rapiña.

-Ya he tomado una decisión respecto a Tara -respondió Thorn despacio, y pronto vio en las expresiones de sus hermanos que lo habían comprendido.

-Ya era hora de que te rindieras a lo inevitable -dijo Storm sonriendo ampliamente—. Sabía que, antes o después, recuperarías el sentido común.

-Siento ser la voz de la razón en un momento como éste —comentó Chase sonriendo traviesamente-, pero te aconsejo que no tomes ninguna decisión respecto a Tara sin el consentimiento de ella, Thorn. Tara tiene una personalidad muy fuerte. No creo que puedas manejarla a tu antojo.

-Yo tampoco lo creo -interpuso Stone. El rostro de Thorn ensombreció.

-Yo pienso que sí.

-No estés tan seguro de ello -dijo Stone sonriendo-. Cuando te conoció no le causaste buena impresión, no creo que te tenga mucho aprecio; lo que significa que vas a tener que hacer un verdadero esfuerzo para ganártela. No estoy seguro de que estés preparado para ese reto.

-¿Qué queréis apostaros a que sí lo está? –dijo Storm con una maliciosa sonrisa-. Thorn puede conseguir cualquier cosa que se proponga, incluida Tara.

-No lo creas -contestó Chase—. Tara es tan cabezota como Thorn.

-Tranquilos, chicos -interpuso Storm acariciándose la barbilla lentamente—. Thorn es bastante listo y sabe preparar un plan de ataque. Si se propone ganarse a Tara, estoy seguro de que lo conseguirá.

-No, no lo hará -respondió Chase-. Es más, me apuesto una caja entera de Jack Daniels a que no la conseguirá.

-Igual que tú, yo me apuesto una caja de herramientas a que no lo logra —añadió Stone sacudiendo la cabeza con una sonrisa.

-Y yo me apuesto un día entero trabajando de camarero en tu restaurante a que sí la consigue, Chase -dijo Storm en un tono que subrayaba la confianza que tenía en Thorn—. Y contigo, Stone, me apuesto esa caja de herramientas.

Thorn había mantenido silencio mientras sus hermanos hacían apuestas. Entonces, miró a Daré, que encogió los hombros.

-Esas apuestas no son legales y, ya que soy sheriff y representante de la ley, no voy a apostar -declaró Daré con humor-. No obstante, si apostara, lo haría por Thorn, aunque no creo que le resultase tan fácil como Storm cree. Con o sin calendario, Tara no va a rendirse a tus pies, Thorn. Va a ser toda una lucha.

Daré sonrió al recordar cómo había ganado el corazón de la mujer a la que amaba.

-Por lo tanto, no vas a poder jugar limpio -añadió Daré pensando en la táctica que su cuñado, el príncipe Jamal Ari Yasir, había utilizado para conquistar a su hermana Delaney.

Thorn asintió. Una lucha y juego sucio. Sí, podría lograrlo. Pondría en acción el plan cuando sus hermanos se marcharan. Tara se iba a encontrar con una verdadera sorpresa.

Sí, toda una sorpresa.

Capítulo Tres

El corazón de Tara pareció querer salírsele del pecho cuando, después de la partida de cartas, Thorn, al contrario que sus hermanos, no mostróintención de marcharse.

Tara cerró la puerta y se volvió a él. El ambiente, de repente, parecía sumamente cargado.

-¿Es que no te vas a marchar? -le preguntó ella apoyando la espalda en la puerta.

-No. Tenemos que hablar. Tara respiró profundamente.

-¿Sobre qué?

¿Le habría mencionado Chase lo del calendario?

Thorn la miró a los ojos.

-Sobre nosotros dos. Tara arqueó las cejas.

-No hay nada entre nosotros dos, Thorn. Es más, tengo la impresión de que siempre te he resultado desagradable.

Qué equivocada estaba, pensó Thorn. El problema era que le gustaba demasiado.

Thorn avanzó un par de pasos, colocándose justo delante de ella.

-Nunca me has resultado desagradable, Tara. Ella tragó saliva. Lo mismo le habían contestado los hermanos de Thorn cuando hacía un año les comentó lo que pensaba. Le dijeron que Thorn tenía a veces momentos de mal humor y que no se lo tomara como algo personal; pero no había podido evitar hacerlo.

-Mis hermanos creen que representas un reto para mí —añadió él sin quitar los ojos de los de ella.

-¿Por qué piensan eso?

-Porque les parece que no soy capaz de tratar contigo.

Tara frunció el ceño.

-¿De tratar conmigo? ¿En qué sentido?

Thorn la miró de arriba a abajo, provocativamente, antes de volver a clavar los ojos en los de ella.

-Evidentemente, no en el sentido que yo pensaba al principio —respondió Thorn—. De los cinco, yo soy el que mejor entendía a Delaney y sabía cómo tratarla; por lo tanto, supuse que mis hermanos se referían a que, como eres obstinada y tienes un carácter muy fuerte, no sabía qué hacer contigo. No obstante, ahora creo que mis hermanos dicen que representas un reto para mí en un sentido completamente diferente... Como mujer. Yes muy diferente.

Se miraron prolongada e intensamente. Después, Tara preguntó:

-¿Cuál es la diferencia? -sabía que estaba buscándose problemas, pero no le importó.

La atmósfera se cargó de tensión sexual y atracción física. No era antagonismo lo que había habido entre ambos desde que se conocieron, sino un deseo primitivo y sobrecogedor.

Thorn avanzó otro paso hacia ella.

-Si solo fueras para mí la amiga de Delaney y ya que eres casi ocho años menor que yo, te consideraría como una hermana. Pero si me olvido de la diferencia de edad y te considero simplemente una mujer, entonces estás preparada.

Tara frunció el ceño.

-¿Preparada?

-Sí, preparada para mí.

Tara volvió a tragar saliva. Se preguntó cómo reaccionaría Thorn si supiera que en sus veintisiete años de edad no había estado disponible para ningún hombre. Aunque Derrick y ella habían salido juntos durante varios años, nunca se habían acostado; lo que significaba que debía de ser la virgen de más edad del estado de Georgia.

Pero eso no significaba que estuviera «preparada», y le molestaba que un hombre pudiera pensar eso. Derrick le había enseñado una dura lección y ella no tenía intención de olvidarla.

-Siento llevarte la contraria, pero no estoy «preparada» para cualquier hombre, Thorn.

El continuó mirándola. Sí, era su reto y le gustaban los desafíos.

-Yo soy de diferente opinión —respondió él por fin.

Tara parpadeó al verlo sonreír. Era una sonrisa para captarla con una cámara fotográfica. Era una sonrisa irresistible y devastadora.

Era una sonrisa erótica.

-Sí, eres mi reto, Tara -añadió Thorn con voz ronca.

Tara se dio cuenta demasiado tarde de que Thorn había avanzado otro paso; ahora sus muslos se tocaban, sus pechos se rozaban. Contuvo el aliento cuando la sensual voz de Thorn y el calor de aquella sonrisa la hicieron consumirse de deseo. Pero luchó por controlarlo, se negaba a quemarse.

-No soy el reto de nadie, Thorn -respondió Tara en un susurro apenas audible.

Thorn bajó la cabeza y murmuró con voz ronca.

-Sí, el mío, sí, Tara.

El impacto de la afirmación de Thorn, sus palabras de posesión, la hicieron sentir el deseo más intenso de su vida. El calor se hizo insoportable. Quería apartarse de él y deshacerse de las emociones que Thorn estaba despertando en ella. Trató de convencerse a sí misma de que era solo un hombre y que ella se había prometido no volver a perder el sentido por un hombre. Y aunque Thorn estaba poniéndole muy difícil mantener esa promesa, no iba a ceder.

Lo único que Thorn no sabía de ella era que no necesitaba a un hombre, ni física y psíquicamente. En su opinión, no podía echar de menos lo que nunca había tenido. Además, como les ocurría a la mayoría de los hombres que no tenían intención de casarse, Thorn sólo podía ofrecerle una aventura amorosa centrada en el sexo.

Tara, dando un paso hacia atrás, se apartó de él y de la tentación que representaba.

-Es tarde y la conversación se ha terminado.

-Sí, ya está bien de conversación.

Tara tragó saliva al oír el seductor y ronco susurro de Thorn y al sentir la intensidad de su mirada. Se sintió como si la hubieran clavado al suelo cuando él se acercó de nuevo a ella. Estaban tan cerca que pudo ver su imagen reflejada en las pupilas de Thorn.

Tragó saliva una vez más. Él la miraba fijamente; su rostro reflejaba un intenso deseo. De repente, se le ocurrió que pensar que no se podía echar de menos lo que nunca se había tenido era algo que carecía de significado en lo referente a la naturaleza humana; y esa noche, entre ellos dos había un magnetismo animal irresistible. Nunca había deseado a nadie de esa manera.

La parte puramente femenina de su cuerpo le latía con fuerza,

había cobrado vida propia y sólo respondía a Thorn.

-Creo que debería marcharme de aquí cuanto antes -susurró Thorn con voz áspera y ronca mientras le rodeaba la cintura con los brazos.

-Sí, creo que eso es lo que deberías hacer -contestó ella con voz apenas audible mientras un temblor le recorría el cuerpo.

Tara clavó los ojos en los labios de él y sintió la intensidad del deseo que se estaba acumulando en todo su ser.

-Y lo voy a hacer -dijo Thorn en tono sensual-. Después de que vuelva a probarte.

Tara parpadeó y su boca se abrió. Rápidamente, Thorn se la cubrió. Los labios de él se movieron seductoramente sobre los suyos en busca de una respuesta que no se hizo esperar.

Agudas y volátiles sensaciones se hicieron eco de las que Thorn había despertado en ella la primera vez que la besó. No había timidez en la forma como le devoraba la boca, con una intensidad que la hizo temblar de pies a cabeza. Ardor y sensualidad se unieron para convertirse en pura pasión.

Cuando sintió las manos de Thorn acariciándole el cuerpo, Tara se dio cuenta de que tenía que interrumpir aquella locura. Despacio y con pesar, apartó la boca de la de él.

Pero Thorn continuó acariciándola, pasándole la mano por la espalda con suavidad. Ninguno de los dos dijo nada. No podían.

Cuando Tara tuvo energía suficiente para alzar la cabeza, se encontró con los ojos de él. La mirada de Thorn era tan intensa que casi le impidió pronunciar palabra. Por fin, aclarándose la garganta, dijo:

-¿Por qué?

Vio entendimiento en los oscuros ojos de Thorn. Él se había dado cuenta de lo que le estaba preguntando y comprendió la necesidad que ella tenía de saberlo.

-Porque te deseo desde que te conocí. Me lo he negado a mí mismo, pero ya no puedo seguir haciéndolo. Puede que tú no quieras reconocerlo y menos aceptarlo, pero la forma como has respondido demuestra que me deseas tanto como yo a ti, Tara.

Tara reconoció la verdad de aquellas palabras, pero no estaba dispuesta a admitirlo.

-No quiero que ocurra esto entre nosotros. Thorn asintió.

-Lo sé, pero me niego a marcharme así. Hace mucho tiempo que no deseo tanto a nadie. La ira brilló en los ojos de ella.

-¿Se supone que me debo sentir halagada? Thorn arqueó una ceja.

-Eso espero.

-Pues no es así. No quiero tener relaciones con un hombre.

Thorn frunció el ceño.

-Lo que dices no tiene nada que ver con la forma como respondes. Tara enfureció.

-Piensa lo que quieras, pero yo prefiero estar sola; de esa manera, no corro el riesgo de que me hagan daño... una segunda vez.

Thorn suspiró profundamente mientras recordaba lo que uno de sus hermanos le había contado sobre el modo en que el prometido de Tara la había humillado el día en que iba a celebrarse su boda. Las palabras de Tara le afectaron. Extendió un brazo y le rozó la mejilla con ternura, hipnotizado por la suavidad de aquella piel.

Quería volver a besarla, pero se contuvo.

-Yo jamás te tomaría el pelo, Tara. De mí sólo obtendrías pasión y placer, te lo prometo.

A pesar de sus palabras, Thorn se apartó de ella y fue a recoger el casco de la moto, que estaba encima de la mesa.

Al ver la expresión confusa de Tara, se detuvo delante de la puerta.

-Mañana volveré -declaró Thorn con calma.

-No hay motivo para que lo hagas, Thorn.

-Sí, claro que sí -respondió él-. Quiero llevarte a dar un paseo en moto.

Thorn vio los ojos de Tara brillar: primero, de sorpresa; después, de obstinación; por último, de resistencia.

Tara alzó la barbilla.

-No tengo intención de ir contigo a ninguna parte.

Thorn suspiró sin disgustarse. Sabía que Tara estaba defendiendo su terreno y le gustaba. La mayoría de las mujeres estaban demasiado dispuestas a ser complacientes. Pero a él le gustaba la lucha, le gustaban los desafíos; por lo tanto, la obstinación de ella no le molestaba en absoluto, sino todo lo contrario, la hacía más deseable.

-Y tengo intención de conseguir que hagas de todo conmigo, Tara —declaró Thorn y se marchó.

Tara se apoyó contra la puerta cerrada mientras el ruido del motor de la moto de Thorn se desvanecía con la distancia. Suspiró profundamente e intentó relajarse. No podía negarle a Thorn la habilidad de trastocar su vida, el problema era que no quería una vida trastocada, sino ordenada. Tampoco quería los cambios que él estaba forzando en ella. Y, por supuesto, no quería pensar en sus besos. Tres meses antes había descubierto el peligro de los besos de Thorn, tenía miedo de lo que sería hacer el amor con él. Y sabía que, de presentársele la ocasión, Thorn haría lo que estuviera en sus mano por poseerla.

Tara respiró profundamente en un esfuerzo por recuperar el sentido. Aunque era tarde, dudaba poder conciliar el sueño aquella noche. Se alegró de no tener que ir a trabajar al día siguiente. Iba a almorzar con Delaney.

Se apartó de la puerta y fue a la cocina con intención de encontrar algo que la mantuviera ocupada. Se detuvo en el marco de la puerta: no había nada que hacer ahí desde la marcha de los hermanos Westmoreland. Pero uno de los hermanos había dado un paso extraordinario. Esa noche, Thorn había invadido su espacio y había intimado con ella más que cualquier otro hombre desde lo ocurrido con Derrick.

Al subir las escaleras para ir a su habitación, se acordó de que no había mencionado a Thorn lo del calendario, lo que significaba que tenía que volverlo a ver esa misma semana. Lo haría al día siguiente, pensó, ya que Thorn había dicho que se pasaría por su casa.

Capítulo Cuatro

-Tu hermano es un cabezota, Delaney.

Las dos amigas estaban sentadas en una mesa de la terraza de un restaurante. Ya habían almorzado y estaban tomando una copa de vino. Delaney, sonriendo, miró a su amiga.

-A ver si lo adivino... Debes de estar refiriéndote a mi hermano número dos, Thorn. Tara le devolvió la sonrisa.

-Sí, ¿a quién si no? Tus otros hermanos son adorables y de magnífico carácter. Pero Thorn... Delaney se echó a reír.

-No sé por qué lo dejas acercarse a ti, Tara -dijo Delaney, a pesar de saber por qué.

Delaney bebió otro sorbo de vino. Conocía bien a Thorn y a Tara y sabía que su enemistad procedía de una atracción mutua. A Jamal, su esposo, y a ella les había ocurrido lo mismo. Le pesaba no haber estado más con Thorn y Tara para poder haber ejercido su influencia; pero Jamal y ella habían pasado mucho tiempo en el país de él durante el primer año de la vida de su hijo Ari. Habían regresado a Estados Unidos hacía unos meses para que ella pudiera completar su período como médico residente en un hospital de Kentucky. Iban a quedarse en Estados Unidos un año más como poco.

-Sé que no debería permitir que me afecte, Delaney, pero no puedo evitarlo. Anoche, por ejemplo, cuando tus otros hermanos se marcharon, él se quedó con el único propósito de sacarme de quicio.

Delaney arqueó las cejas.

-¿Que Thorn se quedó? Me sorprende que no fuera el primero en marcharse.

A Tara también le había sorprendido. Normalmente, Thorn la

evitaba como si tuviera la peste.

-Pues anoche se quedó.

-¿Y?

-Y me dijo que teníamos que hablar. Delaney sacudió la cabeza.

-¿Sobre lo del calendario de la señora Chad-wick?

-No, no me dio tiempo a comentárselo.

-Ah. En ese caso, ¿de qué hablasteis? Las mejillas caoba de Tara se sonrojaron al pensar en los hechos además de las palabras.

-¿Tara?

Tara miró a su amiga.

-Verás... quiere llevarme a dar un paseo en moto hoy, y hablamos de eso -respondió Tara, no viendo necesidad de darle a Delaney más explicaciones.

Sin duda, las veía en su rostro.

-¿Vas a hacerlo? Tara parpadeó.

-¿El qué?

-¿Que si vas a ir a dar un paseo en moto con Thorn?

Tara se encogió de hombros.

-Anoche le dije que no, pero eso no significa que hoy no se pase por mi casa. Tenía pensado no estar, pero luego me he acordado de que todavía no le he dicho nada sobre lo del dichoso calendario de la señora Chadwick.

-En ese caso, ¿vas a ir con él? Tara suspiró.

-Supongo que sí, pero sólo por lo del calendario.

Delaney sonrió. Al parecer, las cosas se estaban arreglando entre Thorn y Tara; ya era hora, después de dos años. No obstante, pensó en darle a su amiga un consejo.

-Escucha, Tara, puede que conozca a mis hermanos mejor que nadie y a Thorn en particular. Hace unos años tuvo relaciones con una mujer y la cosa no acabó bien y le dejó un mal sabor de boca. Thorn es imparable cuando se propone algo, siempre lo consigue. Es capaz de cualquier cosa para lograr sus propósitos. Que yo sepa, sólo hay una forma de vencerlo.

-¿Cuál es?

Delaney sonrió: los ojos se le iluminaron al hablar del hermano que les traía a todos locos.

-No intentes ganarlo siguiéndole el juego ya que es un profesional. Lo que deberías hacer es seguir tu propio juego.

Tara arqueó las cejas.

-¿Mi propio juego? Delaney asintió.

-Sí. Algo que te dé lo que tú quieres, pero dejándole que se crea que está consiguiendo lo que él quiere... lo que él quiere de ti.

Tara frunció el ceño. Durante los dos últimos años, Thorn la había evitado; pero ahora, de repente, se había propuesto invadirla. No necesitaba ser un genio para darse cuenta de lo que Thorn quería de ella: ¡la deseaba!

-Mi propio juego. Mmmmm. Creo que es una idea estupenda.

Thorn, montado en la moto, miró la casa de Tara preguntándose si ella estaría dentro. Stone le había dicho que Tara había estado almorzando con Delaney.

Debería haber llamado por teléfono, pero no lo había hecho por miedo a que ella rechazara la invitación. Le había parecido mejor táctica sorprenderla.

Apagó el motor y se dirigió hacia la puerta con dos cascos en la mano. Estaba decidido a ir a dar un paseo en moto con ella. Se había pasado casi toda la noche despierto pensando en lo que se sentiría acostado con ella, sus cuerpos entrelazados.

Llamó al timbre y oyó unos quedos pasos al otro lado de la puerta. Unos momentos después, Tara abrió y... sonrió.

-Estaba empezando a dudar de que vinieras, Thorn. Estoy lista desde hace una hora.

Thorn parpadeó con mirada indecisa, no había esperado ese recibimiento. Poco a poco, su expresión se ensombreció al preguntarse qué demonios se traía entre manos Tara.

-Creía que no querías ir conmigo a dar un paseo en moto -dijo él mirándola con una intensidad que debería ponerla nerviosa.

Pero Tara, con gesto de no darle importancia, se echó a un lado para dejarlo pasar dentro de la casa.

-Si pensabas que no quería ir a dar un paseo en moto, ¿por qué has venido? —preguntó ella al tiempo que cerraba la puerta, saboreando aquel momento único en el que le llevaba la delantera a Thorn.

Entonces, con sorpresa, Tara le vio esbozar una seductora sonrisa.

-Porque la experiencia me ha enseñado que la mayoría de las mujeres no dicen lo que piensan. Tara frunció el ceño.

-Cuando yo digo que no voy a hacer una cosa, por lo general, no la hago. La única razón por la que he cambiado de parecer respecto al paseo en moto es porque me he acordado de que tengo que comentarte una cosa.

Thorn continuó mirándola. Sabía lo que Tara quería comentarle, su posado para el calendario. Pero prefería rechazar la oferta después del paseo en moto, no antes.

-Está bien. Había pensado en ir a cenar a un restaurante que creo que te gustará; hablaremos allí. Tara arqueó las cejas.

-¿Ir a cenar? Ayer no mencionaste nada de una cena.

Thorn se encogió de hombros.

-¿No? Debió de olvidárseme.

Fue entonces cuando Thorn se fijó en el atuendo de Tara: pantalones vaqueros, jersey y botas de cuero. Era el atuendo perfecto para montar en moto y, además, le sentaba muy bien.

-Como por la noche refrescará, será mejor que lleves una chaqueta -sugirió Thorn.

Tara suspiró. Thorn no le había comentado lo de la cena la noche anterior a propósito, pero decidió no protestar todavía. Ya tendría tiempo luego, después de decirle lo que quería de él.

-De acuerdo. Espera un momento, ahora mismo vuelvo.

Al cabo de un par de minutos, Tara regresó.

-Bien, ya estoy lista.

-Y yo -respondió Thorn mirándola fijamente.

-Deja que te ayude -dijo Thorn antes de atar las correas al casco de Tara-. ¿Has ido alguna vez en moto.

Thorn hizo un esfuerzo por evitar que su cuerpo respondiese a la proximidad del de Tara. Como de costumbre, cuando estaba con esa mujer, su deseo sexual se concentraba en su cuerpo. Era en momentos corno ése cuando pensaba en el tiempo que llevaba haciendo vida célibe, lo que no ayudaba en nada.

-No, nunca he montado en moto. Thorn tragó saliva. El tono seductor de la voz de Tara empeoraba la situación.

-Pero he ido en Vespino. ¿Cuenta eso? Thorn sacudió la cabeza.

-No, no cuenta.

Thorn la ayudó a subirse a la moto y colocarse en el asiento posterior al suyo. Trató de no pensar en lo atractiva que estaba con las piernas abiertas. Ese día, Thorn había elegido la Thorn-Byrd

1.725, una moto enorme con brazos y respaldo para más comodidad del acompañante.

-¿Estás bien? -preguntó Thorn mientras se colocaba el casco.

-Sí, estoy bien, aunque un poco nerviosa. Esta moto es inmensa.

Thorn lanzó una queda carcajada.

-Sí, me gusta hacerlas grandes.

-Estoy realmente sorprendida.

-¿Qué es lo que te sorprende tanto?

-La habilidad y el conocimiento que se necesitan para construir una moto así. Eres realmente habilidoso.

Una sonrisa curvó los labios de Thorn. Le complacía que Tara hubiera dicho eso, y pronto le iba a demostrar lo habilidoso que era.

-Agárrate a mí con fuerza. Y no te preocupes si te pegas a mi cuerpo, ¿de acuerdo?

-¿Por qué iba a pegarme a tu cuerpo? -contestó ella algo confusa.

-Ya lo verás.

Tara asintió; no obstante, aunque le rodeó la cintura con los brazos, se quedó sentada rígidamente. Pero cuando el motor empezó a rugir, Tara se echó hacia delante automáticamente, pegando el cuerpo al de Thorn.

-¿Lista? -le oyó decir a Thorn, que había vuelto la cabeza.

Tara suspiró y cerró los ojos.

-Sí, estoy lista.

Al cabo de unos instantes, Thorn puso en marcha la moto y los dos salieron a toda velocidad.

Thorn aminoró la velocidad al salir de la autopista y tomar una carretera de grava que conducía a un lago en medio de un bosque. Unos momentos después, paró el motor y, antes de que Tara pudiera hablar, le dijo:

-Éste es uno de los lugares que más me gustan de Atlanta; quería enseñártelo.

Tara miró a su alrededor conteniendo la respiración. Thorn tenía razón, era un lugar precioso. Entonces, le miró a él. Nunca había imaginado que a Thorn le gustara la naturaleza; pero a juzgar por el brillo de sus ojos, así era.

-¿Vienes aquí a menudo? -preguntó Tara.

-Sí. Es propiedad de nuestra familia. Las ruinas de la casa de mis abuelos no están lejos, solíamos venir con mucha frecuencia. El hermano menor de mi padre, el que se quedó soltero, Corey Westmoreland, nos enseñó a apreciar la naturaleza y a respetar el medioambiente. Tú conoces a mi tío, ¿verdad?

Tara asintió.

-Sí, lo he visto dos veces; la primera vez en la boda de Delaney, y la segunda en la boda de Daré. Es el que trabaja en el parque nacional de Yellowstone, ¿no?

Thorn asintió.

-Sí, lo mismo que mi primo Durango. Nada más acabar el bachillerato, Durango se trasladó a Montana para estudiar y estar cerca del tío Corey. No creo que ninguno de los dos vuelva a vivir aquí. Los dos están encantados de vivir en Montana.

Thorn bajó la patilla de la moto y se quitó el casco.

-Ven, vamos a dar una vuelta.

Despacio, Tara desmontó y tuvo que agarrarse a la moto para no perder el equilibrio. Thorn acudió en su ayuda inmediatamente y le quitó el casco.

Después, se la quedó mirando unos momentos antes de que empezaran a caminar.

Tara sabía que estaba viendo un aspecto de Thorn desconocido para ella. El gesto ceñudo había desaparecido y decidió aprovecharse de la actual situación. Sabía que lo mejor para los dos era seguir evitándose, pero recordó la petición de la señora Chadwick. De una forma u otra, tenía que convencer a Thorn de que posara para el calendario.

Caminaron juntos en silencio. Tara nunca había visto tantos animales silvestres: una manada de ciervos, un montón de conejos de monte y pavos. Thorn le indicó el lugar donde había aprendido a montar en su primera moto, que sus abuelos le compraron cuando tenía doce años.

-Bueno, ¿nos marchamos ya? -le preguntó Thorn por fin. Tara le miró.

-Sí, de acuerdo.

Thorn se inclinó sobre ella para ponerle el casco; pero, de repente, se detuvo. Le acarició la mandíbula con la yema de los

dedos mientras la miraba fijamente a los ojos. Ella respiró profundamente para calmar los latidos de su corazón al darse cuenta de lo que Thorn iba a hacer. Iba a besarla y ella no podía pronunciar las palabras que lo detendrían.

Un súbito deseo se apoderó de ella avivado por el recuerdo de los besos ya compartidos. Besos ardientes y enloquecedores.

Rápidamente, Tara decidió cuestionarse más tarde el sentido de sus acciones; ahora, necesitaba aquel beso tanto como el aire para respirar.

Tembló al pensar en la intensidad de ese deseo y el estómago le hormigueó. Sus labios se abrieron automáticamente cuando él los rozó con los suyos, y suspiró de placer cuando los brazos de Thorn la rodearon.

Tras minutos que parecieron durar una eternidad, Thorn quebró el beso. Tara le vio tensar la mandíbula y se dio cuenta de que él se estaba arrepintiendo de haberla besado. Sin mediar palabra, Thorn le colocó el casco y se lo ató.

En un momento había pasado de mostrar ternura a su actitud malhumorada de costumbre. Cuando Thorn se subió a la moto y tenía el casco puesto, ella le preguntó con voz enfadada:

-¿Por qué me has besado si te ibas a disgustar después? De ahora en adelante será mejor que te quedes con la boca en su sitio, Thorn.

Él tardó en contestar. Por fin, volvió la cabeza y dijo:ˆ

-Ése es el problema, Tara: que cuando estoy contigo no consigo mantener la boca en su sitio. Es como si tuviera vida propia y, por sí misma, encontrara el camino a la tuya -Thorn suspiró y añadió-: Mis hermanos son de la opinión de que eres mi desafío; sin embargo, estoy empezando a pensar que se trata de otra cosa.

Tara arqueó las cejas.

-¿De qué?

-Eres la tentación más dulce que conozco.

Capítulo Cinco

-Bueno, ¿de qué querías hablar conmigo?

Nerviosa, Tara se mordió el labio inferior. Thorn y ella acababan de tomarse el mejor chili mexicano que había comido en su vida. El restaurante era rústico, hecho de troncos de madera y se encontraba en un apartado rincón cerca de una carretera.

Dada la localidad, Tara supuso que los clientes de aquel establecimiento eran clientes habituales, y muchos de ellos eran motociclistas. La atmósfera era acogedora y casi se había olvidado de la charla que debía tener con Thorn.

-Quiero pedirte un favor.

Alzando la taza de café, Thorn se la quedó mirando.

Tara suspiró.

-¿Has oído hablar de Lori Chadwick? Thorn frunció el ceño antes de responder al cabo de unos segundos:

-No.

Tara asintió.

-Bueno, pues es bastante conocida en la ciudad por el trabajo que hace respecto a obras de caridad. A la señora Chadwick se le ha ocurrido un proyecto para recaudar fondos para Mundo Infantil. Has oído hablar de Mundo Infantil, ¿verdad?

-Sí.

-Bueno, pues ha decidido recaudar fondos mediante un calendario con fotos de hombres atractivos de profesiones diferentes, y le gustaría que tú fueras uno de los modelos. Me ha pedido que te lo diga.

Thorn dejó la taza de café en el platillo.

-Pues ve a verla y dile que ya me lo has dicho. Tara le miró.

-¿Y?

-Y que lo siento, pero no. Tara empequeñeció los ojos.

-A mí me parece estupendo que pensara en ti para el calendario.

-En ese caso, lo tomaré como un halago.

-Por lo que tengo entendido, te pagarían.

-No es una cuestión de dinero.

-Entonces, ¿cuál es la cuestión, Thorn? Sé que colaboras con algunas obras de caridad para niños. ¿Por qué te niegas a participar en ésta?

Thorn se recostó en el respaldo del asiento.

-No me gusta que me saquen fotos. Tara frunció el ceño.

-Eso es una excusa tonta y lo sabes, teniendo en cuenta la cantidad de veces que tu foto ha salido en los periódicos cuando has ganado una carrera o cuando has construido una moto para alguien famoso.

Thorn se encogió de hombros.

-Los fotógrafos de prensa son diferentes. No me gusta que me saquen fotos en un estudio o cosas así.

-En ese caso, no tienes por qué preocuparte. Según tengo entendido, quieren mostrarte en tu ambiente; por lo tanto, supongo que será al aire libre y en tu moto.

-La respuesta sigue siendo no, Tara. Ella le lanzó una furiosa mirada.

-¿Por qué, Thorn?

-Tengo mis motivos -respondió él, también echando chispas por los ojos-. Se está haciendo tarde, deberíamos marcharnos ya.

Tara suspiró. Era el hombre más obstinado que había conocido en su vida.

-Tengo que ir al servicio antes de que nos vayamos -dijo Tara en voz baja, desilusionada tras la negativa de Thorn.

Unos minutos después, cuando Tara salió del restaurante y se acercó a la moto, no pudo evitar preguntarse por qué Thorn no quería que un profesional le hiciera fotos.

-Bueno, ya estoy lista.

Sin decir nada, Thorn le ayudó a colocarse el casco y se lo ató. Ella se subió a la moto y lo miró con cólera.

-He dicho que ya estoy lista, Thorn.

El permaneció de pie sin moverse unos segundos más; por fin, se montó en la moto y la puso en marcha.

Tara estaba enfadada con él, pero no podía hacer nada por evitarlo porque no estaba dispuesto a posar para el calendario. Cuanto antes lo aceptara ella, mejor.

-Otra vez estás en las nubes, Thorn. ¿Juegas o no?

Thorn miró furioso a Chase.

-Sí, juego.

Chase lanzó una carcajada mientras miraba sus cartas.

-Tengo entendido que Tara no está muy contenta contigo últimamente. Por lo del calendario, ¿verdad?

Thorn echó una carta en la mesa.

-Ya se le pasará.

-Es posible. Sin embargo, puede que le lleve bastante tiempo, ya que se considera que ha fallado.

Thorn no quería hablar de ello, pero la curiosidad le pudo a Storm.

-¿A quién o en qué ha fallado Tara?

-A los niños.

-Ah -después de tirar una carta, Storm miró coléricamente a Thorn-. Se me había olvidado lo de Mundo Infantil. Bueno, supongo que eso significa también que voy a perder la apuesta. Thorn no va a ganar nunca puntos con Tara si no hace más que enfadarle.

Thorn decidió que necesitaba un descanso y colocó las cartas boca abajo en la mesa.

-¿Dónde está Shelly, Daré? Quiero un vaso de agua.

Daré no apartó los ojos de sus cartas.

-Debe de estar arriba viendo una película o algo así, pero ya sabes dónde está la nevera. También hay cerveza y refrescos.

Thorn se levantó de la silla, fue a la cocina y sacó una jarra de agua fría de la nevera. Ya había cubierto el cupo de cervezas que podía beber si quería volver a su casa en moto.

Sacó de uno de los armarios un vaso, lo llenó de agua y, al volver al cuarto de estar, vio una fotografía de Shelly, Tara y Delaney tomada hacía unos meses durante un viaje que hicieron a Nueva York.

Tara.

Hacía casi una semana que no la veía, pero no pasaba un solo día que no pensara en ella. La había llamado un par de veces y, en

ambas ocasiones, le había dejado recado en el contestador; pero ella no le había devuelto las llamadas y él no esperaba que lo hiciera. Le costaba admitirlo, pero Storm tenía razón: sería imposible ganar puntos con ella si la tenía enfadada. No obstante, posar delante de una cámara como había hecho con Beatrice le resultaba muy difícil.

-¡Thorn, vamos, te estamos esperando! Volvió a sentarse a la mesa y tuvo que soportar las miradas irritadas de sus hermanos.

-No me gusta perder, Thorn -le dijo Storm mirándolo con intensidad.

Thorn sabía que su hermano se estaba refiriendo a la apuesta que había hecho con sus otros hermanos, no al juego. Suspiró. También sabía lo que Tara quería de él, y lo que él quería de ella. De repente, se le ocurrió la forma de conseguir lo que ambos querían. Satisfecho consigo mismo, miró a Storm.

-No te des por vencido todavía, hermano. Storm sonrió.

-Gracias, Thorn. Sabía que podía contar contigo.

Thorn paró la moto delante de la casa de Tara. Había algunas ventanas iluminadas, lo que significaba que aún no se había ido a la cama. Rápidamente, fue a la puerta y llamó, preguntándose si Tara aceptaría el trato que iba a proponerle.

Cuando Tara abrió, lo primero que vio en el rostro de ella fue sorpresa; después, un gesto ceñudo.

-Hola, Thorn. ¿Qué estás haciendo aquí? Thorn se apoyó en el marco de la puerta.

-Tenía que hablarte de un asunto.

Ella alzó las cejas y Thorn también notó que, aunque Tara no se había ido a la cama, llevaba una bata muy fina. No pudo evitar preguntarse si la única prenda que la cubría era la bata.

-¿De qué quieres hablar?

-De la posibilidad de posar para el calendario. Tara lo miró a los ojos con incertidumbre.

-¿Has cambiado de idea respecto a ese asunto? Thorn sacudió la cabeza.

-No, todavía no. Sin embargo, creo que podríamos llegar a un acuerdo que resultara satisfactorio para ambos.

La expresión de incertidumbre de Tara se tornó en una de esperanza.

-De acuerdo, entra -le dijo ella echándose a un lado.

Thorn entró y cerró la puerta detrás de sí. Lo que más deseaba era estrecharla en sus brazos y besarla. Echaba de menos su sabor, su aroma y toda su persona.

-¿Te apetece beber algo? -preguntó Tara con voz suave y delicada.

-No, gracias. Acabo de salir de casa de Daré de jugar a las cartas y, como voy en la moto, no quiero beber nada más.

Tara asintió.

-Estaba en la cocina tomándome un café mientras leía unos informes médicos. Si quieres, podemos sentarnos ahí.

-Sí, bien.

A Thorn la cocina de Tara le parecía grande, a excepción de cuando estaban los dos solos. De repente, la mesa pareció encoger por momentos.

Thorn suspiró y se sentó a la mesa.

-Ahora que lo pienso, me apetece una taza de café.

-¿Cómo te gusta?

-Solo y con dos cucharadas de azúcar. Mientras Tara le servía el café, ambos guardaron silencio.

-Te he llamado un par de veces, pero no has contestado -dijo Thorn para romper el silencio.

-No creía que tuviéramos nada de qué hablar, Thorn.

Él asintió.

Tara volvió a la mesa con la taza de café. Él bebió un sorbo. Era muy especial con el café, pero le gustaba la forma como Tara lo preparaba.

-Está delicioso.

-Gracias. Y ahora, discúlpame un momento, voy a subir a vestirme.

A Thorn le gustaba lo que llevaba.

-Por mí no te molestes.

-No es molestia. Enseguida vuelvo.

Cuando se quedó a solas, Thorn se fijó en la revista médica que ella estaba leyendo. Marcó la página donde se había quedado y cerró la revista; no quería que nada le distrajera mientras hablaban.

Había decidido ser honesto con ella respecto a su propuesta.

-Bueno, Thorn, ya estoy aquí. ¿De qué querías hablarme?

Thorn se aclaró la garganta.

-Tengo una propuesta -dijo él en tono apenas audible.

Tara arqueó las cejas.

-¿Qué propuesta?

-Todavía quieres que pose para el calendario, ¿verdad?

-Sería de agradecer. Thorn asintió.

-En ese caso, creo que lo que voy a proponerte será aceptable.

Tara inclinó la cabeza sonriendo.

-Todavía no me has dicho qué es lo que me vas a proponer, Thorn.

Despacio, Thorn se levantó de la silla y se acercó a ella. Se inclinó sobre *Tara* y colocó ambas manos en el mostrador de la cocina, rodeando su cuerpo, atrapándola.

-Accedo a hacer el calendario si tú me haces un favor, Tara.

La vio morderse los labios.

-¿Qué favor, Thorn?

El pulso de Thorn se aceleró de deseo al pensar en lo que quería de ella.

-Llevo dos años sin acostarme con una mujer. Tara parpadeó.

-¿Sí?

-Sí.

-¿Por qué?

-Porque nunca tengo relaciones sexuales antes de una carrera; y como llevo dos años participando en muchas, llevo de vida célibe todo ese tiempo. No obstante, debo admitir que, de haber querido, podría haberme acostado alguna vez que otra entre carreras. Pero no lo he hecho.

Nerviosa, Tara se humedeció los labios con la lengua.

-¿Por qué no?

-Porque ya te conocía y porque, desde la primera vez que te vi, te deseaba a ti y a ninguna otra.

Tara sacudió la cabeza como si lo que él estaba diciendo no tuviera sentido.

-Pero... te caía mal. Me evitabas todo el tiempo. Siempre parecías malhumorado. Thorn sonrió.

-Sí, es verdad. Suelo ponerme de muy mal humor cuando paso tiempo sin acostarme con una mujer. Y te evitaba porque no quería de ninguna manera tener relaciones contigo. Sin embargo, ahora he

cambiado de parecer.

Tara tragó saliva.

-¿Por qué?

-Quiero hacer un trato contigo: yo te doy lo que tú quieres y a cambio tú me das lo que yo quiero. Tara se lo quedó mirando.

-¿Y qué es lo que quieres de mí?

-La siguiente carrera en la que voy a participar es en Daytona durante la Semana de Motos, dentro de cinco semanas. Una vez que acabe la carrera, quiero que te acuestes conmigo durante una semana.

Thorn notó la expresión de perplejidad de ella, que se tornó en una de cólera al cabo de unos segundos. Rápidamente, le selló los labios con los dedos para acallar las palabras que querían salir de su boca.

-Sólo una semana. Una aventura amorosa de una semana. Necesito quitarme la obsesión que siento por ti y también compensar los dos años que llevo sin contacto físico con una mujer.

Thorn decidió no comentarle que, durante los cinco días anteriores a la carrera, tenía pensado prepararla para que, cuando llegara el momento de acostarse, Tara lo deseara con la misma pasión que él a ella.

Y para demostrárselo, le retiró los dedos de los labios y los sustituyó por su boca. En unos instantes la tuvo jadeando y gimiendo mientras la besaba con todo su ser.

Thorn le puso una mano en el vientre y sintió su calor. Decidiendo ir más lejos, deslizó los dedos por debajo de la cinturilla de los pantalones hasta sentir el fino tejido de las bragas.

No se detuvo.

Mientras continuaba besándola, le pasó los dedos por debajo de la cinturilla de las bragas hasta encontrar lo que estaba buscando: la parte del cuerpo de Tara que ardía húmedamente.

Inhalando el aroma de la esencia de ella, continuó proporcionándole placer. A Tara le había dicho hacía unos días que era habilidoso; ahora estaba dispuesto a demostrárselo. Tenía intención de causarle el clímax con los dedos.

Sintió que a Tara le flaqueaban las piernas como si no pudiera seguir manteniéndose en pie; entonces, con la otra mano, la sujetó. Por fin, la oyó gritar y estremecerse en sus brazos al alcanzar el

orgasmo.

Thorn apartó la boca de la de Tara y la miró; pero, al momento, volvió a besarla, necesitaba ese contacto. No relajó los dedos, sino que continuó con lo que estaba haciendo. Tenía intención de seguir dándole placer... Hasta que la oyó lanzar el último grito de éxtasis.

Cuando notó que Tara empezaba a recuperar el sentido, apartó la mano, consciente de que esas cinco semanas de espera iban a ser una tortura para él. Pero valía la pena esperar.

Thorn se apartó de ella un paso y la vio abrir los ojos lentamente. Sabía que Tara quería decir algo, pero no lo conseguía. Por eso, volvió a acercarse a ella y le besó los labios.

-Ha sido sólo el principio, Tara -susurró Thorn-. Accede a pasar una semana conmigo y posaré para el calendario. Piénsatelo y llámame cuando hayas tomado una decisión.

Sin decir nada más, Thorn se dio media vuelta y se marchó.

Capítulo Seis

Tara llegó al hospital casi treinta minutos más tarde que de costumbre, después de haber dormido como en su vida. Sólo a la luz del día se había permitido pensar en la propuesta de Thorn. La noche anterior, cuando él se marchó, estaba demasiado cansada y demasiado saciada para hacer nada; se limitó a darse una ducha, ponerse el camisón e irse a la cama.

Pero ahora, por la mañana, Tara estaba enfadada.

Primero, Derrick; después, el doctor Moyer; ahora, Thorn. ¿Acaso tenía un cartel escrito en la cabeza que decía: «Adelante, utilízame todo lo que quieras»?

Por supuesto, la ridícula proposición de Thorn no se merecía consideración alguna; sin embargo, si iba con él a Daytona, estaría cerca de su casa. Su ciudad natal, Bunnell, Florida, estaba a menos de una hora en coche de Daytona Beach, y hacía ya dos años que no iba a ver a su familia. Hablaba con ellos por teléfono con frecuencia, pero no los había visitado. Por suerte, su familia comprendía que ella tuviera tan malos recuerdos y los visitara poco. Como Bunnell era una ciudad muy pequeña, todo el mundo sabía lo que había pasado el día de su frustrada boda con Derrick.

Volvió a pensar en Thorn. Por enfadada que estuviera, no podía olvidar el placer que él le había dado la noche anterior. Un penetrante calor se concentró en la boca de su estómago y sintió un cierto cosquilleo en la entrepierna. La noche anterior era la primera vez que había sentido un orgasmo, y Thorn sólo había empleado las manos. ¿Qué pasaría si le hacía el amor completamente?

Le costaba admitirlo, pero estaba loca de ganas por descubrirlo.

Tara suspiró profundamente, enfadada tanto consigo misma como con Thorn. Él no debería haberle hecho experimentar aquello;

no podía quitárselo de la cabeza.

-Doctora Matthews, la señora Chadwick ha dejado un mensaje pidiéndole que la llame -le dijo su secretaria en el momento en que salió del ascensor.

Tara cerró los ojos, estaba casi segura de saber lo que esa mujer quería: saber si Thorn iba a posar para el calendario. Sí, claro que iba a posar, pensó Tara al abrir la puerta de su despacho y dejar el maletín encima del escritorio. Accedería encantado si ella, por su parte, pasaba una semana con él.

¿Y qué era eso de que nunca tenía relaciones sexuales antes de una carrera, sin recordar lo que había dicho de llevar dos años sin acostarse con una mujer? ¿Sería verdad? En ese caso, no le extrañaba que siempre estuviera de tan mal humor.

Había leído suficientes libros médicos como para saber que la falta de contacto sexual podía afectar a muchas personas. Sin duda, Thorn esperaba un maratón sexual después de su auto impuesto celibato. Incluso había mencionado que quería dejar de sentirse obsesionado con ella.

De repente, el consejo de Delaney acudió a su mente. Su amiga le había dicho que no le siguiera el juego a Thorn, sino que le hiciera seguir el suyo propio.

Tara suspiró profundamente. Lo había intentado el día en que fueron a dar un paseo en moto, pero había fallado. Quizá había llegado el momento de intentarlo de nuevo.

Thorn creía poder aguantar hasta después de la carrera; Tara se preguntó hasta qué punto podía resistirse a la tentación. No creía que cupiera la posibilidad de que Thorn se arriesgara a perder si se rendía a la tentación; no obstante, ella podía ponérselo difícil, hacer lo posible para que le resultara imposible resistirse.

Si Thorn creía ser el que controlaba la situación, estaba equivocado. Thorn iba a descubrir muy pronto que tenía una adversaria hecha a su medida.

Tara sacudió la cabeza al entrar en el taller deThorn con la llave que Stone le había dado.

Según los hermanos de Thorn, ahí era donde éste pasaba casi todas las tardes. Después de cerrar, se ponía a trabajar en la última moto. En aquel momento, Thorn estaba construyendo una moto de motocross que iba a regalarle a su sobrino AJ, el hijo de Daré. Daré

no había sabido que tenía un hijo hasta el año anterior, cuando madre e hijo volvieron a la ciudad. Ahora, Daré, Shelly y AJ formaban una familia feliz.

Al principio, Tara se negó a aceptar la llave que Stone le ofreció; pero éste le había asegurado que no tenía de qué preocuparse, que a Thorn no le iría mal algo de compañía. Pero también le habían advertido que tuviera cuidado porque Thorn, cuanto más cerca estaba de una carrera, más malhumorado se ponía.

Después de lo que Thorn le había dicho la otra noche, Tara entendía por qué.

Hacía tres días que no veía a Thorn. Esperaba no estar cometiendo un error y que el plan que se había trazado le saliera mal.

Miró a su alrededor y vio que la entrada lateral conducía a una oficina con una hilera inacabable de archivadores. También había un escritorio enorme cuya superficie estaba cubierta de metal y cromo en vez de papel. Pero lo que le llamó la atención fueron las fotografías enmarcadas que colgaban de una de las paredes. Se acercó para examinarlas.

La primera foto que observó era de Thorn con el presidente Bill Clinton. En la foto, los dos sonreían al lado de una moto preciosa. Tara recordó que Thorn había construido para el antiguo presidente una moto el año anterior.

Después, miró las otras fotos, todas de Thorn con gente famosa de Hollywood o del mundo deportivo. Y, a su pesar, se sintió orgullosa de él.

Pero Tara sacudió la cabeza, obligándose a recordar el motivo por el que había ido allí: demostrarle que, en un desafío, ella podía ganarle. Tenía la intención de excitarle de tal manera que Thorn se viera obligado a romper el trato con el fin de que la relación no interfiriese en su carrera.

A Thorn casi se le cayó el destornillador que tenía en las manos. Su cuerpo se puso tenso. Le había parecido captar el aroma de Tara, aunque sabía que eso era imposible. No obstante, solo pensar en ella hizo que le hirviera la sangre.

No pudo evitar lanzar un gruñido. ¡Era como una enfermedad! Llevaba tres días sin verla y ya estaba imaginando su presencia allí y oliendo su aroma.

Dejó las herramientas. Pensar tanto en ella no le dejaba trabajar; por lo tanto, decidió dar la jornada laboral por acabada y tomarse una cerveza. Pasaría allí la noche, ya que nadie le esperaba en casa.

Thorn iba hacia la nevera cuando le pareció oír un ruido. Se detuvo y miró a su alrededor, fijándose en el corredor que daba a su oficina.

Sólo sus hermanos tenían llave de allí. Se preguntó si no habría ido alguno de ellos: no sería la primera vez que se presentaban para leer el último número de alguna revista de motos.

De repente, volvió a captar el aroma de Tara. Con curiosidad, empequeñeció los ojos y empezó a caminar hacia el despacho.

Al llegar, la vio.

Tara Matthews: su desafío, la más dulce de sus tentaciones.

Con incredulidad, la contempló mientras ella miraba las fotos que colgaban de las paredes.

Se preguntó cuál de sus hermanos le habría dado la llave, aunque no tenía importancia. No obstante, habían estado con él aquella tarde y sabían perfectamente cuál era su estado mental y físico. Sabían que estaba casi rabioso. ¡Y Tara estaba allí! Si se trataba de una broma, no le veía la menor gracia. Tenía que centrarse en la carrera, por difícil que le resultara en ese momento.

A pesar de estar de espaldas a él contemplando las fotos, Thorn vio que algo hizo que Tara se quedara rígida. Al momento, se dio cuenta de que ella había sentido su presencia, aunque no se volvió.

Thorn respiró profundamente. Las cinco semanas próximas iban a poner a prueba su fuerza de voluntad, su decisión y su control. Lo único que podía compensar su esfuerzo era saber que, al final, ella acabaría siendo completamente suya. Y eso era lo único que necesitaba saber, si Tara iba a aceptar el trato que él le había propuesto.

-De haber sabido que ibas a venir, habría arreglado un poco esto -dijo Thorn por fin. Tara se volvió despacio.

-No es necesario que te molestes por mí. Además, no tengo intención de quedarme mucho. Sólo he venido para informarte de mi decisión.

Thorn se apartó de la puerta y fue al centro de la estancia: necesitaba estar más cerca de ella.

-¿Qué has decidido, Tara?

Tara lo miró a los ojos. Estaba guapísima. Thorn tuvo que hacer un esfuerzo inmenso por no estrecharla en sus brazos y besarla.

Los ojos de Tara irradiaban calor, estaban llenos de emoción. Durante unos prolongados momentos, los dos permanecieron quietos y en silencio en medio de la habitación, deseándose en silencio. Era igualmente difícil para ambos controlar sus reacciones. Los dos parecían padecer la misma pasión animal.

Thorn respiró profundamente y dio un paso atrás. Nunca le había ocurrido nada parecido con una mujer. Estaba a punto de poseerla ahí mismo, encima del escritorio. Quería recibir y dar placer.

Thorn sacudió la cabeza, recordándose a sí mismo que debía esperar cinco semanas, hasta después de la carrera. Estaba deseando que llegara la primera semana de marzo.

Entonces se dio cuenta de que estaba dando por sentada la respuesta de Tara. Ella no había dicho todavía que iba a aceptar el trato. Quizá hubiera ido a decirle que se fuera al demonio.

Tragó saliva. El suspense lo estaba matando, igual que su deseo.

-Bueno, ¿cuál es tu decisión? -volvió a preguntar Thorn.

-Quiero estar segura de lo que me has propuesto, Thorn. El trato es que tú posarás para el calendario si yo accedo a acostarme contigo, a tener una aventura amorosa exclusivamente física sin ataduras emocionales, después de la carrera. Tengo que estar disponible durante una semana entera. ¿Es eso?

Thorn sonrió. Lo que había dicho Tara le gustaba.

-Sí, eso es.

-Y no me vas a tocar hasta después de la carrera, ¿verdad? -enfatizó ella. Thorn se cruzó de brazos.

-No, te tocaré, pero no te haré el amor en el pleno sentido de la palabra hasta después de la carrera. En lo que a mí respecta, todo lo demás vale. Tara arqueó una ceja.

-¿Todo lo demás? ¿Como qué?

Esta vez, fue Thorn quien arqueó las cejas.

-Ya sabes, lo demás. Me sorprende que hagas esa pregunta.

Tara asintió. No quería seguir hablando de ello para no levantar la sospecha de su falta de experiencia. Enterarse de que era virgen le asustaría, quizá también le enfadara hasta el punto de negarse a posar para el calendario.

-He entendido perfectamente lo que se espera de mí.

Thorn sonrió para sí. Dudaba de que Tara entendiera nada; sobre todo, su papel. Pero durante las próximas semanas se definirían sus deberes.

-En ese caso, ¿cuál es la respuesta? Tara rezó por que todo saliera como había planeado.

-Acepto el trato.

Thorn lanzó un suspiro de alivio.

-Dime, ¿cuándo es la fecha más próxima en la que puedes estar disponible para la sesión de fotos del calendario?

La pregunta le tomó desprevenido.

-¿Cuándo quieren hacerme las fotos?

-Supongo que dentro de un plazo de quince días.

Thorn asintió.

-Avísame cuándo es y estaré allí.

Tara parpadeó, y Thorn se dio cuenta de que ella no podía creer que se hubiera mostrado tan comprensivo.

-¿Qué vas a hacer este fin de semana? -preguntó Thorn.

Tara arqueó una ceja antes de responder.

-El sábado trabajo en el hospital, pero tengo libre el domingo. ¿Por qué?

-Chase va a organizar una cena en su restaurante el domingo por la noche y me gustaría que me acompañaras.

Tara parpadeó.

-¿Yo? ¿Tú? ¿De pareja? -preguntó ella sorprendida.

-Sí. ¿No crees que la familia debería acostumbrarse a vernos emparejados? De lo contrario, ¿qué van a pensar cuando se enteren de que vienes a Daytona conmigo?

Thorn no tenía idea de lo que sus hermanos pudieran pensar y tampoco le importaba, pero sí le preocupaba lo que pensaran sus padres. Querían a Tara como a otra hija más y no tolerarían que él se aprovechara de ella. Y dado que sus intenciones no eran honorables, tenía que fingir delante de sus padres. Además, estaba Delaney, a quien no le gustarían los planes que tenía respecto a Tara.

La vio morderse el labio inferior antes de contestar.

-Sí, supongo que tienes razón. Está bien, iré contigo a la cena de Chase el domingo. Thorn asintió satisfecho de sí mismo.

-Bueno, se está haciendo tarde. Será mejor que me vaya.

Que Tara se marchara no era mala idea, teniendo en cuenta la reacción de su cuerpo en presencia de ella. Uno solo podía resistirse a la tentación hasta cierto punto, pero había un límite.

-Bien. Te acompaño hasta el coche... Ah, se me olvidaba preguntarte, ¿cómo has entrado?

-Stone me ha dado la llave. Me dijo que entrara por la puerta lateral para no molestarte.

Thorn asintió, plenamente consciente del verdadero motivo que había impulsado a Stone a darle la llave a Tara.

Se dirigieron al coche en silencio. Por fin, cuando llegaron, Thorn se la quedó mirando mientras ella abría la puerta del Sedan. Después, se volvió de cara a él.

-Gracias por acompañarme hasta el coche, Thorn.

-De nada.

Thorn estaba devorándola con la mirada, pero no podía evitarlo. Respiró profundamente antes de avanzar un paso hacia ella. Sabía que Tara estaba esperando un beso y no quería decepcionarla. Se inclinó sobre ella y colocó la boca sobre la de Tara suavemente antes de acariciarle los labios con la punta de la lengua. Repitió la acción varias veces hasta que Tara abrió la boca; entonces, se la penetró con la lengua.

El corazón le latió con fuerza mientras jugueteaban con sus lenguas. Se deseaban. En ese momento, todo tenía sentido. Quizá acabaría pensando que se había vuelto loco; pero de momento, estar ahí en la calle devorando la boca de Tara era lo único que tenía sentido para él, lo más racional que había hecho en mucho tiempo.

El sabor de Tara le sedujo. Pensó en cosas en las que no debía pensar antes de una carrera. Tenía que apartarse de ella.

Y lo hizo por fin: Thorn dio un paso atrás.

Capítulo Siete

-Conduce con cuidado, Tara -dijo Thorn pensando que Tara debía marcharse antes de hacerle perder el control por completo.

Ella asintió y, sin responder, se metió en el coche y se marchó.

Thorn se preguntó cómo iba a sobrevivir cinco semanas en ese estado.

-Bien, señor Westmoreland, sólo unas fotos más y habremos acabado la sesión —dijo la fotógrafa mientras cambiaba de posición los focos.

«Gracias a Dios», pensó Thorn subiéndose otra vez a la moto. Tenía un montón de trabajo esperándolo y llevaba tres horas posando. La fotógrafa, Lois Kent, había decidido hacerle las fotos al aire libre, en la carretera, en la moto.

Le habían sacado más de cien fotos y a Thorn se le estaba agotando la paciencia. No obstante, la recompensa valía la pena. Aquella semana, estaba de peor humor que de costumbre.

-Tengo que volver a cargar la cámara, pero no tardaré nada.

Thorn asintió. La sesión no había sido tan mala como había pensado que sería. Lois Kent era estrictamente profesional, al contrario que Patrice. Para Lois, ése era un trabajo y nada más. A él le gustaba esa actitud.

Vio un coche pararse donde estaban ellos, y el corazón empezó a latirle con fuerza al ver a la persona que lo conducía.

Vio a Tara salir del vehículo y caminar hacia ellos. Llevaba unos pantalones blancos y un jersey azul.

Como de costumbre, estaba muy guapa.

Llevaba sin verla una semana, hacía ya siete días que la había llevado a la cena en el restaurante de su hermano. A pesar de estar rodeado de amigos y de su familia, no había podido quitarle los ojos

de encima a Tara. Y sus hermanos, que lo notaron, desde entonces no dejaban de hacer bromas al respecto, lo que le tenía aún de peor humor.

Thorn arqueó las cejas al preguntarse qué estaría haciendo Tara allí, aunque no se quejaba. Lo único era que había intentado mantener cierta distancia con ella para no perder el juicio ni el control.

Aún quedaban cuatro semanas.

La observó mientras Tara saludaba a Lois antes de mirar en su dirección.

-Hola, Thorn.

-Hola, Tara —respondió él antes de respirar profundamente.

Durante la cena del domingo anterior se había portado como un caballero, incluso la había llevado de vuelta a su casa. La había besado delante de la puerta y luego se había marchado.

-Qué sorpresa verte aquí -dijo él sin dejar de absorber la belleza de Tara con los ojos.

Hacía uno de esos días de fresca brisa y cielo radiante. Los rayos del sol iluminaban la belleza de Tara.

-Tengo el día libre y, como no tenía nada que hacer, he decidido pasarme por aquí para ver qué tal os iba. He comido en casa de Chase y, al preguntar qué hacías, me dijeron que estabas aquí.

Thorn asintió. No le cabía duda que su hermano estaba encantado con darle la información que ella quisiera respecto a su paradero. Pero lo que le sorprendía era que Tara le hubiera preguntado a Chase.

Thorn suspiró, ya lo averiguaría.

-Señor Westmoreland, ya tengo la cámara lista -dijo Lois, llamando su atención.

Thorn apartó los ojos de Tara para fijarlos en Lois.

-Bien. En ese caso, sigamos.

Tara contuvo la respiración al observar a Thorn delante de la cámara. Estaba magnífico.

Thorn montó en su moto.

Sabía que sería un placer para cualquier mujer verlo en la imagen del mes de julio, un mes caluroso que él haría explosivo.

No debería haber ido allí, acabaría teniendo que ir al psiquiatra.

Sabía por anticipado que era el día de la sesión de fotos de Thorn y, cuando Chase mencionó dónde iba a tener lugar, no pudo evitar ir a verlo. Durante el trayecto en coche, se había preguntado una y otra vez por qué sentía esa necesidad de verlo, pero no conocía la respuesta.

-Muy bien, así, señor Westmoreland, otra sonrisa de ésas para la cámara. Eso es, perfecto. Piense en todas esas mujeres que se van a quedar pasmadas al verlo en el calendario. Ya verá cómo alguna que otra acabará obteniendo su número de teléfono. Desde luego, va a tener de dónde elegir -dijo Lois mientras sacaba fotos a Thorn desde distintos ángulos.

Tara frunció el ceño. No le gustaron las palabras de la fotógrafa, le molestaba la posibilidad de que algunas mujeres se pusieran en contacto con Thorn al ver el calendario. No debería estar permitido.

Miró a Thorn y lo sorprendió observándola. ¿Le había leído el pensamiento?

Tara suspiró profundamente, enfadada consigo misma. Lo que Thorn hiciera no era asunto suyo; al menos, no debía serlo.

-Muy bien, señor Westmoreland, ya hemos acabado. Ha estado usted magnífico durante la sesión y estoy deseando que salga el calendario. Estoy segura de que será todo un éxito para Mundo Infantil.

Lois hizo una pausa antes de añadir:

-Espero que no le moleste, pero tengo una amiga que me ha pedido que le dé a usted su número de teléfono. Es una gran admiradora suya y le encantaría quedar con usted cuando tenga tiempo. Es azafata y suele ir todos los años a Day-tona a las carreras de motos, por lo que a mi amiga se le ha ocurrido que...

-Gracias, pero no estoy interesado -le interrumpió Thorn mientras se bajaba de la moto. Tara notó que no se fijó en la expresión de sorpresa de Lois cuando Thorn se acercó a ella-. Aquí tengo a la única mujer que me interesa.

Al instante, Thorn acompañó sus palabras con un beso que no dejó lugar a dudas de su relación con ella; al menos, para cualquier extraño que lo presenciara.

-Perdón-dijo Lois cuando Thorn interrumpió el beso-. No sabía que estaban juntos, doctora Matthews —Lois sonrió con gesto de disculpas y añadió-: Pensaba que se había pasado por aquí en su

papel de miembro del comité; además, por lo que había leído y oído respecto a Thorn Westmoreland, creía que estaba solo -Lois lanzó una queda carcajada—. Evidentemente, estaba en un error.

Antes de que Tara pudiera abrir la boca para contestar, Thorn le dijo:

-Sí, estaba en un error porque esta mujer me pertenece.

Tara arqueó las cejas, pero decidió que no era el momento ni el lugar para aclarar las cosas con Thorn. Nadie tenía derecho a declarar que la poseía.

-Al parecer, la sesión ha ido bien, ¿no? —dijo Tara.

-Mejor de lo que pensaba. Lois es una buena profesional y espero que le hayan salido las fotos como quería.

Tara asintió. No le cabía duda de que así sería.

-Bueno, será mejor que me vaya. Sólo había venido porque tenía curiosidad de ver qué tal iba -dijo Tara.

Thorn asintió.

-¿Qué vas a hacer hoy?

A Tara se le aceleró el pulso al oír aquella pregunta.

-Nada. ¿Por qué?

-¿Te gustaría ir a dar un paseo en moto y luego a cenar a ese restaurante al que te llevé el día que fuimos en la moto?

Sí, le gustaba el plan, pero no sabía si era aconsejable. Sin embargo, si tenía pensado seducir a Thorn y obligarlo a romper su celibato, sería mejor que hiciera algo.

-De acuerdo. Pero deja que antes vaya a casa para cambiarme de ropa. Sólo me llevará una hora.

-De acuerdo -contestó Thorn mirándola fijamente a los ojos.

En esta ocasión, Thorn no tuvo que incitarla para que se pegara a su cuerpo. Tara apoyó el pecho contra la espalda de él automáticamente, deleitándose en la sensación que le produjo. Le pareció que aquella proximidad era algo necesario en su vida. No tenía sentido, ya que se había jurado a sí misma no volver a sentir nada parecido por un hombre.

Pero Thorn también era un reto para ella: su reto.

Sabía que su relación no tenía futuro, pero Thorn tenía algo que leo convertía en una adicción. No obstante, no quería que las cosas llegaran demasiado lejos; Thorn tendría que elegir entre ella y la

carrera, y había apostado porque él se decidiera por la carrera. Era una cuestión de ego. Podía acostarse con cualquier mujer cuando quisiera, pero ser el victorioso de la carrera a la que se iba a presentar era algo único, una meta que llevaba años persiguiendo.

Tara estaba decidida a hacer lo que estuviera en su poder por aumentar el deseo sexual de Thorn y tentarlo hasta el límite de sus fuerzas. Por lo tanto, se apretó contra él lo que pudo, rodeándole la cintura con fuerza.

Cerró los ojos y recordó el incidente en la cocina, la habilidad con la que él la había acariciado íntimamente y lo que la había hecho sentir. Después, imaginó lo que ocurriría si seguían juntos una vez transcurridas las cuatro semanas que quedaban para la carrera, aunque imaginaba que no sería así.

¿Qué ocurriría si su plan de seducción fallaba? En ese caso, Thorn ganaría la carrera y luego celebraría su victoria, pero no durante mucho tiempo. Se dirigiría a ella con una sola idea en la cabeza: llevarla a la cama.

No, no quería pensar en esa posibilidad. Pero no pudo evitarlo. Imaginó sus cuerpos desnudos y entrelazados como si sólo existiera ese momento, como si no hubiera un mañana.

Durante toda una semana.

Tara abrió los ojos en un intento por librarse de esos pensamientos. Demasiado tarde. Le llenaban la cabeza. Después de dos años de abstinencia, Thorn se mostraría como un hombre muerto de hambre delante de su comida favorita. Tembló al imaginarlo dentro de su cuerpo; quizá sería doloroso al principio, dado que ella era virgen. Pero lo que seguiría después...

Parpadeó al notar que Thorn había aminorado la velocidad. Miró a su alrededor y le sorprendió encontrarse en la propiedad de la familia Westmoreland, el lugar al que habían ido el primer día de su paseo en moto. ¿Por qué estaban allí? ¿Por qué la había llevado de nuevo a ese sitio?

Thorn soltó aire profundamente cuando detuvo la moto. Su intención había sido ir directamente al restaurante y luego llevar a Tara a su casa. Pero al sentir los brazos de ella rodeándole la cintura y su cuerpo pegado al suyo...

Volvió la cabeza y se encontró cerca del rostro de ella.

-Tenemos que hablar. Tara arqueó las cejas.

-¿No podíamos haber esperado a llegar al restaurante?

Thorn sacudió la cabeza.

-No, es algo demasiado íntimo para hablar de ello mientras cenamos.

-Ah -respondió Tara, preguntándose de qué se trataría.

Tara se bajó de la moto y se apartó mientras él apagaba el motor y bajaba la patilla de sujeción. Intentó no fijarse en lo ceñidos que le quedaban los pantalones vaqueros mientras Thorn cubría la distancia que los separaba. Lo miró a los ojos. Thorn había dicho que tenían que hablar, pero el brillo de sus ojos indicaba otra cosa.

Tragó saliva cuando lo vio detenerse justo delante de ella.

-¿De qué quieres hablar?

Thorn parpadeó. Por un momento se había olvidado de qué era lo que tenía que decirle a Tara; las ganas de devorarla le habían distraído.

-De anticonceptivos -respondió él por fin. Fue Tara quien parpadeó esta vez.

-¿De anticonceptivos?

-Sí -repuso Thorn con voz ronca-. Me gustaría saber si estás utilizando alguno. Tara volvió a parpadear.

-¿Qué?

La voz de Thorn se hizo aún más ronca.

-Quiero saber si tienes pensado utilizar algún método anticonceptivo cuando hagamos el amor porque yo no tengo intención de utilizar nada.

Tara se lo quedó mirando fijamente, había perdido la capacidad de hablar. Jamás se le había ocurrido pensar que Thorn pudiera ser un egoísta en sus relaciones sexuales, que fuera de esa clase de hombres que se creían con derecho a disfrutar lo que pudieran sin responsabilizarse y tomar precauciones contra las posibles consecuencias. No podía creer que Thorn se hubiera colocado delante de ella y cargara en sus hombros toda la responsabilidad.

Tara alzó la barbilla y se llevó las manos a las caderas.

-No, no estoy utilizando ningún método anticonceptivo.

Y no lo consideraba necesario, ya que no tenía intención de acostarse con Thorn; pero claro, él no lo sabía.

-Así que, si tienes pensado acostarte conmigo, Thorn, será mejor que uses un condón.

Thorn se cruzó de brazos. Sí, claro que tenía intención de acostarse con ella, pero antes tenía que aclarar algunas cosas.

-No me interpretes mal, Tara. Si se tratara de cualquier otra mujer, jamás me acostaría con ella sin ponerme un condón, a pesar de que ella me dijera que estaba tomando la pildora o cualquier otra cosa. Y también me aseguraría de que ambos estuviéramos sanos. La salud en el sexo me parece primordial y también es fundamental que lo sea para la mujer con la que me acuesto. Soy muy selectivo a la hora de meterme en la cama con una mujer. Debido a las carreras, me hago pruebas médicas constantemente; y, como tú eres médico, supongo que te ocurrirá lo mismo a ti. Te pido disculpas por haber dado la impresión de ser un hombre que responsabiliza a la mujer del método anticonceptivo que se ha de utilizar, pero te aseguró que no es así. No soy ni egoísta ni estúpido. Tara se sintió confusa.

-En ese caso, ¿por qué me has hecho esa pregunta? No lo comprendo.

Thorn decidió que había llegado el momento de hacérselo comprender.

-Porque llevo deseándote tanto tiempo y mi deseo de ti es tan grande que quiero explotar dentro de ti y ser plenamente consciente de lo que pasa. Y quiero que sea así contigo especialmente.

Con el corazón martilleándole, Tara bajó los brazos y susurró en voz apenas audible:

-¿Por qué?

-Porque quiero compartir contigo un placer que no he compartido con ninguna otra mujer. Durante una semana no quiero saber dónde acaba tu cuerpo y dónde empieza el mío. Y en los momentos en los que esté dentro de ti, haciéndote el amor una y otra vez, quiero sentir cómo te humedeces. Quiero sentir completamente el efecto de alcanzar el orgasmo juntos.

Thorn extendió el brazo, le tocó la cintura y sintió el temblor que sus palabras habían causado. Tiró de ella hacia sí, quería que Tara sintiera lo que él estaba sintiendo también. Ella era la causante de su perpetuo estado de erección durante los últimos días. Ninguna otra mujer le había afectado de esa manera. Sólo ella. Llevaba dos años

frustrado sexualmente y quería liberarse dentro de ella. No

podía imaginar hacer el amor con otra mujer.

Acostarse con otra mujer sería un acto puramente sexual y vacío, sin sentido e insatisfactorio. Quizá se tratara de algún truco que le estaba jugando la mente, pero no podía evitarlo. Estaba convencido de que Tara era su pasión y de que ambos conectarían de una forma especial en la cama. Juntos serían fantásticos.

Tara se humedeció el labio inferior con la lengua. Se preguntó cuál sería la reacción de Thorn si se enterase de que era virgen. ¿Y qué diría si le contaba que no tenía intención de utilizar ningún método anticonceptivo durante una semana sólo? Aunque, por supuesto, no iba a ocurrir nada. Pero no, no podía decirle esas cosas.

-¿Y qué harías si te dijera que no puedo tomar la pildora por motivos médicos y que no me gusta ningún otro tipo de método anticonceptivo? ¿Utilizarías un condón en ese caso?

Sin vacilar, Thorn respondió:

-Sí.

Y ella le creyó.

Tara le deseaba desde el momento en que le conoció. Ahora también. Era lo suficientemente fuerte para admitirlo. Pero desear algo y tenerlo eran dos cosas completamente diferentes. Derrick casi había destruido sus sentimientos, pero Thorn los estaba haciendo cobrar vida una vez más.

-Según tengo entendido, estuviste a punto de casarte una vez.

Tara dejó de comer bruscamente, miró a Thorn con perplejidad y lo vio tremendamente serio.

-¿Quién te ha dicho eso?

Thorn la observó unos momentos antes de contestar.

-Uno de mis hermanos, aunque no recuerdo cuál. ¿Se supone que es un secreto? Tara le lanzó una mirada reflexiva.

-No.

-En ese caso, dime, ¿qué pasó?

Tara se figuró que lo sabía todo; por lo tanto, no entendía por qué le había hecho esa pregunta. El día en que Delaney se casó fue ella la que había agarrado el ramo de flores de la novia y, cuando los hermanos Westmoreland le dijeron que sería la próxima en casarse, ella les contestó inmediatamente que jamás se casaría y les explicó por qué.

Tara suspiró.

-Derrick, el tipo con el que iba a casarme, decidió el mismo día de la boda y en la iglesia, delante de más de trescientos invitados, decir que estaba enamorado de mi dama de honor en lugar de mí. La boda se canceló, me pidió perdón, y él y la dama de honor, una amiga mía de toda la vida, se marcharon. Se fueron a Georgia y se casaron ese mismo día.

-Era un imbécil —dijo Thorn sin vacilar antes de tomar un sorbo de café-. ¿Lo has superado ya?

-Sí. ¿Por qué me lo preguntas?

-Por curiosidad.

Tara continuó comiendo, aunque sin entender por qué a Thorn le interesaba lo que ella pudiera sentir por Derrick. En cualquier caso, pensó que ya le había dado suficiente información sobre su pasado; ahora, quería saber qué había pasado con la mujer del pasado de Thorn.

-¿Y tú, Thorn? ¿Has estado enamorado alguna vez?

Thorn se llevó la taza de café a los labios.

-¿Por qué lo preguntas?

-Por curiosidad.

Thorn dejó la taza de café en la mesa.

-No lo sé. Quizá, en el momento, pensé que lo estaba, pero ya no lo creo. En realidad, analizándolo, pienso que nunca he estado enamorado.

Tara asintió.

-Pero una mujer te hizo sufrir -no fue una pregunta, sino una afirmación.

-Me parece que me desilusionó más que me hizo sufrir. Es difícil asumir que la persona con la que estás te está engañando.

Ella sabía perfectamente lo que Thorn acababa de decir. Derrick y Danielle le habían escrito en numerosas ocasiones pidiéndole perdón por haberla engañado, y ella había tirado a la basura esas cartas.

-¿Significaba mucho para ti? —preguntó Tara. Thorn volvió a agarrar la taza de café y bebió otro sorbo antes de contestar.

-Sí, en su momento sí. Lo que más me molestó fue que yo no era el único con el que se estaba acostando, no sabes cuánto me alegro de haber usado preservativos con ella. Nunca me acuesto con

mujeres que mantienen relaciones con varios hombres simultáneamente. Tara asintió.

-¿En qué trabajaba?

Thorn hizo un gesto a una camarera para que volviera a servirles café.

-Era fotógrafa.

-Oh -ya no le extrañaba la reluctancia de Thorn a que le hicieran fotos—. ¿Y se te ha pasado ya?

Thorn rio quedamente.

-Sí, se me ha pasado ya -Thorn se inclinó hacia delante por encima de la mesa y le habló en voz baja-. Tara, tú eres la única mujer en mi agenda en este momento, y estoy contando los días que faltan para que podamos acostarnos juntos.

Tara tragó saliva y el pulso se le aceleró. Bajó los ojos al plato, pero las sensaciones que las palabras de Thorn le provocaron le obligaron a alzar la mirada otra vez. La expresión de Thorn era seria y sensual.

Tara volvió a bajar la mirada y se puso a comer otra vez. Thorn la estaba seduciendo y no podía permitírselo. Tenía que pensar con claridad y no perder el control. Decidió cambiar de conversación.

-¿Por qué participas en carreras de motos?

Thorn sonrió y Tara se dio cuenta de que él, a pesar de comprender que ella estuviera intentando hablar de otra cosa, decidió seguirle el juego.

-Me gusta correr riesgos y siempre me ha gustado competir. Las carreras de motos cumplen esa función.

Durante los veinte minutos siguientes Thorn le habló de las carreras de motos y de los beneficios, la publicidad y el reconocimiento que su empresa recibiría si ganaba la carrera de Daytona. También le habló de lo mucho qué le gustaría participar en una carrera de motos en Europa.

-¿Participas en muchas carreras?

-En algunas. El año pasado corrí en doce, a una media de una carrera por mes, por lo que pasé fuera bastante tiempo. Mi jefe de equipo y el mecánico son los mejores profesionales en su campo. También hay otra persona que se encarga de transportar las motos y todas las herramientas y es excelente. El motociclismo es un trabajo de equipo y, si gano, el equipo entero gana.

Cuando acabaron la cena y se marcharon, Tara pensó que ahora comprendía mejor la pasión de Thorn por las carreras de motos.

Más tarde aquella noche, cuando Tara estaba en la cama medio dormida, recordó la conversación que habían tenido sobre métodos anticonceptivos.

Antes de dormirse, y por si acaso, Tara decidió pedir una cita con su ginecóloga.

Capítulo Ocho

Tara miró el reloj de la pared. Thorn estaba a punto de llegar.

Lo había llamado al taller para preguntarle si sabía algo de fontanería, porque le goteaba un grifo. Era la excusa perfecta, ya que los hermanos de Thorn se habían ido el fin de semana de acampada; de haber estado en la ciudad, Thorn se habría preguntado por qué le llamaba a él y no a otro de sus hermanos.

Casi dio un salto al oír el timbre. Hacía dos días que no lo veía y tenía un plan. Estaba decidida a poner a prueba el autocontrol de Thorn con la esperanza de que se diera cuenta de que los problemas que ella podía ocasionarle no merecían la pena y que corría el riesgo de perder la carrera; sobre todo, teniendo en cuenta que Thorn creía firmemente en eso del celibato antes de una competición.

Se miró la ropa antes de abrir la puerta. Aunque no iba vestida de forma excesivamente provocativa, sí llamaba la atención.

Después de mirar por la mirilla, abrió.

-Hola, Thorn. Gracias por venir. Perdona que te haya molestado, pero el goteo del grifo me estaba volviendo loca y sabía que, si no lo arreglaba, no podría dormir esta noche.

-No te preocupes, no es nada —respondió Thorn entrando en la casa. En la mano llevaba una caja con herramientas.

Thorn la miró de arriba a abajo, fijándose en los pantalones vaqueros cortos y la diminuta camiseta de fino tejido que, sin ser transparente, dejaba casi visibles los pezones.

Thorn frunció el ceño.

-¿Has salido a la calle vestida así? Tara se miró.

-¿Qué tiene de malo cómo voy vestida?

-Nada, sólo que es ir buscando pelea.

Tara se contuvo para no responder que la única pelea que quería era con él. Se limitó a alzar los ojos al techo.

-Por favor, Thorn. Estás hablando como Stone. Thorn arqueó las cejas.

-¿Como Stone?

-Sí, como Stone. Está en plan hermano mayor. Thorn la miró a los ojos.

.Eso es porque te tiene aprecio.

-Te aseguro que sé cuidar de mí misma. Y ahora, si no te importa, ¿querrías arreglarme el grifo?

Thorn suspiró.

-Vamos, dime dónde está.

A Thorn le galopó el corazón cuando la vio de espaldas. Esos pantalones cortos eran demasiado cortos. Demasiado cortos. Y más ceñidos, imposible. Corría el riesgo de ser arrestada si salía así a la calle.

Cuando llegaron a las escaleras, Thorn decidió pararla.

-Eh, espera. ¿Adonde vamos?

Tara se detuvo y volvió la cabeza.

-A mi dormitorio. Thorn tragó saliva.

-¿Por qué?

Tara hizo un esfuerzo por aparentar inocencia.

-Para que me arregles el grifo del baño de mi habitación.

Thorn se quedó inmóvil. Había supuesto que se trataba del grifo de la cocina. ¡Demonios! Su autocontrol iba a peligrar si se acercaba al dormitorio de Tara.

-¿Te pasa algo, Thorn?

Sí, le pasaban muchas cosas; lo primero, dos años de abstinencia.

-No, no me pasa nada. Bien, llévame a tu cuarto de baño -contestó él.

Thorn respiró profundamente mientras la seguía escaleras arriba y casi se ahogó cuando entró en el dormitorio. Estaba decorado en negro, gris metálico y malva, y todo hacía juego. La habitación era como ella, femenina y sensual. Incluso la enorme cama era más para hacer el amor que para dormir. Se imaginó a sí mismo deslizándose entre las sábanas...

-El baño está ahí.

Rápidamente, Thorn se despejó la cabeza y la siguió al cuarto de baño.

-¿Te puedo ayudar en algo? -preguntó ella.

Thorn no pudo evitar mirarle los pechos. En ese momento, Tara sólo podía ayudarlo dejándole solo.

-No, gracias. Enseguida acabaré.

-En ese caso, estaré aquí mismo, en mi habitación, por si quieres algo.

Thorn arqueó las cejas. Prefería que Tara bajase a la cocina y se alejara todo lo posible de él, pero no podía decírselo. Al fin y al cabo, no era culpa suya que él quisiera devorarla.

Tan pronto como Tara le dejó solo, Thorn fue a examinar el grifo y trató de ignorar el ruido de los movimientos de Tara en la habitación. No le llevó mucho tiempo la reparación, de lo que se alegró. Ahora, sólo tenía que marcharse de allí a toda prisa.

Hacía unos minutos que no había oído ruidos en el dormitorio, lo que le hizo imaginar que Tara no estaba allí.

Pero se había equivocado.

Al salir del baño, la vio en su cuarto con sólo la camiseta y unas bragas tanga de color negro, sin pantalones. Estaba de espaldas y, tan pronto como él carraspeó, Tara agarró una bata de seda de encima de la cama y se la puso.

Demasiado tarde. Thorn ya había visto más de lo que debía.

-Perdona. Creía que ibas a tardar más y me estaba cambiando de ropa —dijo ella a modo de disculpa mientras se ataba el cinturón de la bata.

Thorn no dijo nada. No podía. El cuerpo entero le dolía.

-¿Ya lo has arreglado?

La pregunta de Tara le recordó el motivo por el que estaba allí, pero seguía sin poder pensar en otra cosa que no fuera la piel desnuda de ella. Nada lograba borrar de su memoria lo que acababa de ver.

-Repito, ¿lo has arreglado?

Thorn la miró a los ojos y, sin pensar lo que hacía, dejó la caja de herramientas en una mesa que había en el dormitorio y se acercó a Tara. Después de mirarla fijamente, la besó y ella no se resistió.

La sintió temblar y le acarició el cuerpo. Deslizó la mano por debajo de la corta bata, la obligó a separar las piernas y comenzó a

tocarla de la misma forma como la había tocado en la cocina.

Unos momentos después, Thorn descubrió que eso no era suficiente. Tenía que poseerla. Tenía que penetrarla.

Con la mano que le quedaba libre, se bajó la cremallera de los pantalones mientras seguía besándola.

De repente, Tara dejó de besar.

-Thorn, no podemos: los anticonceptivos, la carrera...

Thorn recuperó el juicio nada más oír esas palabras. Respiró profundamente, dio un paso atrás y volvió a subirse la cremallera de los pantalones. Había perdido la cabeza durante unos momentos. Unos momentos en los que nada, a excepción de la posesión de Tara, había tenido importancia.

Se pasó una mano por el rostro, arrepintiéndose de lo que había hecho. Tara estaba lista y húmeda, su olor le había impregnado la mano. Su aroma de mujer.

Thorn cerró los ojos y, cuando volvió a abrirlos, fue a por su caja de herramientas y luego se dirigió a la puerta.

-El grifo ya funciona -dijo Thorn con voz ronca-. Te llamaré.

Y se marchó en un abrir y cerrar de ojos.

Durante las siguientes semanas, Tara se volcó en su trabajo.

Después de ese primer intento de seducción, descubrió que conseguir que Thorn rompiera su voto de abstinencia no era una tarea fácil.

Thorn la había invitado a cenar en varias ocasiones y habían ido al cine dos veces, pero él se había negado a entrar a su casa. La llevaba a casa, le daba un beso de buenas noches y se iba rápidamente.

Un virus especialmente virulento tenía a montones de madres haciendo cola en la sala de urgencias para que los médicos examinaran a sus pequeños. En dos ocasiones de la semana anterior Tara había tenido que permanecer en el hospital después de que su turno acabara, pero prefería tener mucho trabajo.

Las noches eran una tortura. Le costaba conciliar el sueño y no dejaba de pensar en los besos de Thorn.

Tara se levantó de la cama. Era una de esas noches inquietas. Se había acostado temprano, antes de las ocho, y había intentado dormirse; sin embargo, era casi medianoche y aún estaba despierta.

Por suerte, no tenía que ir a trabajar al día siguiente. Sabía que Thorn estaba trabajando en la moto de su sobrino. Ella se moría de ganas de ver la cara de AJ cuando recibiera como regalo la moto que Thorn le estaba haciendo. Aún no la había visto, pero según uno de los hermanos de Thorn era una preciosidad. Todos los varones de la familia Westmoreland tenían una moto construida por Thorn; a los once años, era hora de que AJ recibiera la suya.

En más de una ocasión, Tara había pensado pasarse por el taller de Thorn con la excusa de ver la moto; pero cada vez que se metía en el coche y se ponía en camino, acababa dándose media vuelta y volviendo a casa sin llegar al taller.

Tara fue a la cocina para servirse un vaso de té frío que había preparado aquella tarde. Quizá la bebida la refrescara porque esa noche tenía el cuerpo en llamas.

Thorn paró la moto y apagó el motor. Aún había luces encendidas en casa de Tara, lo que significaba que todavía no se había ido a la cama. Había estado en el taller intentando trabajar, pero como no podía dejar de pensar en Tara, decidió ir a verla.

Hasta el momento, nunca había estado tan tenso antes de una carrera. Normalmente, no pensaba en las mujeres antes de entrar en competición. Sin embargo, en esta ocasión, era todo lo contrario. Ahora que conocía el sabor de ella, no podía quitárselo de la boca. Y no pasaba un solo día sin pensar en lo que habían estado a punto de hacer en el dormitorio de Tara. Se había bajado la cremallera de los pantalones, dispuesto a poseerla sin pensar en las consecuencias.

Y sus hermanos habían empeorado la situación con sus estúpidas apuestas. Se había negado a hablarles de su relación con Tara, no era asunto de su incumbencia. Ninguno sabía lo del trato y, aparte de la cena en el restaurante de Chase, ninguno los había visto juntos. Quería mantenerlo en secreto tanto como pudiera. Además, pronto se enterarían de que ella iba a acompañarlo a la carrera.

Hacía un rato, al ver que no podía concentrarse en el trabajo, se había dado una ducha fría para refrescarse el ardiente cuerpo. No había hecho efecto. Después, se vistió y decidió ir a dar una vuelta en moto. Pero esto, tampoco había tenido el efecto deseado.

Sólo había una forma de aliviarse, pero no podía llegar tan lejos. Imposible romper su voto de abstinencia. Por lo tanto, a sólo dos

semanas de la carrera, necesitaba poner distancias entre Tara y él. Ella se estaba convirtiendo en una tentación excesiva, por eso había decidido ir a Daytona antes de lo pensado y decirle a uno de sus hermanos que llevara a Tara más tarde.

Lo realmente importante era que Tara estuviera en Daytona cuando acabara la carrera. No podía arriesgarse a que ella estuviera por allí, tentándolo a romper su abstinencia. No obstante, iba a dejarle un regalo antes de marcharse.

Thorn se acercó a la puerta y llamó al timbre. Sabía que era tarde, pero tenía que verla. El cuerpo le latía de anticipación.

Oyó la voz de Tara al otro lado de la puerta.

-¿Quién es?

Thorn respiró profundamente y respondió:

-Thorn.

Cuando la puerta se abrió, vio sorpresa en la expresión de ella.

-Thorn, ¿qué estás haciendo aquí?

Thorn tragó saliva. Tara llevaba un camisón corto de seda, tenía el cabello revuelto y un tirante del camisón se le había bajado. Su imagen era sensual, excitante y el objeto de la fantasía de cualquier hombre.

-¿Thorn?

Él parpadeó, dándose cuenta de que no había respondido a la pregunta.

-Ha habido un cambio de planes respecto a la semana de las carreras y quería hablarte de ello.

Vio indecisión en los ojos de Tara. Era como si ella dudara de dejarlo entrar. Debía de estarse preguntando por qué no se lo había dicho por teléfono en vez de aparecer de improviso en su casa.

-Perdona que no te haya llamado, pero quería decírtelo en persona.

Sabía que eso no era una buena excusa, pero necesitaba estar a solas con ella unos minutos.

-Está bien, entra -Tara se hizo a un lado para dejarlo entrar.

En el momento en que Thorn se vio en casa de Tara y con la puerta cerrada, un intenso deseo se apoderó de él, dejándolo casi sin respiración.

No era normal, pero nada era normal cuando estaba con Tara. Y no mejoraba la situación estar viendo las piernas desnudas de ella y

el movimiento de sus caderas bajo el fino camisón.

Llevaba dos años luchando contra sus sentimientos por Tara, contra el deseo que despertaba en él y, sobre todo, contra el creciente afecto que sentía por ella. Pero no quería encariñarse con ninguna mujer. Aparte de a su familia, las motos era lo único que quería en su vida. Sin embargo, Tara lo había estropeado todo.

-Thorn, ¿cuál es el cambio de planes? Thorn se apoyó en la puerta.

-He decidido marcharme a Daytona antes de lo que pensaba.

Tara arqueó las cejas.

-¿Cuándo te vas?

-El domingo, si consigo tenerlo todo arreglado para entonces.

-¿Este domingo? Sólo quedan tres días. Thorn, no puedo pedir días...

-No, no, me voy solo. Hablaré con uno de mis hermanos para que te lleve luego, cuando haya empezado la semana de las carreras.

-Pero... ¿por qué te vas tan pronto? -preguntó ella.

Thorn se pasó el casco a la otra mano, no podía decirle la verdad.

-Tengo que hacer algunas cosas antes de la carrera, una de ellas es hacer ejercicios de concentración.

Cosa que era verdad. En ese tipo de carreras, la concentración era fundamental, y no podía concentrarse estando en la misma ciudad que Tara.

Thorn dejó el casco encima de la mesa.

-Tara...

Ella le miró a los ojos.

-¿Qué?

Thorn extendió un brazo.

-Ven aquí -dijo con voz que casi no reconoció.

Lo único que reconocía era la necesidad de tocarla, de saborearla, de estrecharla en sus brazos. Dos semanas sin verla sería una tortura.

Despacio, Tara se acercó y, agarrándole la mano, entrelazó los dedos con los de él. El calor del contacto con Tara fue automático. Era un calor sensual que nació en la mano y se le extendió por todo el cuerpo. Incluso la sangre le hirvió. Lentamente, tiró de ella hacia

sí, dejando que el cuerpo de Tara se apoyase en el suyo.

-¿Tienes idea de lo mucho que te deseo, Tara? -preguntó Thorn con voz ronca, sus labios a escasos centímetros de los de ella.

Los ojos de Tara reflejaron deseo al contestar suavemente:

-Sí, creo que sí.

-Quiero que te quede completamente claro lo que espero de ti en el momento en el que aparezcas en Daytona y ya no tenga que preocuparme de la carrera. No quiero que te sorprenda la magnitud de mi deseo. Y también quiero darte un ejemplo de lo que te espera... si me lo permites, por supuesto.

En su opinión, Thorn le había dado un montón de ejemplos, así que tenía idea de lo que le esperaba. No obstante, el hecho de que le hubiera pedido permiso casi la había deshecho. A pesar de su dureza y mal humor, Thorn siempre se había portado con ella como un caballero. Sensual, irresistible y excitante, pero un caballero.

Tara tragó el nudo que se le había formado en la garganta: no sabía qué decir ni qué hacer. Si le concedía lo que quería, podría empeorar su situación. Ahora que Thorn había adelantado el viaje, no tendría ocasión de tentarlo, como era su plan, y, al final, tendría que ir a Daytona, tal y como habían pactado.

No obstante, si era honesta consigo misma, tenía que admitir que quería una semana con él.

Y sabía por qué.

Se había enamorado de Thorn Westmoreland.

Era demasiado tarde para evitarlo. Lo había intentado, se había esforzado en proteger sus sentimientos, su corazón; pero Thorn se había salido con la suya. Thorn le había preguntado si sabía lo mucho que la deseaba; ella también tenía una pregunta para Thorn: ¿sabía él cuánto lo amaba?

No obstante, era una pregunta que no podía hacerle.

Tara le miró, Thorn aún estaba esperando su respuesta, quería saber si le iba a permitir que le diera un ejemplo de lo que le esperaba. Por supuesto, no podía negárselo.

-Sí, te lo permito.

Sin decir nada, sin perder un segundo, Thorn le cubrió los labios con los suyos. Profundizó el beso inmediatamente y ella, al instante, le rodeó el cuello con los brazos. Thorn la estrechó contra sí, moldeando el cuerpo al de ella mientras le acariciaba la espalda.

La boca de Thorn se sació de la suya, era un hombre poseído por la pasión. En cierto modo, aquel beso fue diferente a los demás y, durante un segundo, Tara pensó que iba a perder el control. Cuando las piernas le temblaron, Thorn la tomó en sus brazos, la llevó al sofá y se la sentó encima.

Tara miró al hombre que la abrazaba. Se quedó contemplando sus labios, sus ojos negros y su dura mandíbula. Vio en su expresión el deseo de devorarla. Esa misma noche. En ese instante.

Tragó saliva. Estaba casi desnuda encima de él. No llevaba ni sujetador ni bragas, sólo el camisón.

Lo vio luchar contra sí mismo por no perder el control y se dio cuenta de lo difícil que debía ser la situación para Thorn, un hombre que llevaba dos años sin acostarse con una mujer. Sabía que, por el bien de él, debía decirle que se marchara. Pero no podía.

Tara se mordió el labio inferior y decidió decirle con hechos, no con palabras, lo mucho que deseaba sus caricias, lo mucho que le deseaba a él. Y cuando creyó no poder soportarlo más, vio a Thorn bajar la cabeza y besarla otra vez.

Contuvo la respiración al sentir la mano de Thorn deslizarse por debajo del camisón y tocarle la entrepierna. Entonces, empezó a acariciarla. Ella gimió de placer en el momento en que su cuerpo cobró vida con esas caricias. Recordó lo que había sentido cuando Thorn le hizo lo mismo en la cocina.

De repente, Thorn apartó los labios de los suyos y, antes de que ella pudiera protestar, él le bajó el camisón para dejarle al descubierto los pechos. Le acarició la garganta e, inclinándose hacia ella, bajó la cabeza. Al momento, se apoderó de uno de sus pezones y empezó a chuparlo.

-Thorn... -dijo ella sintiendo un inmenso placer.

Tara cerró los ojos mientras saboreaba esos momentos con Thorn. Gimió mientras él continuaba lamiéndole los pechos con la boca y acariciándola íntimamente con la mano.

-Quiero probarte -le dijo él con la boca pegada a un seno.

Tara no comprendió el significado de aquellas palabras hasta que Thorn, con suavidad, la tumbó en el sofá.

-Cierra los ojos, cielo -dijo él con voz ronca al tiempo que se arrodillaba delante del sofá.

Tara le miró y vio un profundo deseo reflejado en la oscuridad

de aquellos ojos. Se preguntó si Thorn iba a ser capaz de controlarse. Sabía que no podía hacerle eso a Thorn, no podía permitirle que pusiera en peligro la carrera.

-Thorn, no podemos -logró decir ella-. Piensa en los anticonceptivos.

Thorn siguió acariciándole íntimamente, penetrándola con los dedos, volviéndola loca.

-Ssss. Ya lo sé, cielo, pero no necesitamos anticonceptivos para lo que voy a hacerte. Esto me va a dar suerte. Irme con tu sabor en los labios me va a hacer ganador en varios sentidos, no sólo en lo referente a la carrera. Esto es lo que necesito ahora.

Y entonces le subió el camisón, bajó la cabeza y le besó el vientre en el momento en que ella cerró los ojos para concentrarse en las sensaciones que le producían lo que Thorn le estaba haciendo.

Tara contuvo la respiración cuando la boca de Thorn sustituyó a sus dedos.

-¡Thorn! —gritó ella.

Nadie la había besado así. Sintió un placer que la penetró hasta los huesos. Gimió en voz alta cuando Thorn profundizó el íntimo beso. La lengua de él era tan hábil como sus manos. Sensaciones increíbles le hicieron darse cuenta de la magnitud de su amor por él.

Volvió a gritar al sentir la primera oleada de éxtasis, y continuó gritando mientras sujetaba la cabeza de Thorn contra sí y él continuaba lamiéndola mientras los temblores la hacían estremecerse.

Unos minutos después, cuando su cuerpo se calmó, Thorn la tomó en sus brazos, se la sentó encima y empezó a acariciarle la espalda.

-Gracias -le dijo Thorn al oído.

Tara se preguntó por qué le daba las gracias. A juzgar por su erección, era evidente que su deseo no había sido saciado.

-Pero... tú no has...

Thorn le puso dos dedos en los labios.

-No te preocupes por eso, ya me llegará el turno. Y te he dado las gracias por haberme dado ilusión, la ilusión de lo que me espera después de la carrera, tanto si gano como si no. Yo ya tengo un

premio, y ese premio eres tú.

Las palabras de Thorn la enternecieron. Pero antes de poder contestarle, Thorn acalló su respuesta con un beso.

Tara supo en ese instante que el hombre que la sujetaba con tanta ternura también tendría siempre su corazón.

A la mañana siguiente, Tara abrió los ojos despacio mientras recordaba la noche anterior: después de besarla, Thorn la había llevado al dormitorio, la había acostado y se había marchado.

Gimió al recordar lo que habían hecho. Thorn había despertado en ella una increíble pasión y lo había hecho sin egoísmo, pensando en ella. Incluso ahora, al pensar en ello el cuerpo le temblaba.

Lo amaba. Pasara lo que pasase en Daytona, siempre lo amaría.

Sus cuatro hermanos se cruzaron de brazos y lo miraron con cólera en los ojos.

-¿Que es eso de que no estás enamorado de Tara? Si es así, ninguno de nosotros está dispuesto a llevártela, Thorn. No vamos a permitir que te aproveches de ella de esa manera -dijo Stone con enfado-. Y olvídate de la maldita apuesta.

Thorn respiró profundamente. Se iba a marchar ya a Daytona y había encontrado a sus hermanos desayunando en casa de Storm porque se iban a pescar. Lo único que él había hecho era pedirles que uno de ellos llevara a Tara a Daytona. Entonces, Stone le preguntó qué tal le era estar enamorado y él les había dejado muy claro que no lo estaba, que lo que había entre Tara y él era algo puramente físico. Fue entonces cuando se armó el alboroto.

-Lo de la apuesta no fue idea mía, sino vuestra. Y digáis lo que digáis, Stone, Tara va a venir a Daytona -Thorn apenas podía contener la ira.

-No, no va a ir. Yo estoy totalmente de acuerdo con Stone -dijo Chase-. Hicimos la apuesta con el fin de que te dieras cuenta de lo mucho que Tara significaba para ti; sin embargo, tú has decidido utilizarla. Maldita sea, Thorn, si Tara fuera Dela-ney, te daríamos una paliza. Por lo tanto, a menos que estés enamorado de ella, olvídate de Tara.

-No voy a utilizarla -dijo Thorn apretando los dientes.

Al margen de Daré, ninguno de sus otros hermanos estaba enamorado; por lo tanto, no comprendía a qué se debía todo eso.

Storm lanzó una carcajada.

-¿Y quieres que nos lo creamos? Después de no estar con una mujer en dos años, ¿quieres que nos mantengamos al margen y te permitamos que hagas con ella lo que quieras sabiendo que no la amas?

A Thorn le hirvió la sangre de ira.

-Le tengo cariño, pero no estoy enamorado de ella. Además, lo que Tara y yo hagamos es asunto nuestro y vosotros no debéis inmiscuiros.

-Te equivocas en eso, Thorn -dijo Stone enfadado mientras se subía las mangas y avanzaba un paso.

Daré decidió intervenir para evitar que corriera la sangre.

-Vamos, tranquilo, Stone. Entonces, se volvió a Thorn.

-Y en lo que a Tara se refiere, la llevaré a Daytona cuando Shelly y yo vayamos.

-¡Qué!

Daré ignoró la exclamación simultánea de sus hermanos.

-Gracias, Daré -dijo Thorn.

Y sin añadir palabra, se dio media vuelta y se marchó de la casa.

Tres de los hermanos Westmoreland se enfrentaron con Daré.

-Por muy sheriff que seas, te vamos a dar una paliza, Daré -dijo Chase enfadado-. ¿Cómo puedes hacerle eso a Tara? Está claro que Thorn quiere aprovecharse de ella y Tara no se merece una cosa así.

-La quiere demasiado para utilizarla —dijo Daré con voz suave.

-¿Que la quiere? Maldita sea, Daré, ¿es que no has oído lo que ha dicho? Ha dicho que no está enamorado de ella -dijo Stone.

Daré sonrió.

-Sí, he oído lo que ha dicho, pero no le creo. Hacedme caso, lo digo por experiencia. Thorn está tan enamorado de Tara que ni siquiera puede pensar a derechas. No obstante, ahora lo que necesita es centrarse en la carrera, y es por eso por lo que ha adelantado el viaje a Daytona. Thorn necesita que Tara esté durante la carrera; pero cuando haya terminado, ya veréis cómo recupera el juicio. No le va a llevar mucho tiempo reconocer que la quiere.

Chase frunció el ceño.

-Bueno, todos sabemos lo cabezota que es Thorn. ¿Y si no se da

cuenta de que la quiere? En ese caso, ¿qué va a pasar con Tara?

Daré lanzó una breve carcajada.

-En mi opinión, Tara no se va a conformar con acostarse con Thorn, ya veréis como le obliga a reconocer lo que siente por ella.

-¿Y si no lo hace? -preguntó Storm, no del todo convencido.

Una sonrisa curvó los labios del sheriff Daré Westmoreland.

-En ese caso, le daremos una paliza de muerte; de una forma u otra, va a tenerse que convencer de que Tara es la mujer de su vida. Pero no creo que necesitemos llegar tan lejos; según tengo entendido, ha enviado a Tara un ramo de flores por el día de San Valentín.

Chase se quedó boquiabierto.

-¿Flores? ¿Thorn? Daré se echó a reír.

-Sí, Thorn. Ya sabéis que Luanne Coleman no consigue mantener la boca cerrada; pues bien, ha ido diciendo que Thorn fue ayer a su floristería, pidió flores para Tara y le escribió una tarjeta.

-¡Increíble! -exclamó Stone con incredulidad en el rostro-. Eh, chicos, apuesto a que va a haber boda en Junio.

-Yo creo que será antes de junio, dudo de que pueda esperar tanto. En mi opinión, va a ser en mayo, cerca de su cumpleaños —interpuso Chase.

Storm alzó los ojos al techo.

-Enamorado o no, Thorn no va a parar de protestar de camino al altar, él es así. Yo, por el contrario, pienso que la boda será hacia septiembre.

Los otros se volvieron a Daré para ver qué decía él.

-Lo único que digo es que yo no hago apuestas -una sonrisa tocó sus labios-. Pero si apostase, estaría de acuerdo con Chase. Thorn no va a aguantar hasta junio.

Tara alzó la cabeza de su escritorio cuando oyó unos golpes en la puerta de su despacho en el hospital.

-¿Sí? Entre.

Otra pediatra, la doctora Pamela Wentworth, entró con el ramo de flores más bonito que Tara había visto en su vida.

Tara sonrió.

-Vaya, Pam, qué preciosidad. Debes de ser muy especial para alguien.

Pam sonrió traviesamente.

-No, eres tú la que debe de ser muy especial porque estas flores son para ti.

Tara se enderezó en el asiento. Sus ojos se agrandaron inmediatamente.

-¿Qué? ¿Has dicho que esas flores son para mí?

-Sí. Las acaban de enviar y las han dejado en la enfermería. Como me pillaba de camino, le he dicho a la enfermera Meadows que yo te las traería.

La otra doctora dejó las flores encima del escritorio de Tara y añadió:

-Eh, amiga mía, no sé lo que estás haciendo, pero a juzgar por este ramo debes de estar haciéndolo muy bien -Pamela Wentworth sonrió-. Bueno, ahora será mejor que me vaya. Me parece que nunca hemos tenido tanto trabajo así que disfruta del descanso mientras puedas.

Pam salió inmediatamente, dejando a Tara con el enorme arreglo floral encima de su escritorio.

Tara frunció el ceño.

-¿Quién me habrá mandado esto? -se preguntó Tara en voz alta.

Después, fue a agarrar la tarjeta que acompañaba al ramo. ¿Qué hombre podía pensar en ella el día de San Valentín?

Rápidamente, abrió el sobre y parpadeó al leer el mensaje:

Quiero que seas mía, Thorn.

Al instante se le hizo un nudo en la garganta. ¿Que fuera su qué? ¿Su amante? ¿El pasatiempo de una noche? ¿Su compañera de cama durante una semana? ¿Su verdadero amor? ¿La madre de sus hijos? ¿Qué?

Tara suspiró pesadamente. Sólo Thorn tenía la respuesta a esas preguntas y tenía intención de preguntárselas la próxima vez que lo viera.

Capítulo Nueve

Tara miró por la ventanilla del coche de Daré cuando llegaron a Daytona Beach. Hacía un sol resplandeciente y le sorprendió que las carreras se anunciaran como el acontecimiento motociclista más importante del mundo. Y Thorn iba a formar parte de dicho acontecimiento.

Hacía más de dos semanas que no lo veía y no dejaba de recordar la noche en que se presentó de improviso en su casa. La noche en que había reconocido lo que sentía por él. También la noche en la que Thorn le había dado un ejemplo de lo que le esperaba.

Pero aún pensaba más en las flores que él le había enviado por el día de San Valentín. La nota de la tarjeta había sido personal, pero continuaba preguntándose qué había querido decir Thorn con ese mensaje.

-¿Lista para que dejemos las cosas y nos podamos irnos de compras, Tara?

La pregunta de Shelly la sacó de su ensimismamiento. Había disfrutado el viaje de siete horas con Daré y su esposa. AJ no había podido ir por el colegio y se había quedado con los padres de Daré.

-Siempre estoy lista para ir de compras -respondió Tara sonriendo.

Al mirar los puestos de venta que había por todos los lugares, Tara se preguntó si venderían algo que no fueran artículos relacionados con las motos.

-Tan pronto como dejemos las cosas en el hotel, podemos irnos al centro comercial —dijo Shelly volviendo el rostro para sonreírle.

Tara asintió.

Unos meses atrás, antes de la boda de Shelly, ésta, Delaney y ella habían ido a Nueva York a pasar el fin de semana y disfrutaron

mucho. Entre otras cosas, tenían en común su afición a ir de compras.

-Espero ver a Thorn algún día -dijo Tara, sin preocuparse en lo que Shelly o Daré pudieran pensar.

-No creo que sea muy difícil encontrarlo -dijo Daré mirándola por el espejo retrovisor-. Él ha venido en moto, pero su equipo ha venido en un camión de dieciocho ruedas con el fin de poner en exposición las motos de Thorn. No puedes imaginar la cantidad de gente que viene aquí a comprarle una moto. Pero durante los últimos días antes de la carrera no esperes verlo. Thorn necesita completa concentración mientras se entrena por las autopistas; y cuando digo completa, es completa.

Tara asintió, comprendió perfectamente las palabras de Daré. Había hablado lo suficiente con los hermanos Westmoreland para darse cuenta de que lo que Thorn hacía era arriesgado. Sin embargo, no podía permitirse estar asustada, tenía que creer que a Thorn no iba a pasarle nada.

Suspiró profundamente. Por lo que Stone le había dicho, había muchas actividades además de las carreras, incluyendo exposiciones y conciertos. También había puestos de venta por todas partes en los que se podía comprar cualquier cosa.

Cuando Daré detuvo el coche en el aparcamiento del hotel, Tara sintió unas terribles ganas de ver a Thorn.

Storm se miró el reloj.

-Daré, Shelly y Tara ya deben de haber llegado. ¿No vas a ir al hotel a saludarles?

Thorn, agachado delante de una de sus motos, continuó sacándole brillo.

-Todavía no. Quizá más tarde.

Storm frunció el ceño. No le pareció el comportamiento de un hombre enamorado, como aseguraba Daré que estaba. De hecho, desde que Chase, Stone, y él habían llegado, Thorn no había mencionado a Tara ni una sola vez.

A Storm se le ocurrió una idea.

-Bueno, quizá sea mejor así. Thorn le miró inmediatamente.

-¿Por qué?

Storm se encogió de hombros.

-Cabe la posibilidad de que Tara no haya venido -mintió Storm-. Según las últimas noticias, no estaba segura de si venir o no.

Thorn frunció el ceño e inmediatamente dejó lo que estaba haciendo.

-¿Qué quieres decir con eso de que no estaba segura? A mí me dijo que sí venía.

-¿Y cuándo fue eso, Thorn?

La expresión de Thorn ensombreció.

-Un par de días antes de que viniera.

Storm sacudió la cabeza.

-Maldita sea, Thorn, de eso ya hace más de dos semanas. ¿Es que en todo este tiempo no la has llamado ni una sola vez?

-No.

Storm se cruzó de brazos.

-En ese caso, te estaría bien empleado que no hubiera venido. Incluso yo sé que a las mujeres no les gusta que se las ignore.

-Yo no la estaba ignorando, estaba concentrándome en lo mío.

-¿Concentrándote en lo tuyo? Eso no tiene que ver con que la llames para saludar. A las mujeres les gusta que pensemos en ellas aunque sólo sea de vez en cuando. Siento decírtelo, hermano, pero creo que lo has estropeado todo. ¿Cómo no se te ha ocurrido llamarla?

Thorn se incorporó y tiró el trapo que tenía en la mano.

-Porque estaba tratando de no perder el juicio —respondió Thorn al tiempo que agarraba el casco para ponérselo-. Volveré luego.

Storm rió al ver a su hermano salir con la moto a la velocidad del rayo. Luego, sacudió la cabeza. Daré tenía razón: Thorn estaba enamorado aunque éste no lo reconociera todavía.

Tara se había dado una ducha y se había puesto ropa cómoda. La habitación de Daré y Shelly estaba en el piso décimo y, al igual que la suya, tenía unas magníficas vistas al mar.

Tara salió a la terraza y la vista le hizo contener la respiración. Abajo, en el paseo marino, se veía gente paseando y riendo.

Shelly y ella habían decidido ir al centro comercial en otro momento. Era evidente que Daré quería estar a solas con su esposa durante un rato, y ella lo comprendía perfectamente. La pareja

quería aprovechar al máximo esa semana que iban a pasar solos sin tener que preocuparse de que AJ los interrumpiera en el momento más inoportuno.

Tara entró de nuevo en la habitación, miró el reloj y se extrañó de que Thorn no hubiera llamado para ver si habían llegado. Debía de estar muy ocupado; no obstante, había creído que Thorn encontraría algún rato libre para verla. Evidentemente, estaba equivocada.

Tenía que enfrentarse a la realidad: Thorn solo estaba interesado en ella después de la carrera, no antes. La habitación que le habían dado estaba a nombre de Thorn y era una suite, la suite que compartirían cuando hubiera concluido la competición.

Necesitaba hablar con él y confesarle que carecía de la experiencia que él creía que tenía. Lo más probable era que, cuando Thorn se enterase de su estado de virginidad, saldría corriendo. Ningún hombre quería perder el tiempo enseñándole a una mujer cómo complacerla en la cama.

Tara suspiró. Quería decirle la verdad a Thorn en el momento en que lo viera; pero después de lo que Daré había dicho respecto a que, para Thorn, era necesaria una concentración absoluta, decidió dejarlo para después de la carrera. No sería el mejor momento, pero no podía hacer nada al respecto.

De repente, oyó que alguien llamaba a la puerta. Creyendo que Shelly había cambiado de idea respecto a ir de compras, se acercó a la puerta y miró por la mirilla.

-¡Thorn!

No perdió tiempo en abrir, y él no perdió tiempo en entrar y cerrar la puerta detrás de sí; tampoco en estrecharla en sus brazos y besarla.

Y ella no perdió tiempo en responder a sus besos.

La lengua de Thorn le acarició la suya con incesante precisión mientras le acariciaba el cuerpo con las manos como si quisiera asegurarse de que estaba allí y no era producto de su imaginación. Cuando Tara le rodeó el cuello con los brazos, él profundizó el beso.

Sintió el deseo de Thorn en la boca del estómago y un intenso placer se extendió por todo su cuerpo. El beso era sobrecogedor.

Tara sabía que debía apartarse de él antes de perder el control, pero sus lenguas continuaron festejando su encuentro negándose a

separarse.

Unos momentos después, Thorn se apartó ligeramente, pero no interrumpió el beso del todo, sino que le lamió suavemente los labios. Ella gimió.

-Te he echado de menos —le susurró Thorn con voz enronquecida por la pasión—. Maldita abstinencia: te deseo. Quiero poseerte ahora mismo. Qué demonios, puede que no haya un después, podría ocurrir cualquier cosa.

Las palabras de Thorn le recordaron el peligro inherente a la carrera del domingo. No podía arriesgarse a hacer algo que luego pudiera lamentar. Lo quería demasiado. Uno de ellos dos tenía que mantener el juicio y, en ese momento, parecía ser ella quien debía evitar perder la cabeza.

Tara lanzó un suspiro mientras se miraban a los ojos.

-Te deseo, Tara. No después de la carrera, sino ahora.

Ella tragó saliva. El deseo sexual estaba haciendo que Thorn perdiera la cabeza, y era responsabilidad de ella hacerlo entrar en razón. Además, aunque no pusiera su vida en peligro, si Thorn perdiera la carrera se lo echaría en cara durante el resto de su vida.

Tara ladeó la cabeza y frunció el ceño.

-Olvídate de que me deseas. ¿Es necesario que te recuerde que hemos hecho un trato, Thorn? El motivo por el que he venido es para satisfacer tus necesidades sexuales después de la carrera, no antes. Creo que será mejor que te metas las manos en los bolsillos y las dejes ahí hasta entonces.

Thorn no dijo nada, pero su expresión de deseo se tornó en una de enfado. Después, dio un paso atrás y miró a Tara de arriba a abajo.

-Gracias por recordarme el motivo por el que has venido, Tara. Y no te preocupes, no vas a tener que volver a recordarme nada. Sin embargo, no te equivoques, vas a cumplir con tu parte del trato como yo ya he cumplido con la mía.

Sin decir nada más, Thorn se dio media vuelta y se marchó dando un portazo.

Thorn se montó en la moto y se alejó del hotel a toda velocidad.

Maldito trato. Durante las dos últimas semanas, se había dado cuenta de lo mucho que Tara significaba para él. Tomarle afecto no había sido parte del plan, pero había ocurrido.

Pensó en lo que ella le había dicho. ¿En serio Tara creía que el único motivo por el que estaba allí era para satisfacer su deseo sexual durante una semana después de la carrera? No obstante, no podía reprochárselo, era lo que él le había dicho.

Se preguntó en qué momento habían cambiado sus sentimientos hacia ella. ¿Cuándo había decidido que quería algo más de Tara que una semana en la cama? ¿Cuándo había decidido que quería algo más que sexo con ella?

Suspiró profundamente. No podía seguir engañándose a sí mismo, tenía que admitir que estaba enamorado de ella desde que la conoció. Había mentido al respecto y les había dicho a sus hermanos que no la quería. Pero tenía que enfrentarse a la verdad: la amaba desesperadamente.

Su enfado se disipó mientras tomaba otra curva a gran velocidad. No era el momento de enfadarse, ya tendría tiempo para darle una lección a cierta doctora. De mal humor, él era insoportable; enamorado podía ser invencible.

-¿Qué tal, Tara?

Tara apartó los ojos de su copa y se encontró con la mirada curiosa de Stone. Después, miró en torno a la mesa, al resto de los hermanos Westmoreland. Al parecer, todos estaban interesados en su respuesta.

-Bien, estoy bien, gracias -respondió ella en tono animado.

Sabía que no los había engañado y que ellos eran conscientes de que no lo estaba pasando bien. Lo único que le alegraba era ver a Daré y a Shelly juntos. Estaban tan enamorados que prácticamente brillaban. En esos momentos estaban bailando.

A Tara le enterneció la imagen, la idea de que dos personas pudieran quererse tanto. Suspiró. Ningún hombre la había amado de esa manera y, por supuesto, menos Derrick.

-¿Te apetece bailar, Tara?

Ella miró a Chase. Éste tampoco la engañó a ella: sabía perfectamente que los hermanos estaban enterados de con quién quería bailar ella. Lo que debían saber era que, intencionadamente, ella lo había rechazado.

-No, pero gracias de todos modos.

Estaban en un *nightclub* que tenía actuaciones en directo. Todos

los hermanos Westmoreland estaban presentes, menos Thorn.

No lo había visto desde su visita al hotel tres días atrás. Todos los días había ido al lugar donde se exhibían las motos de Thorn con el fin de verlo, pero él nunca estaba allí. Según Daré, Thorn estaba concentrándose y no se lo vería hasta después de la carrera.

-¡Tara!

Tara sonrió y miró a su alrededor; dé repente, se dio cuenta de que no había sido ninguno de los hermanos el que pronunciara su nombre, sino un hombre sentado en la mesa contigua a la suya.

¡Derrick!

Sorprendida, lo miró y se preguntó qué demonios estaría haciendo Derrick en Daytona durante la semana de las motos. Aunque Bunnell estaba a sólo cien kilómetros de allí, nunca lo había visto interesado en las motos. No obstante, recordó que había mucha gente que iba allí a pasar un buen rato. Tara esbozó una falsa sonrisa y agarró la copa.

-Derrick, ¿qué estás haciendo aquí? Qué sorpresa.

Tara notó que Derrick estaba nervioso, pero al volver a pasar la mirada por su mesa, se dio cuenta de por qué. Stone, Chase y Storm estaban mirando a Darrick con caras que no dejaban lugar a dudas de lo que pensaban de él. Evidentemente, se habían dado cuenta de quién era y recordaban lo que Derrick le había hecho a ella.

-Bueno, un par de amigos y yo hemos venido a dar una vuelta -respondió Derrick después de aclararse la garganta.

Tara asintió.

-¿Qué tal está Danielle? Derrick volvió a carraspear.

-Está bien. Está en estado. El niño va a nacer dentro de unas semanas.

Sorprendentemente, la notició no le afecto cómo le habría afectado un año atrás, y Tara sonrió con sinceridad.

-Felicidades. Me alegro de que seáis felices y de que hayáis decidido tener familia. Os deseo lo mejor.

Derrick asintió.

-¿Y tú, Tara? ¿Estás bien?

Tara abrió la boca para responder; sin embargo, una voz varonil a sus espaldas contestó por ella.

-Sí, está muy bien.

A Tara el corazón empezó a latirle con fuerza. Contuvo la

respiración cuando Thorn se colocó al lado de ella y, agachándose, le dio un beso en los labios delante de todos.

Después, Thorn se enderezó y miró a Derrick con un brillo de cólera en los ojos.

-Es asunto mío asegurarme de que esté bien -añadió Thorn.

A Tara le dieron ganas de gritar: «¿Desde cuándo?». Pero decidió seguirle el juego, fuera el que fuese. Además, lo que Thorn acababa de decir y hacer dejó bien claro a Derrick que ella ya no sufría por él. Y tuvo que agradecérselo. Según sus padres, en Bunnell corría el rumor de que ella todavía no había superado lo de Derrick.

Derrick miró a Thorn.

-Me alegra saberlo —fue entonces cuando lo reconoció—. Eh, ¿no eres Thorn Westmoreland?

-Sí, lo soy.

Thorn se cruzó de brazos y miró al hombre que había tenido el atrevimiento de traicionar y humillar a Tara el día en que iba a casarse. En su opinión, él había ganado lo que ese hombre había despreciado.

-¡Guau! Tus motos son una bomba -dijo Derrick con admiración.

Normalmente, Thorn agradecía la opinión de la gente que reconocía su trabajo, pero no en esta ocasión.

-Gracias. Y ahora, si no te importa, me gustaría bailar con Tara. La carrera es dentro de dos días y, entretanto, quiero pasar el tiempo que me sea posible con ella.

-Sí, claro, lo comprendo -dijo Derrick antes de volverse a Tara una vez más-. Cuídate, Tara. Le diré a tu familia que te he visto.

Tara se encogió de hombros.

-No es necesario: tengo pensado ir a hacerles una visita mañana. Derrick asintió.

-Sí, claro. Bueno, hasta la vista. Entonces, Derrick volvió su atención hacia sus acompañantes.

-Nos alegramos de que hayas decidido dignarte a venir a vernos, Thorn -dijo Daré sarcástica-mente cuando Shelly y él se sentaron a la mesa. Después, miró en dirección a Derrick, que estaba de espaldas a ellos—. ¿Quién es ése?

Thorn miró a su hermano.

-El imbécil que no supo reconocer lo que tenía.

Sin esperar comentario de ninguno de sus hermanos, Thorn

agarró la mano de Tara y tiró de ella para que se levantara.

-Vamos a bailar.

Las palabras murieron en la garganta de Tara cuando Thorn la tocó. No ofreció resistencia mientras se dejaba llevar a la pista de baile. Una incómoda mirada sobre el hombro en dirección a la mesa de Derrick le indicó que éste y sus amigos los estaban observando a Thorn y a ella. Rápidamente, miró a su alrededor y vio que los hermanos Westmoreland también tenían los ojos fijos en ellos. Le pareció ser el centro de atención de todo el mundo. ¿Por qué?

-Dime, ¿qué pasa con tus hermanos? -le preguntó a Thorn ya en sus brazos.

-No tengo ni idea. Ignóralos. Eso no le resultaría difícil, pensó Tara mientras sentía el cuerpo de Thorn pegado al suyo.

-¿Qué estás haciendo aquí, Thorn? Creía que, ahora que sólo faltan dos días para la carrera, estarías recluido y concentrándote.

Thorn frunció el ceño.

-Sí, no me extraña que lo pensaras. Pero no te preocupes, voy bien preparado para la carrera. A decir verdad, estoy deseando que acabe. Y no quiero que te preocupes, también estoy preparado para después...

Tara se humedeció el labio inferior con la lengua. Quizá fuera el momento de hablarle de su virginidad. Abrió la boca, pero antes de poder decir nada, Thorn se la cubrió con la suya. En medio de la pista de baile, Thorn le dio un beso enloquecedor.

Tara ignoró los silbidos y también los flashes de las cámaras de algunos fotógrafos.

Por fin, con desgana, Thorn interrumpió el beso cuando alguien le dio una palmada en el hombro. Volvió la cabeza y miró furioso a su hermano Daré, que había vuelto con Shelly a la pista de baile.

-Estás dando el espectáculo, Thorn; además, la canción se ha acabado hace unos segundos. Creo que deberías salir un rato afuera.

-Tienes razón —contestó Thorn.Y sin esperar a que Tara pudiera decir algo, la sacó del *nightclub*.

Tara se zafó de la mano de Thorn en el momento en que el aire de la noche de Florida le acarició el rostro y le hizo recuperar el sentido.

-Eh, espera un momento, Thorn. ¿Qué estás haciendo?

-Te voy a llevar a un sitio.

Thorn tiró de ella, pero Tara se negó a moverse de donde estaba.

-¿Adonde?

-Quiero enseñarte mi moto. Tara frunció el ceño.

-Ya he visto tu moto, incluso he montado en ella, ¿o se te ha olvidado? Thorn sonrió.

-Ésta, no. La moto que quiero ensenarte.es con la que voy a correr.

Durante un momento, a Tara se le olvidó respirar. Había estado con los hermanos Westmoreland el tiempo suficiente para oír sus bromas respecto a la superstición de Thorn de no dejar que nadie viera la moto con la que iba a participar en una competición antes de la carrera.

-Creía que, excepto la gente de tu equipo, no quieres que nadie vea la moto que vas a usar. Thorn se encogió de hombros.

-Sí, es verdad, pero quiero que tú la veas. Es más, quiero que la bautices. Tara levantó una ceja.

-¿Que la bautice? ¿Quieres que le estrelle una botella de champán o algo por el estilo? Thorn sacudió la cabeza y sonrió.

-No, así le harías una abolladura. Hay otras formas de bautizar una moto. Si vienes conmigo, te lo demostraré.

Indecisa, Tara se lo quedó mirando. No sabía qué hacer. Estar a solas con Thorn no le parecía buena idea; sobre todo, cuando sólo faltaban dos días para la carrera.

De repente, Thorn le tomó la cara en las manos y la beso.

Beso número tres, pensó Tara cerrando los ojos mientras la boca de él devoraba la suya. Tembló cuando sintió las manos de Thorn sacarle la camisa para acariciarle la piel desnuda.

Al cabo de unos instantes, Thorn separó la boca de la de ella y Tara apoyó la cabeza en aquel duro pecho.

Por fin, Tara levantó el rostro y le miró a los ojos.

-Creía que habías dicho que no ibas a tocarme ni a besarme hasta después de la carrera, Thorn. Él tomó aire trabajosamente.

-Lo he intentado, pero no lo consigo, Tara -respondió Thorn con sinceridad.

Quería hablarle con más claridad. Quería decirle a Tara que, tanto si ganaba la carrera como si no, la amaba y ella era el mejor premio que podía ganar nunca. Pero aún no era el momento de decírselo. Tenía que esperar a la ocasión oportuna.

Thorn bajó la cabeza y la miró fijamente.

-¿Vas a venir conmigo, Tara? No haré nada que tú no quieras que haga. Tara continuó indecisa.

-Tara, ¿vienes conmigo? -insistió él.

Ella lanzó un enorme suspiro antes de contestar.

-Sí, Thorn, voy contigo.

Tara, miró a su alrededor: casi no podía creer que estaba dentro del camión de dieciocho ruedas de Thorn. El vehículo estaba dividido en tres partes: una, la de la rampa, donde estaban las motos; la sección del medio, que servía de despacho de Thorn; y la parte más próxima a la cabina, que tenía una cama, baño con ducha, nevera, microondas, televisor y cadena musical.

Después de que Thorn le enseñara todo el vehículo, Tara decidió no correr riesgos y se quedó en la parte donde estaban las motos.

-Ésta es la moto con la que voy a correr en la carrera.

Tara se colocó delante de la moto que él le acababa de indicar para examinarla. Era una preciosidad y se lo dijo.

-Gracias. Empecé a construirla el año pasado —Thorn la miró a los ojos—. Se me parece a ti.

Tara levantó una ceja. Jamás le habían comparado con una moto.

-¿Por qué, Thorn? Él sonrió.

-Porque es una preciosidad capaz de satisfacer la fantasía y el sueño de cualquier hombre. Igual que tú. Está bien construida, ángulos y curvas perfectas... es una tentación. Igual que tú.

Tara tragó saliva.

Como no sabía qué decir, Tara se aclaró la garganta y permaneció callada.

-Tara...

-¿Sí?

-¿Quieres montar la moto? Ella parpadeó.

-¿Montar la moto?

Thorn asintió sin dejar de mirar a Tara a los ojos.

-Sí, montarla.

Tara volvió a tragar saliva.

-No entiendo, ya has guardado las motos, no vas a sacar una otra vez, ¿no? Thorn volvió a asentir.

-Cierto. Pero hay diferentes formas de montar una moto sin necesidad de hacer que se mueva. Quiero que la bautices. Si lo haces, me dará buena suerte y ganaré la carrera el domingo.

Tara, confusa, lanzó un suspiro. No sabía mucho sobre el sexo, pero tenía una idea de lo que Thorn estaba sugiriendo.

-¿Quieres que lo hagamos encima de la moto? Thorn sonrió.

-Sí.

-Pensarás que estoy loca, pero... ¿es posible? La sonrisa de él se hizo más amplia.

-Todo es posible tratándose de nosotros, Tara, y te prometo que no lo haremos todo. Yo te haré cosas a ti, igual que en las otras ocasiones -Thorn se acercó a ella y le ofreció una mano-. Déjame que lo haga, cielo.

Tara se preguntó si Thorn no sería masoquista, porque era él quien siempre daba placer sin recibirlo. No sabía qué ganaba él con aquello.

-No lo entiendo, yo no te voy a hacer nada. ¿Por qué te estás haciendo esto a ti mismo, Thorn? Soy yo la única que obtiene satisfacción.

Thorn reflexionó unos momentos. Quería contestar con la mayor honestidad posible sin ser completamente claro con ella.

-Me satisface que alcances el orgasmo en mis brazos, Tara. De momento, es todo lo que necesito. Ya me llegará el turno después de la carrera.

Tara sintió la necesidad de hacerle una pregunta.

-Cuando me enviaste las flores por el día de San Valentín, en la carta me pedías que fuera tuya. ¿Qué quisiste decir con eso?

Thorn la miró fijamente, pero tardó unos segundos en contestar.

-Aunque sólo sea por una semana, Tara, te aseguro que no me tomaré a la ligera el tiempo que pasemos juntos. Sé que no tengo derecho a ser posesivo contigo más allá de ese momento; pero hasta entonces, necesito saber que no hay otro hombre ni en tu mente, ni en tu alma. Cuando te haga el amor, quiero que seas mía en cuerpo y alma.

Entonces, Thorn bajó la cabeza y la besó.

Tara se derritió en sus brazos, entregándose completamente.

Cuando Thorn apartó la boca de la de ella, la levantó en sus brazos, la sentó en el asiento posterior de la moto y él se sentó en el

del piloto; pero en vez de colocarse de espaldas a Tara, lo hizo de cara. Y volvió a besarla.

Thorn la acarició por todas partes antes de quitarle la camiseta. Se la quedó mirando los pechos. Antes, cuando estaba bailando con ella, había notado que no llevaba sujetador; ahora, al verle los pezones erguidos, lanzó un gruñido ronco.

Le agarró las piernas y se las colocó alrededor de las caderas; luego, la hizo tumbarse e, inmediatamente, comenzó a chuparle los pezones.

Pero quería chupar otra cosa, probar otro sabor.

Despacio, bajó la cremallera de los pantalones cortos de Tara y, tras levantarle las caderas, se los sacó por las piernas. Entonces, lanzó una mirada de admiración a las sensuales bragas negras antes de quitárselas.

Thorn empezó a acariciarle los muslos con las manos; después, le pasó los dedos por los femeninos pliegues ya húmedos. Al cabo de unos momentos, levantó las piernas de Tara y se las colocó en los hombros.

Por fin, Thorn capturó con la boca lo que quería. Por muy alto que Tara gimiera y gritara, la boca de él se negó a dejar de darle placer. El cuerpo entero de ella comenzó a temblar mientras seguía recibiendo las caricias y las penetraciones de aquella lengua que la estaban conduciendo al éxtasis.

-Thorn...

-Tranquila, cielo, entrégate al placer -dijo él, sustituyendo momentáneamente su boca con los dedos-. Necesito poseerte así. Cuando corra el domingo, voy a recordar lo que he sentido al hacerte así el amor. Darte placer es mi propio placer.

Y le dio placer. Unos momentos después, cuando la boca de Thorn sustituyó a sus dedos una vez más, Tara lanzó un grito y se deshizo por completo, perdió el control en forma absoluta y alcanzó la cumbre del placer.

Capítulo Diez

Tara lanzó una mirada a las gradas llenas de espectadores. El ambiente estaba cargado por el entusiasmo ante el inicio de la carrera. El cielo estaba completamente azul, el día era perfecto.

Los hermanos Westmoreland habían hablado con ella esa mañana y le habían asegurado repetidamente que a Thorn no le pasaría nada. Pero ella era perfectamente consciente de los riesgos inherentes a la competición.

Trató de no pensar en las numerosas vueltas al circuito que Thorn tendría que dar y las peligrosas curvas que debería doblar. En un esfuerzo por aliviar la tensión que sentía, recordó la noche del «bautizo» de la moto; incluso ahora, al pensar en ello, se ruborizaba. Thorn la había llevado de vuelta al hotel, pero no había entrado; después de darle un beso de despedida, se dio la vuelta y se marchó.

También recordó lo contenta que se había puesto su familia al ir a visitarlos. Derrick, por supuesto, ya había llamado para decirles que estaba en Daytona acompañando a Thorn Westmoreland. Ya que Thorn era una persona famosa en el mundo de las carreras de motos, sus padres, hermanos y amigos la habían inundado a preguntas sobre su relación con él. Ella les había dicho que estaba saliendo con Thorn, pero nada más.

Suspiró profundamente y miró hacia abajo, al lugar donde los hermanos Westmoreland estaban con Thorn y con otros miembros del equipo echándoles una mano.

Al día siguiente, Thorn y ella se iban a West Palm Beach a pasar una semana, y no quería pensar en lo que le esperaba allí. Thorn ya había enviado su equipaje a la suite del hotel, donde iba a pasar la noche con ella. Tara sabía lo que eso significaba.

No podía dejar de preguntarse sobre la reacción de Thorn cuando se enterase de que era virgen.

De repente, se anunció por los altavoces que la carrera estaba a punto de comenzar. Tara sonrió a Shelly, que estaba a su lado. Los nervios y la emoción se apoderaron de ella. Entonces, se bajó la bandera verde y la carrera comenzó.

Todo el mundo estaba gritando cuando Thorn fue el primero en cruzar la línea de meta, convirtiéndose en el ganador de la carrera de la semana de las motos en Daytona.

Thorn apenas tuvo tiempo de parar la moto cuando un montón de gente descendió sobre él. Un periodista de la CNN fue el primero en entrevistarlo después de una ronda de felicitaciones.

-Thorn, después de seis años en competición, has ganado esta carrera. ¿Cómo te sientes?

Thorn sonrió: la respuesta que quería dar no sería la apropiada. En vez de decir: «Más excitado sexualmente que nunca», Thorn respondió:

-Maravillosamente bien.

Thorn buscó a Tara con la mirada, pero no consiguió verla. Sintió la presencia de su hermano Daré y supo que éste habría seguido sus instrucciones al pie de la letra.

-Has dado toda una exhibición de habilidad y deportividad durante toda la carrera. ¿En qué pensabas cuando estabas a punto de cruzar la línea de meta en la última vuelta?

De nuevo, Thorn contuvo la respuesta que tenía en la punta de la lengua. Sus pensamientos y emociones estaban centrados en una mujer.

Thorn sonrió al periodista y respondió con sinceridad:

-En una mujer.

-Thorn me ha pedido que te lleve al hotel, Tara -dijo Daré sonriendo animadamente.

Era evidente que sus hermanos y él se sentían muy orgullosos de Thorn.

-Está bien.

A juzgar por el número de periodistas rodeando a Thorn, Tara se

dio cuenta de que no estaría libre en un buen rato. En cierto modo, era una suerte. Necesitaba tiempo para pensar.

Sintiéndose orgullosa de Thorn, sonrió cuando le dieron el trofeo. Thorn estaba contento y ella se alegraba por él.

Cuando empezó a andar con Daré y Shelly, no pudo evitar pensar en que el momento de la verdad estaba ya muy cerca.

Tara se paseó nerviosa por la habitación del hotel mientras esperaba a Thorn. La carrera había acabado hacía más de dos horas. Como tenía calor, se había dado una ducha y se había puesto un vestido floreado con tirantes.

Estaba a punto de salir a la terraza cuando oyó la puerta abrirse.

Se volvió y sus ojos se encontraron con los de Thorn en el momento en que él puso un pie en la habitación. Thorn también se había cambiado de ropa; en vez del traje de cuero, llevaba unos pantalones vaqueros, una camisa vaquera y unas botas de motorista.

Tara se quedó inmóvil, observándolo. Por una parte, quería correr hacia él, besarlo y decirle lo orgullosa que estaba de él; por otra, no quería moverse del sitio. Cabía la posibilidad de que Thorn no quisiera saber nada de ella cuando oyera lo que tenía que decirle. No obstante, debía confesarle que estaba muy orgullosa.

-Felicidades, Thorn. Estoy muy orgullosa de ti.

Thorn se apoyó.en la puerta cerrada y continuó mirándola. A juzgar por su expresión, la carrera no era lo que tenía en mente en ese momento.

Estaba absolutamente centrado en ella y lo que dijo no dejó lugar a dudas.

-Todavía estás vestida.

Las palabras de Thorn la tomaron desprevenida y, durante unos segundos, se quedó sin saber qué responder.

-¡Dios mío! -exclamó Tara por fin en un susurro-. ¿Creías que te iba a estar esperando desnuda?

Una lenta y traviesa sonrisa iluminó el rostro de Thorn.

-Sí, me habría gustado. Tara le devolvió la sonrisa.

-Tenemos que hablar, Thorn -dijo ella con intención de no retrasar más lo que tenía que decirle.

Tragó saliva al ver a Thorn apartarse de la puerta y avanzar

hacia ella con la expresión de un ave de rapiña. Cuando se detuvo a un paso de ella, Tara inhaló su aroma. Thorn olía a jabón y a champú.

Thorn le puso un dedo en la barbilla.

-Ya hablaremos mañana.

Tara levantó una ceja. ¿Mañana? ¿Acaso pensaba tenerla ocupada toda la tarde y toda la noche hasta el punto de no dejarle pronunciar palabra? No pudo evitar sentir un temblor en todo el cuerpo al pensar en ello.

No obstante, Thorn tenía que saber la verdad.

-Lo que tengo que decirte no puede esperar a mañana.

-De acuerdo, habla -dijo él con voz ronca.

Pero como si Thorn sintiera la misma necesidad de tocarla como ella de respirar, le colocó la mano en la cintura y, despacio, comenzó a acariciarla. Tara no se molestó en resistirse, ya que ella necesitaba igualmente esas caricias.

-Tienes que saber una cosa de mí, Thorn. Una cosa que puede hacerte cambiar de idea respecto a esta situación.

-No creo que haya nada que pueda hacerme cambiar de idea, Tara -respondió Thorn mirándola a los ojos.

Tara no estaba tan segura de ello. Thorn era un hombre con experiencia y cabía la posibilidad de que no quisiera acostarse con una novata.

Con una velocidad pasmosa, Thorn le bajó los tirantes del vestido, dejando al descubierto el sujetador negro. Y con la misma velocidad le desabrochó el sujetador y se lo quitó para cubrirle uno de los pechos con la mano.

-Precioso.

Tara estaba a punto de perder el control, pero tenía que hablar, tenía que decirle a Thorn que era virgen.

-Thorn...

-¿Mmmmm?

Tara tragó saliva y suspiró. Cerró los ojos para no ver la expresión de él al enterarse.

-Soy virgen.

Esperó una explosión de cólera. Nada. Transcurrieron dos minutos y abrió los ojos. Thorn, concentrado en uno de sus pezones, no parecía haberla oído.

-Thorn, ¿has oído lo que he dicho? —preguntó Tara, luchando por controlar las sensaciones que él estaba despertando.

Thorn alzó la cabeza y la miró a los ojos.

-Sí, te he oído.

Tara arqueó las cejas. Si la había oído, se lo estaba tomando muy bien. Demasiado bien. De repente, Tara vio todo claro.

-Lo sabías, ¿verdad?

-Sí, lo sabía.

¿Cómo era posible? Tara sólo se lo había dicho a Delaney y estaba segura de que su amiga no se lo había dicho a Thorn.

-Pero..., pero... ¿cómo? Thorn se encogió de hombros.

-Te he tocado ahí varias veces y he notado que no podía penetrarte mucho con los dedos.

Tara parpadeó.

-¿Yno... estás enfadado? Thorn arqueó una ceja.

-No, claro que no, Tara. Lo que estoy es excitado -dijo él con una queda carcajada.

-Yo creía que los hombres preferían acostarse con mujeres con experiencia.

Thorn lanzó un suspiro de frustración.

-Yo quiero acostarme contigo, Tara, tanto si tienes experiencia como si no la tienes. En cuanto a lo de tu virginidad, supongo que tendrás tus motivos respecto a haber esperado hasta ahora, y supongo que también hay una razón por la que vas a permitirme hacerte el honor.

Tara le miró fijamente.

-¿Estás seguro de que quieres esto? ¿Estás seguro?

Thorn respiró profundamente.

-Cielo, te aseguro que es esto lo que quiero, lo que necesito.

Thorn la besó y, en ese momento, Tara supo que lo amaba más de lo que había creído posible amar a alguien.

-Y te prometo que tendré cuidado -le susurró él junto a los labios-. Tendré cuidado la primera y la segunda vez, pero después...

Tara se entregó a los brazos de ese hombre.

Thorn tumbó a Tara en la cama y paseó la mirada por su cuerpo medio desnudo. Aún llevaba el vestido, pero la parte de arriba la tenía en la cintura y la falda subida.

Él se quitó la camisa y dijo simplemente:

-Te deseo.

Tara tragó saliva y decidió ser honesta con él.

-Yo también te deseo.

Thorn sonrió y se desabrochó el cinturón.

Ella parpadeó. No había esperado que fuera tan directo, que se quitara la ropa delante de ella; no obstante, no debería sorprenderle. Thorn era un hombre al que le gustaba correr riesgos.

Tara lo vio quitarse las botas y los pantalones. Cuando se quedó de pie con unos calzoncillos negros ajustados bajo los cuales se notaba su erección, ella contuvo la respiración.

Thorn era perfecto en todos los sentidos.

El cuerpo de ese hombre lo tenía todo: fuerza, resistencia y poder. Extendió un brazo y le tocó el vientre, sólido y duro. Lo oyó respirar profundamente y lo miró a los ojos.

Vio un potente deseo en aquella mirada y una oleada de calor le recorrió el cuerpo. Se inclinó hacia él para probar la textura de la piel y le pasó la lengua por el ombligo.

-Oh, Dios mío —murmuró Thorn al tiempo que enterraba la mano en los cabellos de ella, deleitándose en aquella caricia.

Tara sabía que lo estaba torturando, pero todavía le esperaba más. Cierto que era novata, pero no tonta. Y esa tarde se sentía más atrevida que nunca, quería demostrarle a Thorn lo que significaba para ella.

Thorn estaba perdiendo el control y sabía que tenía que ir más despacio. Cuando sintió descender la lengua de Tara y la mano de ella deslizándose por debajo de sus calzoncillos para tocarlo, se dio cuenta de que tenía que hacerse con el control de la situación.

Excitado al máximo, tiró de ella hacia sí y la besó con pasión, con locura. Era el sabor del fruto prohibido, la más dulce tentación y el placer más escondido.

Thorn interrumpió el beso, sus ojos llenos de deseo. Necesitaba quitarle el resto de la ropa a Tara, así que la hizo volver a tumbarse del todo y le sacó el vestido. Después, le quitó las bragas casi arrancándoselas.

Antes de que ella pudiera reaccionar, Thorn se tumbó con ella y, como un hombre muerto de hambre, le agarró las caderas y la cubrió con la boca.

-¡Thorn!

Quería que ese momento fuera diferente a los anteriores y la saboreó con una intensidad que la hizo estremecerse y gritar mientras él absorbía su sexo. Y cuando la sintió alcanzar el clímax, Thorn intensificó su íntimo beso a cada oleada de placer.

Unos momentos después, aún anonadada por lo que había sentido, Tara le vio quitarse los calzoncillos. Contuvo la respiración al verlo desnudo y parpadeó al dudar de poder albergarlo dentro de su cuerpo.

Thorn agarró los pantalones que estaban en el suelo y sacó de uno de los bolsillos su monedero. De él sacó un envoltorio pequeño. Iba a abrirlo cuando ella le detuvo.

-No es necesario, Thorn.

Thorn volvió la cabeza para mirarla.

-¿No?

Tara sacudió la cabeza.

-No —repitió ella.

-¿Cómo es eso?

-Estoy tomando la píldora. Thorn arqueó las cejas.

-Creía que no podías tomar la píldora por motivos médicos.

Tara sacudió la cabeza.

-No, yo te pregunté qué harías tú si no pudiera tomar la píldora por motivos de salud, que no es lo mismo. Quería saber si eras suficientemente responsable.

Thorn asintió.

-En ese caso, ¿no hay peligro?

-No, no hay ningún peligro de que me quede embarazada. Me he puesto a tomar la píldora hace unas semanas.

Thorn se la quedó mirando, pensando en lo mucho que la amaba. Como él había dicho que no quería utilizar un condón, Tara se había encargado de tomar las debidas precauciones, dando muestras de su falta de egoísmo.

Le iba a demostrar su amor de la única forma que sabía hacerlo: amándola total y completamente, en cuerpo y alma.

Thorn volvió a tumbarse con ella, consciente de que debía ir despacio y con cuidado, por mucho que le costara.

Le tocó la húmeda entrepierna. Tara estaba lista: mojada y madura. No obstante sabía que, a pesar de ello, le resultaría

doloroso. No podía ser de otra manera.

Cuando se colocó encima de Tara, la miró a los ojos con un deseo que lo estaba matando.

-Creo que quería esto desde la primera vez que te vi, Tara —admitió Thorn-. He soñado con este momento y quiero que sepas lo mucho que aprecio lo que vas a darme.

Y como Thorn sabía que la píldora no era segura cien por cien, añadió:

-Y aunque estés tomando la píldora, si por cualquier accidente te quedas embarazada, nunca olvidaría mi responsabilidad.

Antes de que Tara pudiera responder, Thorn comenzó a besarle la boca con todo su amor.

Fue entonces cuando Tara sintió la punta, tocándola. Thorn empezó a penetrarla con cuidado y, aunque el paso estaba muy cerrado, ella sintió que su cuerpo se hacía más flexible, se abría para recibirlo.

Thorn tenía la frente bañada en sudor mientras se adentraba. Vio una expresión de dolor aparecer en el rostro de Tara cuando rompió la barrera. Era su primer amante, el primero en entrar así en ella, y eso le produjo una inmensa ternura.

Nunca había sentido lo que estaba sintiendo con esa mujer. Tara no lo sabía todavía, pero tenía la intención de casarse con ella. Tara iba a ser la madre de sus hijos, la mujer de su vida. La mujer con la que se haría anciano y a la que amaría hasta el final.

Unos momentos después, completamente dentro de ella, se quedó quieto. Quería saborear aquella unión. Ninguno de los dos habló, pero Thorn sabía que se trataba de un momento de profundo significado para ambos.

-¿Estás bien? -le susurró él antes de besarle los labios.

Tara asintió.

-Sí. ¿Y tú? Thorn sonrió.

-Perfectamente. Me gustaría estar dentro de ti el resto de mi vida. Y ahora, no te preocupes, iré despacio.

Y eso fue lo que hizo.

Con lenta y suave precisión, Thorn comenzó a moverse dentro de ella, una y otra vez, más y más profundamente, estableciendo un ritmo que Tara pronto siguió.

Tara cerró los ojos para saborear el momento. No quería que

Thorn parase, nunca. Quería que siguiera haciéndole sentir lo que estaba sintiendo. Un inmenso placer le recorrió el cuerpo.

Sobrecogida por las sensaciones, Tara tiró de él para que la besara cuando Thorn aceleró el ritmo de sus movimientos. Un explosivo calor los envolvió y ella le hincó los dedos en los hombros mientras susurraba el nombre de Thorn una y otra vez.

Entonces, Tara se entregó al éxtasis. Su cuerpo se sacudió bajo la fuerza de las caderas de Thorn pegadas a las suyas mientras un sinfín de sensaciones la embargaban.

-Mírame, cielo.

Tara abrió los ojos y éstos se encontraron con los de Thorn mientras su cuerpo se deshacía y sentía el de él ponerse rígido mientras oleadas de placer la sacudían. Thorn incrementó el ritmo y susurró el nombre de ella justo en el momento en que echaba atrás la cabeza y se volcaba dentro de ella, inundándola.

-¡Thorn!

El cuerpo de Tara respondió una vez más con otro orgasmo, éste más explosivo que los anteriores. Thorn la estrechó con fuerza lleno de amor.

Para Tara había sido más que sexo. Había sido la más hermosa y profunda unión, y sabía que su corazón siempre le pertenecería a Thorn.

Capítulo Once

La mujer que le pertenecía estaba dormida.

Después de haber hecho el amor dos veces, Tara se había dormido en sus brazos y él todavía estaba mirándola.

Estaba tumbada de costado, de cara a él, sus rostros a escasos centímetros.

Qué guapa era y qué bien olía.

Volvió a excitarse de sólo mirarla. Sería la tercera vez, pero lo haría suavemente. Tara debía de estar algo dolorida y sería muy egoísta por su parte dar rienda suelta a su pasión.

Empezó a acariciarle el cuerpo y, con una imperiosa necesidad de unirse a ella de nuevo, la besó hasta despertarla.

Tara abrió los ojos despacio y sonrió sensualmente.

-¿Quieres más? -preguntó ella despertándose. Thorn sonrió.

-¿Qué te hace pensar eso?

Tara bajó la mirada a la erección de él.

-Eso. Thorn rio.

-Sí, es una pista.

Entonces, Thorn la hizo colocarse encima suyo y vio sorpresa en la expresión de Tara.

-De esta manera, eres tú quien lo controla todo —le susurró él.

Tara lo acogió dentro. Sintió calor y sonrió. Thorn tenía razón, aquella posición le daba más libertad sexual y a él le proporcionaba placer visual. Colocó los pechos delante de los ojos de Thorn, y éste aprovechó la ocasión.

Thorn le chupó y le lamió los pezones hasta saciarse mientras ella se movía despacio, subiendo y bajando, controlando el ritmo. Bajó los ojos y lo vio devorándole los senos, lo que le hizo acelerar sus movimientos.

Y volvió a ocurrir. Se vio inmersa en un placer tan profundo que no pudo evitar gritar al tiempo que incrementaba el ritmo. Su orgasmo provocó el de Thorn; y él, abandonando los senos, se apoderó de la boca de ella mientras oleadas de placer los envolvían hasta hacerlos caer exhaustos en la cama.

-¿Estás segura de que quieres ir a la fiesta de celebración?

Tara, que estaba dando los últimos toques a su maquillaje, alzó la vista.

-Claro que quiero ir. Es un momento importante para ti y quiero estar contigo. Además, ¿qué crees que pensarían todos si el homenajeado brillara por su ausencia?

Thorn se abrochó la camisa.

-Estoy seguro de que a mis hermanos se les ocurriría alguna disculpa.

Tara respiró profundamente. Eso era precisamente lo que le preocupaba, estaba segura de que los hermanos de Thorn sabían que habían pasado las últimas cuatro horas encerrados en su habitación. No obstante, no quería que nadie considerase lo que habían hecho como algo insignificante.

Thorn le había asegurado que sus hermanos no estaban enterados del trato que habían pactado, y ella se lo agradecía.

-¿Estás lista?

Tara miró a Thorn. La mirada que él le lanzó no le dejó lugar a dudas de que, aunque le gustaba lo que ella llevaba puesto, la prefería completamente desnuda.

Tara sonrió. Salir del hotel durante un rato era una buena idea ya que estaba segura de que, después, repetirían lo que habían hecho.

-Thorn, debo decir que te veo de muy buen humor esta noche -declaró Stone sonriendo traviesamente.

Thorn arqueó las cejas mientras miraba a Stone, Chase y Storm. Los cuatro habían salido fuera para fumar unos puros, regalo de uno de los patrocinadores.

-Sí, Thorn, esas cuatro horas que has pasado encerrado en la habitación con Tara han hecho milagros -añadió Chase.

-Y yo te agradezco que me hayas hecho ganar la apuesta, Thorn. Como les dije a éstos, aunque Tara era un verdadero desafío para ti, estaba seguro de que te la llevarías a la cama cuando quisieras -interpuso Storm-. Sí, hoy has ganado en más de un sentido, ¿eh, Thorn?

Tara había salido a decirles a los hermanos Westmoreland que sus padres habían llamado al móvil de Daré para felicitar a Thorn. Se había parado, sin poder creer lo que estaba oyendo. Al parecer, Thorn y sus hermanos habían apostado a que él se la llevaba a la cama, ¿no era eso?

¿Thorn sólo se había acostado con ella por ganar una apuesta?

Tara retrocedió sin que la vieran, sus ojos llenos de lágrimas de humillación. Sí, se sentía tan humillada como cuando Derrick la abandonó delante del altar, pero mucho más dolida debido a su amor por Thorn

Rápidamente, se dio media vuelta y salió a toda prisa, pero se topó con Daré.

Daré la agarró del brazo para evitar que se cayera. Después, al verla con lágrimas en los ojos, frunció el ceño.

-Tara, ¿qué te pasa?

Tara se pasó una mano por los ojos.

-Nada, no me pasa nada, Daré... sólo que no me gusta que tus hermanos hagan apuestas por mí. Y puedes decirle a Thorn que no quiero volver a verlo nunca.

Sin decir nada más, Tara se zafó de él y entró en el recinto donde se celebraba la fiesta.

Después de lo que dijo Storm, Thorn estalló de ira y miró a sus hermanos durante unos momentos sin pronunciar palabra.

-Creo que deberíamos dejar las cosas claras. En primer lugar, mi relación con Tara no tiene nada que ver con vuestra apuesta —declaró Thorn-. Tara significa mucho más que aliviar mis necesidades sexuales después de dos años de abstinencia.

Thorn suspiró, ya no le importó admitir la verdad delante de sus hermanos.

-Estoy enamorado de Tara. La quiero con todo mi corazón y es

hora de que lo sepáis. Stone sonrió abiertamente.

-Eso ya lo sabíamos, Thorn; lo que no sabíamos era cómo hacer que lo reconocieses. La única razón por la que hicimos la apuesta era para irritarte hasta el punto de que reconocieras lo que sientes por ella.

-Lo siento, pero puede que ya sea demasiado tarde -dijo Daré, que acababa de acercarse al grupo—. Es posible que vuestro juego lo haya estropeado todo.

Thorn frunció el ceño.

-¿Qué demonios estás diciendo?

Daré sacudió la cabeza antes de contestar.

-Mamá y papá me han llamado al móvil para felicitarte, y Tara ha venido a decíroslo... y me parece que os ha oído. Me la he encontrado llorando y ha salido corriendo. Ah, Thorn, y me ha pedido que te diga que no quiere volver a verte nunca.

Thorn se dio media vuelta al instante y se alejó de allí en busca de Tara.

-Se ha marchado, Thorn- dijo shelly mirando a su cuñado-.Estaba llorando, ha recogido su bolso y se ha ido, ha salido por la puerta lateral. Dime, ¿qué le has hecho?.

Thorn no tenía tiempo de darle explicaciones a su cuñada. Lo más probable era que Tara fuera al hotel para recoger sus cosas y marcharse. Tenía que darle explicaciones, tenía que hacerle saber lo que significaba para él.

Cuando Thorn llegó al hotel, ella ya no estaba allí. Uno de los miembros de su equipo le dijo que había llevado a Tara al hotel y que allí ella había pedido un coche de alquiler.

Transcurrieron las horas y Tara no había regresado. Cuando sus hermanos regresaron al hotel y descubrieron que ella aún no había regresado, empezaron a preocuparse.

Daré llamó al sheriff de Daytona, a quien conocía personalmente. Después de unas cuantas llamadas, el sheriff los informó de que un coche similar al de la descripción del que había alquilado Tara había sido visto en la carretera de Bunnell.

Thorn se paseó por la habitación del hotel. Estaba enfadado con sus hermanos y más consigo mismo. Debería haberle dicho a Tara que la amaba. Ahora, ella debía pensar que lo único que él había hecho era humillarla.

Sabía que tenía que confesarle su amor y decirle lo mucho que significaba para él.

Tenía que convencerla de que la amaba más que a su vida.

Capítulo Doce

Tara se despertó temprano a la mañana siguiente en su antigua habitación. Sus padres la tenían como ella la había dejado dos años atrás; incluso los cajones y armarios estaban llenos de ropa que todavía le servía.

Había sorprendido a sus padres al presentarse inesperadamente la noche anterior para preguntarles si podía quedarse un par de días mientras arreglaba su viaje de vuelta a Atlanta en avión. Ellos, sin hacerle preguntas, la habían recibido con los brazos abiertos y le habían dicho que podía quedarse el tiempo que quisiera. También había llamado a la agencia de alquiler de coches para informarlos de que se quedaría con el vehículo el tiempo que estuviera allí.

Suspiró profundamente. Sus padres eran maravillosos y les agradecía todo lo que habían hecho por ella. Sus hermanos ya habían vuelto a la universidad y su hermana menor se había ido con la banda de música del colegio para dar recitales durante una semana en las ciudades vecinas. En cierto modo, se alegraba de que sus hermanos no estuvieran allí para que no presenciaran su segunda humillación a causa de un hombre.

Quizá debiera marcharse de Atlanta. Una amiga de ella de la facultad de medicina estaba in tentando convencerla de que fuera a trabajar a Boston y, posiblemente, era el cambio que necesitaba.

-Ya sabemos que tu joven acompañante ha ganado la carrera de motos ayer, Tara. Ha salido en todos los periódicos y la gente no hablaba de otra cosa esta mañana. Debes de estar muy orgullosa de él.

Tara, sentada a la mesa, sonrió a su padre. Como hacía todos los lunes, su padre había cerrado la consulta al mediodía y había ido a

casa para comer. Sus padres siempre habían sido miembros del club de petanca local e iban a jugar los lunes por la tarde.

-Sí, estoy orgullosa de él -respondió Tara con voz tensa.

Sabía que sus padres se figuraban que Thorn tenía algo que ver con su aparición la noche anterior, por lo que decidió darles una versión abreviada de lo ocurrido y explicarles que su relación con Thorn había terminado.

Estaba a punto de abrir la boca cuando sonó el teléfono. Su padre respondió rápidamente por si se trataba de un niño que necesitara asistencia urgentemente.

-Sí, sheriff, estoy bien. ¿Y usted? -le oyó Tara decir a su padre.

Entonces, lo vio mirarla y añadir:

-De acuerdo, se lo diré.

Después de colgar, su padre volvió a reunirse con su madre y ella a la mesa y, recostándose en el respaldo del asiento, dijo:

-Al parecer, Deke ha dado un permiso especial. La madre de Tara arqueó las cejas.

-¿Qué clase de permiso?

Antes de que Frank Matthews pudiera responder, un ruido parecido al del trueno inundó la casa.

-Dios mío —dijo Lynn Matthews levantándose de la mesa—. ¿Qué es ese ruido? Frank sacudió la cabeza.

-Deke ha concedido un permiso especial a un grupo de motociclistas para desfilar por Bunnell. El rostro de Lynn no ocultó su sorpresa.

-¿Motociclistas? ¿Por qué? Bunnell es una ciudad muy pequeña y muy tranquila, no comprendo a qué vienen aquí unos motociclistas.

Frank sonrió.

-Al parecer, uno de ellos, el jefe de la banda, es el ganador de la carrera de Daytona de ayer. Y viene a nuestra casa... creo que a por nuestra hija.

Tara parpadeó, no estaba segura de haber oído bien.

-¿Thorn? ¿Que Thorn viene hacía aquí? Su padre asintió.

-Sí. Creo que él y su grupo de seguidores están doblando la esquina de la calle en estos momentos.

Tara frunció el ceño, preguntándose a qué iría allí Thorn. Pero

antes de darle tiempo a decir nada, el ensordecedor ruido de los motores de unas motos sacudió la casa.

Tara suspiró profundamente y se levantó de la mesa. Que Thorn fuera allí no significaba nada para ella, no quería verlo.

-Papá, por favor, dile que se vaya. No quiero verlo.

Frank miró con infinito cariño a su hija. Un hombre le había destrozado el corazón una vez y no quería que volviera a ocurrir, pero le pareció que Tara tenía que darle una oportunidad de explicarse, y se lo dijo.

-Nada que pueda decirme va a cambiar la situación, papá. Lo quiero, pero él a mí no. Es así de sencillo.

Frank suspiró. No era tan sencillo como su hija pensaba. Según el sheriff, Thorn Westmoreland estaba proclamando a voz en grito sus sentimientos por Tara, y ésta tenía que admitir que podía haberse equivocado respecto a los sentimientos de Thorn.

-De acuerdo, Tara, si eso es lo que piensas... Pero vas a tener que ser tú quien le diga que se vaya, yo no voy a hacerlo por ti.

Tara miró a su padre a los ojos y asintió.

-Muy bien, yo se lo diré.

Levantándose de la mesa, Tara salió de la cocina, cruzó el cuarto de estar y abrió la puerta. Al salir, se quedó inmóvil. Había motociclistas por todas partes; no un grupo pequeño, sino cientos.

Thorn iba a la cabeza del grupo que se había detenido delante de la casa de sus padres y le flanqueaban sus cuatro hermanos, que llevaban una enorme pancarta en la que se leía: «Thorn ama a Tara».

Al leer lo que ponía en la pancarta, los ojos de Tara se llenaron de lágrimas. Thorn estaba proclamando a todo el mundo que la quería, que era mucho más que una apuesta.

Vio a Thorn bajarse de la moto y comenzar a caminar hacia ella. Tara respiró profundamente al verlo pararse delante de ella con el casco en un brazo.

Thorn la miró y, con ternura, le secó una lágrima que le caía por la mejilla.

-Deberías conocer a mis hermanos lo suficiente como para saber que la mayoría de las veces no se les puede tomar en serio, Tara. Yo no he hecho ninguna apuesta, sino que tres de ellos la han hecho entre sí. Y lo hicieron para conseguir que me diera cuenta de lo

mucho que te quiero.

Thorn miró por encima del hombro de ella y vio a sus padres en el umbral de la puerta; entonces, bajó la voz y susurró a Tara:

-Ha sido mucho más que sexo lo que ha habido entre nosotros, Tara. Te quiero. Sé que debería habértelo dicho ayer, pero hacerte el amor me enturbió el sentido y no encontré el momento para hablarte de mis sentimientos. Pero ahora te digo que te quiero con toda mi alma.

Thorn alzó el tono de voz al añadir:

-Y quiero proclamar mi amor a los cuatro vientos para que se entere el mundo entero. Quiero que todo el mundo sepa que te amo.

Entonces, Thorn puso una rodilla en el suelo y continuó:

-Te quiero y prometo quererte durante el resto de mi vida. Prometo amarte, honrarte y protegerte. Y te pido que te cases conmigo, Tara. Te pido delante de todos que me hagas el honor de ser mi esposa. ¿Lo harás?

Las lágrimas enturbiaron la vista de ella y, momentáneamente, el nudo que tenía en la garganta le impidió contestar. Por fin, al cabo de unos segundos, recuperó la voz.

-Sí, Thorn, me casaré contigo.

Dos días más tarde, en la habitación de un hotel de West Palm Beach, Tara descansaba entre los brazos de Thorn oyendo el rumor del mar después de haber hecho el amor.

-Tara...

Ella alzó el rostro. Thorn estaba despierto, mirándola.

-¿Sí?

-Te quiero.

Ella sonrió, le había dicho lo mismo un millón de veces.

-Y yo a ti.

Habían decidido casarse un día muy significativo, Memorial Day.

-Thorn...

-Dime, cariño.

-Le he oído decir a Chase que tienes otra carrera en agosto. ¿Vas a estar de abstinencia después de la boda hasta la carrera?

Thorn la miró a los ojos.

-No, se acabaron mis días de abstinencia. Sería imposible abstenerme contigo al lado. No puedo dejar de querer hacerte el

amor.

-¿No te preocupan las repercusiones que eso pueda tener respecto a la carrera?

-No. Hasta ahora, competir en carreras y construir motos era mi vida; pero tú has cambiado eso. Tú eres lo más importante para mí, Tara. Si no vuelvo a ganar un premio, perfecto; al fin y al cabo, tengo el mejor premio de todos: tú.

-Oh, Thorn.

Tara le acercó el rostro para besarlo, y lo hizo con pasión. Thorn y ella iban a pasar el resto de sus vidas juntos y tendrían muchos hijos.

¿Hijos? No habían hablado de tener hijos.

Tara interrumpió el beso y él frunció el ceño.

-¿Qué pasa?

-¿Quieres tener hijos? -preguntó ella mirándolo con intensidad. Thorn sonrió.

-Sí, quiero tener hijos. Tara le devolvió la sonrisa.

-Estupendo. ¿Cuántos? Thorn rio.

-Los que tú quieras darme. Y no importa si son niños o niñas, los querré igual.

Thorn se inclinó sobre ella y le pasó los labios por los suyos. Después, profundizando el beso, decidió darle el mayor placer que podía ofrecerle.

Epílogo

Tara ya no odiaba las bodas.

Al mirar en torno a la iglesia respiró profundamente. Recuerdos de la vez que había llevado un vestido de novia anteriormente la asaltaron; pero ese día, delante de unos trescientos invitados, ya se había casado con Thorn.

Thorn, la familia y ella se habían quedado un poco más en la iglesia por las fotos, pero los demás invitados habían salido para ir a la fiesta de boda, que tenía lugar en el salón de bailes de un hotel de la playa.

Thorn la había dejado un momento para decirle algo al sacerdote. Fue entonces cuando vio a Chase, Stone, Storm y unos primos suyos intercambiando dinero.

Frunciendo el ceño, se preguntó qué se traerían entre manos. Sonrió al recordar a los hermanos Westmoreland explicándole la historia de la apuesta y disculpándose por haber provocado una riña entre Thorn y ella.

Tara se ajustó el velo y decidió ir a ver qué clase de apuesta habían hecho, y si tenía algo que ver con Thorn y ella.

Chase estaba contándoles a sus primos Jared, Quade, Sepencer, lan, Durango y Reggie Westmoreland la apuesta que él había hecho con sus hermanos Stone y Storm. Sonreía porque había ganado."

-Eh, quinientos dólares no está mal. Ya os había dicho que Thorn no iba a aguantar hasta junio para casarse con Tara.

Chase miró el dinero que Stone y Storm acababan de darle.

-Os agradezco que me hayáis permitido quitaros este dinero de las manos, no me vendrá mal para comprar la olla de última

generación que quiero tener en el restaurante.

De repente, el dinero desapareció de sus manos.

-¡Eh, qué demonios...!

Al volverse, se encontró de cara con su cuñada... y dio un paso atrás.

-Ah, hola, Tara -dijo Chase en tono inocente—. Creía que habías ido con Thorn a hablar con el sacerdote.

Tara le miró echando chispas por los ojos y se cruzó de brazos.

-Ha ido Thorn solo. Y... ¿me equivoco al pensar que habéis hecho otra apuesta?

Stone, Chase y Storm se miraron a los pies. Por fin, fue Stone quien habló en defensa propia y de sus hermanos.

-Sí, pero esta apuesta la hicimos antes de prometerte que no íbamos a hacer ninguna otra apuesta en lo que a ti y a Thorn se refería, así que no cuenta.

Tara asintió.

-Bien, pues como estamos en una iglesia, creo que sólo se puede hacer una cosa con este dinero.

Chase adoptó una expresión de pánico.

-¿Qué?

-Donarlo a la iglesia. Mi padre da catecismo aquí los domingos y estoy segura de que agradecerá mucho una donación.

Tara les dedicó una sonrisa encantadora y se dio la vuelta para marcharse.

-Eh, Tara. Ella se volvió.

-¿Qué, Chase?

Chase se cruzó de brazos.

-Eres la única persona que nos puede hacer esto.

Ella sonrió y asintió.

-Lo sé.

-Tara...

-¿Qué, Storm?

-No vas a decirle a Thorn lo de la apuesta, ¿verdad?

Tara volvió a sonreír.

-No, Storm.

-Tara...

Ella se encontró con la sonrisa de Stone.

-¿Qué, Stone?

La sonrisa de él se agrandó.

-Bienvenida a la familia.

Tara se echó a reír. Esos hermanos eran algo especial.

-Gracias, Stone.

Entonces, al volverse, se tropezó con Corey Westmoreland, el tío de Thorn y de sus hermanos. Era la tercera vez en dos años que salía de Montana para ir a la boda de un sobrino.

Tara le sonrió. Según los hermanos Westmoreland, su tío de cincuenta y tres años era un soltero redomado. Una pena, ya que aún era un hombre muy atractivo. Un desperdicio.

-Mis sobrinos no te están causando problemas, ¿verdad? —preguntó Corey riendo.

A Tara le gustaba la sonrisa de Corey, le recordaba mucho a la de Thorn.

-No, ninguno que no pueda yo solucionar. Pero gracias por preguntármelo -ella le sonrió traviesamente.

-Estupendo. Y por si todavía no te lo he dicho, me pareces la mujer perfecta para Thorn. Estoy seguro de que vais a ser muy felices juntos. Y si algún día te apetece ver un paisaje maravilloso, dile a Thorn que te lleve a mi rancho en Montana.

-Gracias por la invitación, estoy segura de que iremos a visitarte.

En ese momento, Thorn y el sacerdote aparecieron. Ella, inmediatamente, llamó la atención de su marido con los ojos y le sonrió.

-Discúlpame, tío Corey -dijo Tara, y comenzó a caminar hacia Thorn.

Cuando llegó junto a él, Thorn la estrechó en sus brazos.

-¿Lista? -le preguntó dándole un beso en los labios.

Tara sabía que sus ojos reflejaban el amor que sentía.

-Sí, estoy lista.

Tara siempre estaría al lado de su marido y, en silencio, se prometió a sí misma demostrárselo con creces esa noche.